

Miradas Extraviadas

Mar Triful

Copyright ©2002 Mar Trafal.

Se permite distribuir y realizar copias literales de este libro por cualquier medio, siempre que sea sin ánimo de lucro y se preserve esta nota.

Índice General

I	Introducción	5
II	Martillo Neumático	7
1	Sólo un mundo solo	8
2	Abismo	10
3	Ciudad-empresa en tempo-máquina	11
4	Bill Gross se lo monta en el piso de enfrente	19
5	Distancia	23
6	Simulacro	24
7	Para una política nocturna	25
III	Now, I wanna be your dog	27
8	Carta de un policía	28
9	El paro, industria cultural	30
10	Tío, así es la vida de los míos	38
11	Capitalismo cognitivo y bacalao sostenible	41
12	Agonía	45
13	Una soledad que el civismo reparte	46

<i>ÍNDICE GENERAL</i>	3
14 El futuro es negro como una hormiga	50
15 Ironía	53
16 Canción para el bautismo de Jonás	54
17 <i>Una</i> decisión	58
IV El encanto limado	60
18 La Caosmética de L'Oréal	61
19 Arte	62
20 Estética	63
21 El orden de la creación	64
22 Te vi	67
23 Zumbido	69
24 Prensa	71
25 Entrevistas	72
26 Gran Hermano	73
V Clavos en el ano, cuchillos en la mano	76
27 Apocalipsis	77
28 Creación	78
29 El pensamiento es una piedra	79
30 Hoy, asamblea	81
31 Vampiros que rechazan la muerte	84
32 Luz	93

<i>ÍNDICE GENERAL</i>	4
33 Cada una de las diferencias existentes	94
34 Antropología	97
VI Dinero Gratis	98
35 Vacaciones	99
36 No queremos trabajo, queremos dinero	100
37 Darnos Dinero	108
38 Dinero gratis	111
VII Bajo la nieve... los adoquines	113
39 del tiempo en el túnel del tiempo en el túnel del tiempo en el túnel	114
40 Viaje en metro	116
41 ¿Dónde estamos?	118
42 Victoria Camps reescribe el Neuromante	127

Parte I

Introducción

Éste debía ser un libro de crítica de la cultura. Crítica de la cultura entendida como crítica del trabajo, del dinero, de las formas de vida. A todos se nos hacía cada vez más evidente que el trabajo ya no ocupaba el lugar central de antes y que la cultura —entendida como producción cultural en la metrópolis— no sólo organizaba la sociedad sino que era también y directamente productiva. Empezamos así a organizarnos para abordar el asunto pero nos dimos cuenta de que se nos introducían sin remedio numerosas cuestiones que podríamos considerar clásicas: cultura y naturaleza, cultura y medios de comunicación etc. Y teníamos la sensación de que con tales cuestiones, a las que por fuerza debíamos responder si queríamos estar a la altura de un libro de crítica de la cultura, se diluían cada vez más las pocas ideas que teníamos y que nos habría gustado exponer. Entonces fue cuando decidimos abandonar el proyecto inicial, reunir nuestras aportaciones y llamarlas *Miradas extraviadas*.

Porque, aclarémoslo ya, ese nosotros que habla aquí ha existido de verdad. No es una ficción retórica o editorial sino un grupo de gente, un conjunto de voces diferentes que han intentado desafinar al unísono, una serie de experiencias que se han cruzado. *Miradas extraviadas* es el resultado de ese encuentro, renovado a lo largo de muchas semanas.

Mirar no es ver. La mirada es activa. Es un esforzarse por aprehender la realidad aunque duela. El ojo está herido y la mirada extraviada, no por exceso de luz sino porque la noche es gélida. Miramos la realidad para inventar una política nocturna. Ya no hay otra política. La antigua estaba hecha de luces, de sujetos, de conciencia que elevar. Todo eso está muerto. Miramos la realidad aunque duela. Debe doler. En estos casos la eternidad ha sido siempre el consuelo: la eternidad del instante, la eternidad de las pequeñas cosas. . . Amar, en fin, la eternidad para hacer frente al nihilismo. Pero la política debe ser nocturna: hombre anónimo, asco, desafío. . .

Las miradas extraviadas no confunden extraviarse con perderse. No estamos perdidos. La derrota fue hace mucho. Y sabemos bien cómo los que se pierden acaban siempre encontrándose. Nosotros, en cambio, estamos extraviados porque vamos por mal camino. Ya no podemos amar la eternidad sino tan solo esta vida hecha a pedazos y que casi ni es nuestra. Sólo eso nos queda: una vida sin forma. . . para resistir.

Parte II
Martillo Neumático

Capítulo 1

Sólo un mundo solo

El nuestro es un mundo máximamente variado y desigual, pero las grietas, abismos y vacíos han sido borrados de su superficie. Muestrario colorista de culturas, etnias y tradiciones, el mundo es un continuo de diferencias en el que los lenguajes que hablamos, las enfermedades de que morimos, las calorías que nos mantienen vivos y los dioses que calman nuestra sed no guardan ya proporción alguna. Sin embargo, este continuo de diferencias que todo lo engulle nos impide dar ningún salto, tender puentes en el aire hacia lo nuevo, lo desconocido y lo impensado. Las fronteras, vallas, alambres y minas que se clavan sobre la piel de mares y continentes, no separan mundos, ni hay límites que prometan una nueva tierra. Unos y otros son las cicatrices que aseguran la unidad inquebrantable del mundo en que vivimos.

Sobre esta unidad asegurada e inquebrantable del mundo toma cuerpo un discurso de la diferencia que ha neutralizado todas sus amenazas y peligros. La imagen del otro puede hoy circular inofensivamente por las calles de nuestra ciudad, por las páginas de las revistas de entretenimiento dominical y entre los flashes de la publicidad, porque la diferencia no abre mundos, ni siquiera constituye un nosotros que imperceptiblemente haga mundo entre las cosas. Lo otro del mundo es el no-mundo de lo excluido y condenado a no existir. *Sólo un mundo solo*. . . Ésta es la verdad que esconde el planeta integrado y multicultural. Globalizado, le llaman. Nosotros repetimos: *sólo un mundo solo*, porque sabemos que el problema no radica en su progresiva homogeneización cultural ni en su articulación en un solo mercado. El problema es que se nos ha vuelto imposible pensar y vivir en relación a un mundo otro ¿Padecemos quizás de un déficit de imaginación? El lamento sobre la propia impotencia no es sino un imparable remolino que sale de ella para hundirnos aún más. Lo nuevo es que el mundo se ha hecho radicalmente único y no sirve ya de nada desviar la vista hacia otros supuestos horizontes, lejanos o futuros.

Paradójicamente, el mundo que se configura en los tiempos del fin (fin de la historia, del milenio, de las ideologías. . .) es aquél en el que todo es y se ha hecho posible. Se impone entonces como incuestionablemente único no por la fuerza de sus verdades sino por la metástasis de sus posibles que, no dejando nada fuera, nos enzarzan en un juego en el que no podemos nada. . . más que escoger. Condenados a escoger dentro de un mundo al que no hay alternativa, vivimos y nos debatimos en las *prisiones de lo posible*. Nuestra condena no es fruto de la fatalidad ni el producto de un oscuro designio de los dioses. Es la que se impone con el aplastante peso de la *obviedad*, es decir, de lo que sin saber de verdades, razones ni pasiones, siempre se acompaña de un estúpido silencio. De verdades, razones y pasiones siempre hay más de una y pueden entrar en conflicto, crear escisiones, estallar en mil tensiones. La obviedad, en cambio, no tiene resquicios y nos encierra en una única y férrea alternativa: o nos sumamos al asentimiento mudo del “así es”, o nos es reservado el lugar del necio, incapaz de ver lo que se impone por sí mismo.

Lo obvio: germen de los nuevos universales, que dibujan los vértices de una nueva Trinidad: derechos humanos-estado de derecho-democracia. Son las piezas de un cielo bajo el cual todo se puede decir porque hay muy poco que añadir. Toda diferencia se ha hecho redundante bajo la mirada de este nuevo dios. Lo obvio es entonces un campo de consenso en el que hemos sido desposeídos de nuestro lenguaje. No nos ha sido arrebatado ni prohibido. No hemos sufrido tampoco un lavado de uniformización. Incluso es posible que cada vez hablemos en lenguajes menos comunicables entre sí. Pero a nadie le importa. Aunque se siga predicando el diálogo, en nuestro mundo hace tiempo que el consenso no es algo a lo que se llega, sino que viene dado de entrada. Y si viene dado de entrada es muy difícil de romper. ¿Dónde encontrar hoy palabras que hieran, que puedan ser lanzadas como flechas al cielo de la obviedad?

Ya no sólo nos atraviesa el poder. Estamos atravesados por el mundo. El mundo es lo que expresamos incluso desde nuestra soledad, aturridos por la estupidez de nuestro silencio y el ruido de nuestras palabras. Hacer mundo no depende ya de un gesto de adhesión, comprensión o participación. También es lo que somos cuando estamos solos. Replegarse en la oscuridad, en la dulzura de no tener nada que decir. . . ¡Qué dulce veneno que finalmente te revienta y te mata!

Capítulo 2

Abismo

Dueña objetiva de sí misma, la sociedad de control neutraliza toda alternativa. Nada que hacer. Para quienes, aun así, *sentimos la resistencia*, la posibilidad de otro mundo se ahoga, se sofoca bajo la máscara de la ciudadanía, de la tolerancia, como una fuerza pavorosa, anonadante, inconcebible, como una revolución sin objeto ni estrategias, sin rostro, sin forma, sin sentido. Como una provocación: querer vivir. Pues, ¿qué haríamos, qué razón tendríamos situándonos fuera, qué objetivos? ¿Agarrar el destino, como Telma y Louise? ¿Estallar, como un tumulto en Los Angeles? ¿Quemar las naves? ¿A dónde iríamos, nosotros, los que dejamos atrás El Dorado? El miedo nos paraliza. Tras la máscara, el abismo.

Capítulo 3

Ciudad-empresa en tempo-máquina

Como dispositivo desde el que descifrar la naturaleza del nuevo y principal recurso productivo, el conocimiento, o desde el que abordar el gobierno de entornos metropolitanos relativamente homogéneos en lo socio-cultural, lo que se ha dado en llamar el “modelo Barcelona” ha demostrado ya su operatividad a distintos niveles. Abusando del símil con la telemática, al artefacto se le reconocen prestaciones en funciones de *salvapantallas*, *sistema experto* y *matriz cognitiva*:

Como salvapantallas: funcionando a modo de impertinente ritornelo multimodal. Lo imperativo de los mensajes no debe ocultar el hecho de que, en la mayoría de los casos, se trata de simples constataciones de lo que ya está sucediendo y sucediéndonos. Nos referimos, por ejemplo, a los jugosos mensajes de propaganda municipal que tienen en la propia ciudad la principal mercancía a vender —algunos irán apareciendo a lo largo de estos párrafos—, o al “fem empresa”¹ de la televisión autonómica catalana, que insiste en recordarnos lo que debemos hacer y, a la vez y por si acaso, lo que ya nos ocupa incluso cuando creemos no estar haciendo nada, esto es, que ya “hacemos empresa” cuando paseamos, charlamos con los amigos o incluso cuando miramos las musarañas. Situación, esta última, en la que, por cierto, acostumbra a acecharnos salvapantallas de toda índole.

Como sistema experto: facilitándonos información previamente seleccionada, elaborada y sistematizada. Aquí la forma decálogo muta en programa de autoayuda que, *amigablemente*, nos instruye acerca de cómo sacarle más

¹“Hagamos” y, a la vez, “Hacemos empresa”

partido a la cosa empresarial. El abanico de propuestas iría de la "Barcelona activa" —engendro de titularidad municipal dedicada a procurar información-basura para iniciativas cutre-empresariales con remotas expectativas de éxito—, a la red de consultorías montadas por aquellos que, previo pago, sí disponen de la información realmente interesante.

Como matriz cognitiva y como disposición: privilegiando un determinado tipo de relación entre lo social y lo real. Convirtiendo, sin más que decirnos y desde lo mental mismo, nuestros deseos y nuestros conocimientos, nuestros proyectos, en mirada enteramente subsumida al modo de producción capitalista en su fase actual; y como disposición: adecuando nuestras actitudes y comportamientos a las actuales características del proceso de valorización. Para su correcto funcionamiento precisa de altos grados de participación; requiere de la adhesión o, como mínimo, del asentimiento de una gran mayoría para tragar y reproducir "modelo" cotidianamente.

Sea como texto, como programa o como *brainframe*, tras el "modelo" se encuentra la idea de ciudad-empresa

Para un capitalismo ávido de *glocalismos* felices que puedan ser usados como punta de lanza de las nuevas formas de producción y de dominio —los famosos puntitos resplandecientes en la Europa-pizarra oscura del *professore* Pascual Maragall—, la categoría de ciudad-empresa se revela estratégica. El objetivo final de la propuesta no parece dar lugar a mucha controversia: convertir en *emprendedores* a muchos más de los que ya lo son en y, a todos, en copartícipes de una empresa cada vez más integrada, de la que simplemente sea poco recomendable quedar al margen. En su versión más *hard*, el argumento esgrimido en su defensa sonaría así: "Hay quien todavía no se ha enterado de las recompensas que tiene el convertirse en emprendedor y, ciertamente, no saben lo que se pierden. Pero seguro que empezarán a oír hablar de ello y a querer experimentarlo por sí mismos. Es como estar sentado frente a un espejo trucado, viendo gente haciendo el amor al otro lado y deseando poder cruzar el umbral que te separa de ellos para participar tú también de la fiesta". Quien así se expresa es Bill Gross, directivo y copropietario de Idealab!, empresa dedicada a abastecer de conceptos-idea a todo aquel que quiera sacar dinero de la World Wide Web. El proyecto es ambicioso aunque problemático —no se intuye un Bill muy feliz en su piel— y las tecnologías a desarrollar para su implementación se anticipan complejas.

"Barcelona, una gran empresa"

En la actualidad las metrópolis generan una riqueza que difícilmente puede explicarse ya desde paradigmas lineales y acumulativos basados en la capacidad de consumo o de endeudamiento. Para dar cuenta de una producción que ya tiene en el conocimiento su principal recurso, y donde éste se basa en cosas tales como la disposición al aprendizaje, la competencia comunicativa multilateral, la capacidad de reacción ante los cambios, de adaptación a un medio esencialmente abstracto o la naturalidad con la que uno se somete al dominio de otro, lugares como la fábrica no sirven. El espacio a tener en cuenta desde ahora debe ser el conjunto del territorio metropolitano incluídas las múltiples y diversas formas de vida que lo habitan. Pero, en la medida en que más allá de acertar en la escala y de dar con el código del recurso, se trata fundamentalmente de gobernarlo, la ciudad-empresa deberá añadir valor cognitivo a la mera descripción de las variables del ecosistema en el que opera.

Deberá tener en cuenta la especificidad de un sistema productivo basado en el saber en general, en la información y en la ciencia, donde, siguiendo a los economistas, los costes de reproducción tienden a cero, mientras que los costes de producción son mucho más inciertos y, en cualquier caso, incomparablemente más importantes. Con la codificación del conocimiento, el coste de reproducir una unidad a partir de otra deviene irrisorio comparado con el requerido para la producción de la primera. Y deberá, además, tener en cuenta al individuo que hay tras esta producción y que en buena medida su misma intervención anticipa: ambiguo en su querer vivir, sí, pero cínico, oportunista, extraordinariamente miedoso y brutalmente solo cuando no halla con qué hacer frente a un capital que ya sólo puede mostrarse como puro dominio puesto que la esfera del trabajo “se sitúa de ahora en adelante *al lado* del proceso de producción, en vez de ser su principal agente” (Marx).

El aprovechamiento del conocimiento por la ciudad-empresa se revela problemático como mínimo en tres aspectos. En primer lugar, dado que el nuevo capitalismo es incapaz de generarlo o tutelararlo desde la esfera del *trabajo*, deberá asumir una distancia constitutiva en relación con la realidad en la que este conocimiento —producción de la producción— se genera. Solamente capturándolo podrá convertirlo en recurso. En segundo lugar, deberá supeditar la naturaleza de la pieza a factores de rentabilidad cada vez más aleatorios y a márgenes de oportunidad cada vez más exiguos. En un proceso productivo simple y acelerado —nanotecnologías y nuevas formas de vida y de producción obligan—, el conocimiento se convierte en un material muy frágil y su valor en algo extraordinariamente volátil. Finalmente, deberá intentar paliar efectos indeseados sobre el proceso de valorización, sometiéndolo

el territorio de captura a un control que, sin llegar a secar sus fuentes de alimentación, asegure la transferencia continuada y sin sobresaltos de recursos al sistema. Y esto no es posible sin asegurar una posición de dominio para el intercambio y la comunicación bajo comando del propio capital, la legislación en materia de patentes y los criterios par su adjudicación, las nuevas formulaciones jurídicas de propiedad intelectual, o los dispositivos de censura de contenidos, configuran los nuevos bastiones desde los que el modo de producción debe afianzar su dominio.

“Barcelona, la ciutat del coneixement²”

El tiempo en la metrópoli no puede ser pues unívoco. En ella coexisten, como mínimo, y aún a riesgo de simplificar en exceso, dos estructuras temporales: por un lado, el tiempo del capital, de desarrollo corto, fuertemente pautado y jerarquizado y, por otro, el tiempo de la comunicación, la socialización y la producción de conocimiento, de desarrollo largo, sin cadencias o rutinas fijas y de difícil acompasamiento desde fuera, contra los ritmos que los mismos procesos comunicativos y cooperativos van tomando en cada momento. Las implicaciones que esto tiene en relación con el programa de la ciudad-empresa no son nada desdeñables: deberá plegarse al tiempo en dos fases del capitalismo actual: proyectación —mínima, recordémoslo, porque la esfera del trabajo ya no lo es de socialización del trabajador—, y realización de lo proyectado —trabajo residualmente necesario por la creciente codificación de los procesos productivos—. Pero, y esto es lo importante, preservando en lo posible el espacio *caótico y desordenado* en que el conocimiento se genera. Sirva como ejemplo del grado de elaboración en el propio discurso empresarial de esta discontinuidad, la arenga lanzada hace un par de años por un ponente en el acto anual de entrega de diplomas de una muy conocida escuela especializada en la formación de administradores de empresa. El *speech*, con la lucidez del más cínico y soez de los *reality shows*, venía a decir más o menos lo que sigue: “cuando salgáis afuera para levantar vuestras empresas o para incorporaros a alguna de las ya existentes, os daréis cuenta de que el mundo es en realidad caos. No debéis intentar gobernarlo imponiendo un orden allí donde sólo veáis desorden. El caos con el que os encontraréis, lejos de ir contra la empresa, puede y debe convertirse en vuestro principal aliado; puesto que dicho caos es en realidad un terreno extraordinariamente fértil y, lo que es más importante, que busca y necesita de quienes sepan canalizar

²“Barcelona, la ciudad del conocimiento”

y orientar la creatividad y posibilidades de enriquecimiento que encierra. Y para esta tarea, la sociedad ya os ha elegido a vosotros por lo que de vuestro esfuerzo y entrega, bla, bla, bla. . . ”. Ruego aquí se me perdone el hecho de repetir de memoria y haber olvidado el nombre de tan insigne personaje; el regidor de escenario era otro, yo sólo me ocupaba de evitar que a éste no le diese por hundirse en pleno alarde cyber-fascista.

De lo dicho se advierte un problema mayor para el *capitalismo cognitivo* que sirve de modelo a la ciudad-empresa. Nos referimos, en concreto, a la dificultad de conjugar dominio del capital con la imprescindible autonomía que la esfera de la comunicación y la cooperación necesitan para que, justamente, puedan devenir recurso desde el que generar o aprovechar saberes adecuados a cada situación. El carácter coactivo del modelo en contacto con lo social parece, efectivamente, anticipar escenarios caracterizados por la ausencia de elementos y acontecimientos autónomos con respecto a los dispositivos capitalistas de apropiación; un escenario en el que el sometimiento a la función parasitaria se daría también como sometimiento al espacio-tiempo del propio capital. Sin embargo, la supervivencia del propio modo de producción depende, justamente, del hecho que este escenario no llegue nunca a efectuarse por entero. Hacer viables situaciones en las que distintos espacios puedan continuar coexistiendo —donde la fragmentación de lo social por ausencia de un proceso central que lo atravesase pueda continuar generando mundos en conflicto entre ellos—, al lado de un espacio del trabajo fundamentalmente depredador, parece ser la clave de su supervivencia.

“Barcelona, la ciutat sostenible³”

El territorio metropolitano parece, hoy más que nunca, espacio de la catástrofe permanente. Todo en él parece poder remitir a figuras de una demolición generalizada; todo él sometido al pulso que construcción-hundimiento y hundimiento-construcción van marcando en el día a día de nuestras ciudades: en el mejor de los casos, para aumentar el valor relativo-valor añadido de lo que *entre manos* se trae —“o te mueves o caducas”, nos dice el anuncio—. Seguro, para poder negociar con el devenir prórrogas a su mera viabilidad como mercancía. Aviso al lector: no es la demolición-transformación-sustitución como determinante del imaginario metropolitano lo que aquí va a discutirse. ¿Desde dónde? De lo que se trata, en todo caso, es de convertirlo en praxis liberadora oponiéndolo a la forma concreta que toma bajo comando del

³“Barcelona, la ciudad sostenible”

capital —y hay sobrados ejemplos de que esto es posible: la reinención del uso del territorio ligada a las okupaciones de espacios-desokupaciones del orden, la creación-reapropiación continua de nuevos modos de comunicación y de interacción políticamente determinados ligadas al desarrollo e implementación de software libre en permanente innovación, la creación-cancelación de lenguaje desde la crítica al poder y a las formas de dominación en curso y por la invención de constelaciones conceptuales promiscuas y en continua mutación desde las que hacer proliferar pensamiento crítico, etc. Ninguna simpatía, pues, con respecto a la miríada de conservacionismos que, en nombre de supuestas autenticidades y estados de naturaleza, no sólo pretenden decirnos lo que hay que hacer sino que, además, aspiran a que sean semejantes bobadas las que pasen por verdaderas. Como mínimo, en el espacio de la ciudad-empresa, y mientras la hormigonera tenga con qué saciarse, lo que creamos o dejemos de creer parece carecer de la menor relevancia, conscientes como ya somos todos de la vacuidad y exigüidad de las razones por las cuales tendríamos que someternos a unos intereses por otro lado tan, tan transparentes. . .

Ciertamente en las sociedades capitalistas producción y destrucción han ido de la mano desde el principio. De la estrecha relación entre ambas ha dependido y continúa dependiendo la continuidad del propio modo de producción. Pero ésta no ha tomado siempre las mismas formas, en situaciones parejas y teniendo que vérselas con los mismos sujetos. Si en el fordismo, por ejemplo, la destrucción es cancelación generalizada de trabajo vivo mediante su sustitución por máquinas y consumación de la reducción del trabajo a pura abstracción cuantificable e indiferenciada, en el postfordismo —o en un capitalismo que, como el actual, tenga en el saber general su principal fuente de riqueza— esto ya no es así, o no sólo es así. Aquí, el carácter destructivo ya no puede ser reconducido por el capital desde el proceso de valorización. Resultándole ajeno y fundamentalmente extraño el principal medio de producción —el intelecto como “externalidad positiva”—, el capital ya no puede hacer del conflicto con el trabajo un proceso central desde el que imponer salidas a la crisis —el sujeto, como sujeto productivo y como el mismo saber general, acaba por resultarle huidizo y ambivalente—. En ausencia de proceso central, el capital como espacio crítico, sólo puede aspirar a acelerar y modular aquello que alimenta sus circuitos.

“Vine al mercat, reina!”⁴”

La ciudad-empresa se convierte así en dispositivo de captura del saber general y en acelerador y modulador de este saber en forma de partículas adecuadas a los ritmos impuestos por el proceso de valorización; adecuadas finalmente al *tempo máquina*: pura sucesión de corcheas en clave neutra y alternativamente acentuadas, formando secuencias idénticas e interminables de dos tiempos: proyectación-materialización / proyectación-materialización / proyectación-materialización; Chum-ba / chum-ba / chum-ba: bacalao.

“No t’aturis, Barcelona”⁵”

Cuando el alcalde Clos lleva tiempo advirtiéndonos que deberíamos irnos acostumbrando a que un significativo tanto por ciento de la ciudad esté permanentemente en obras, no está haciendo más que explicitar hasta qué punto el proceso de valorización debe someterse en la actualidad a este tempo. El tema deja de ser qué calles, plazas o edificios necesitan de una determinada intervención para aumentar o restablecer su valor de uso y pasa a ser dónde, cuándo y en función de qué circunstancias se interviene para cumplir con la ecuación que vincula mantenimiento, mejora o degradación del espacio urbano con un determinado volumen de negocio a alcanzar por el territorio metropolitano en su conjunto. Quien sea —y aquí ya sólo se es empresario o cliente— debe tener la garantía que la caducidad será respetada, de que todo aquello que no asegure óptimas condiciones de mercado, y las asegure para ser vendido a un precio de mercado, desaparecerá del escaparate.

“Barcelona, la millor botiga del món”⁶”

La ciudad-empresa se revela, finalmente, escenario privilegiado desde el que percibir la crisis de lo político en toda su agudeza: lugar donde el “contrato social” no sería más que la coartada ideológica de un contrato electoral fundado en el compromiso de continuar actualizando y aumentando el alcance de las ventajas empresariales; lugar donde al “ciudadano” le tocaría ejercer de notario vigilante ante los *abusos de poder* cometidos en el reparto de la tarta-alto-valor-añadido de la industria del conocimiento. El idiota invitado a la cena máxima audiencia de los emprendedores audaces; con voz, pero, obvia-

⁴ “¡Ven al mercado, reina!”

⁵ “¡No pares, Barcelona!”

⁶ “Barcelona, la mejor tienda del mundo”

mente, sin ningún crédito —¿Quién tomaría en serio a semejante cretino?—. El relato continuaría hablándonos de un “bienestar” convertido en simple transferencia de dinero público a la empresa (Welfare de la empresa); de una Administración Pública convertida en animadora y distribuidora, a escala local, de un mero juego de acumulación entre empresas; y de la bondad inherente a un sistema electoral que permite al emprendedor ir renovando, en los niveles de decisión mas bajos, el perfil con el que la Administración debe presentarse ante el propio tejido empresarial. La Metròpoli convertida en territorio donde una modernidad exhausta e incapaz de deshacer el demencial bucle en el que ha entrado, se regurgitaría a sí misma para dar de comer a sus retoños. Mórbido frenesí urbano bajo síndrome de vacas locas.

“Barcelona posa’t guapa⁷”

Ciudad-empresa en tempo máquina: pura sucesión de corcheas en clave neutra y alternativamente acentuadas, formando secuencias idénticas e interminables de dos tiempos: proyectación-materialización / proyectación-materialización / proyectación-materialización; Chum-ba / chum-ba / chum-ba: bacalao. La excavadora o el martillo neumático marcando en el suelo urbano únicamente los tiempos débiles, los de la materialización, los de la realización de lo proyectado, siempre posteriores a los fuertes, a los financieros, a los cognitivos, a los supuestamente creativos. Herramientas de un tempo capital que, acentuando el contraste entre ambos momentos, reduce el intervalo y la complejidad de la secuencia hasta el límite.

“Barcelona, la ciutat que volem⁸
QUE ESCLATI!⁹”

⁷ “Barcelona, ponte guapa”

⁸ “Barcelona, la ciudad que queremos”

⁹ ¡Que estalle!

Capítulo 4

Bill Gross se lo monta en el piso de enfrente

Nota de urgencia sobre el placer en la ciudad empresa

Cierto, hay quienes no han sido expuestos a las recompensas de convertirse en emprendedores y no saben lo que se pierden. Pero están empezando a oír hablar de ello y a querer experimentarlo por sí mismos. Es como si estuviesen sentados frente a una ventana-espejo, viendo a gente haciendo el amor al otro lado y deseando poder participar de ello.

Bill Gross, directivo de *Idealab!*

*Como se derrama la ausencia en la flecha que se aísla
y como la fresa espera hilando su cristal,
así el otoño en que su labio muere, así el granizo
en blando espejo destroza la mirada que le ciñe.*

José Lezama Lima, *Muerte de Narciso*

1. Los empresarios de antaño, los de frac y leontina, ¡eso sí que era una raza de hombres! Tan arrojados, tan emprendedores, qué se yo... ¡tan marxistas! Capitanes de empresa, les llamaban, y es verdad, uno se los imagina abriendo mercados, cruzando territorios, sometiendo el mundo al imperio inexorable de la mercancía. ¡Ah, liberar todo ese ingente capital de las vetas de la historia, de la entraña de los continentes! ¡Ah, sojuzgar pueblos, rendir civilizaciones, alienar la humanidad en vastos ejércitos de trabajo! Qué emoción reflejarse así sobre la Tierra, dueños

de su destino, Sujetos al fin y para siempre del Objeto cósmico y total. . . Una vida excitante, sí señor, la de aquellos empresarios, con sus pistoleros a sueldo, sus fuerzas de orden público, ¡sus guerras mundiales! Una vida enfrentada con la vida, librada al encuentro terrible de otras vidas, al dominio de fuerzas colosales, de magníficas resistencias. Y es que, en efecto, los obreros de antaño, los de adoquín y alpargata, ¡eso sí que era una raza de hombres!

No extraña entonces que toda esa emoción redundase en libido, estímulo sexual, lujuria a la que ningún cuerpo saciaba. ¡Qué audaces comunidades de esposas y maridos, de queridas y admiradores! ¡Qué ambiente de citas y aventuras, de parques y trastiendas, de fugas de escándalo a París! ¡Qué profusión de prostíbulos, pisitos y salones! ¡Qué *liaison* de amantes y bastardos en primero, segundo y tercer grado! Una fiesta, desde luego, una gozada, pero discreta, íntima, tras la cortina, con las ventanas cerradas, que los demás no tienen por qué vernos. . .

2. “Ninguém chora uma lágrima sobre un e-mail”, dice el poeta, y es verdad. En la ciudad empresa la aventura se llama *rafting* y es una charlotada donde las almas pierden su honor; y los cuerpos, su compostura. Vencida la resistencia, puesta la vida toda, todas las vidas, a rendir en su beneficio, el capital habita la Tierra como el feto la matriz. Solo. Un ritmo altísimo y creciente en el seno del universo. Fuerte-débil. Sístole-diástole. Un latido que retumba en las paredes intrauterinas del mundo y a cuyos golpes, uno tras otro, crece y se hincha ese cuerpo solo. . . tum-tum. . . tum-tum. . .

¿Qué deseo le mueve? ¿Qué placer hay en él? Satisfacción, aplacamiento constante de sí mismo, nirvana fetal en el retorno sobre sí de todo, marcado en aquel único compás y en cuya repetición idéntica se inscribe, mudo, el más antiguo recuerdo, el más lejano suceso por venir: no ser. . . nada. . . paz. Narcisismo adolescente en las naves de bakalao, tiempo máquina, fuerte-débil, sístole-diástole, cámara uterina ya angustiada por el abismo de ser solo un cuerpo solo, un mundo solo, repetición frenética abocada al paroxismo de sí misma, tum-tum, tum-tum, al colapso final, a la resolución del ritmo en el zumbido inalterable —¡por fin!— del cardiograma plano, de la infinita línea de luz blanca: silencio. . . nada. . . paz. El deseo de muerte, eso es lo que le mueve. El goce del poder, eso es lo que le satisface.

Así que ahí enfrente hay un empresario no como aquellos de Grosz, Berlín, sino como estos de Gross, Pasadena, monstruo que crece devorándose, feto que reabsorbe su miconio, onanista que se goza, com-

pulsivo, sobre la imagen que de sí le devuelve la ciudad, el mundo mismo, y que crece y se hincha, cada vez más rápido, en cada espasmo impaciente, buscador ansioso de orgasmos *que no pudo desnudarse nunca. . . que jamás ha podido entrar en otros brazos y sentir —aunque sea nada más que un momento— el deslumbramiento que tuvimos a los veinte años. . .* Cierra la ventana, amor mío, que no quiero ver a semejante monstruo, que no quiero verme nunca reflejado en él. . .

3. Es verdad, me había olvidado, no hay ventanas. . . ¡y las paredes son de cristal! ¡Edificios modernos. . .! Nada se interpone entonces entre Bill Gross y nosotros, nada se oculta a su mirada mortal como el contacto de Midas, nada por detrás, más allá del espejo “donde la perfección muere de rodillas”, donde el ser y el poder cierran, parásita del universo, su alianza estéril, su pacto de no vida.

Y así, ¿cómo vernos el uno al otro, cómo hallarnos el uno al otro, mirarnos, tocarnos, encendernos el uno al otro bajo la luz que cae, impúdica y blanca, sobre el azogue del mundo? Justo así, sin mostrarnos ni ocultarnos, sin público ni intimidad, ya reducidos, suspensos en el hombre anónimo, en el hombre sin atributos, sin nada en particular, invisibles a los ojos blancos, vueltos sobre sí, ciegos, de Narciso. Sin velarnos del enemigo. Sin refugiarnos en el amigo. Pero turbados, sí, por el gesto generoso, abiertos a la mirada que se ofrece cálida, profunda, mientras avanza el otoño y cuaja la nieve caída como granizo, y se oye al fin el ruido del espejo resquebrajándose. . .

¿Qué decía aquel sabio? ¿Te acuerdas, amor mío? Se llamaba Benjamin y había algo en su historia tan terrible, tan hermoso. . . Cómo nos había emocionado. . . Estaba ahí, junto a los poemas de Lezama. . . Aquí. . . Déjame que te lo lea, otra vez: “Y es que asegurar la vida privada contra la moral en una sociedad que ha emprendido el examen político radioscópico de la sexualidad y la familia, en una sociedad dispuesta a levantar casas con paredes de cristal cuyos balcones se introducen hasta el interior de las habitaciones, que dejan así de ser habitaciones. . . En semejante sociedad tal consigna resultaría de lo más reaccionaria si no se tratara de la vida privada que, en oposición a la burguesa, es un fiel reflejo de esa transformación social; o sea, en una palabra, si no fuera la vida privada que se desmonta y se construye a sí misma de manera abierta, la de los pobres como Peter Altenberg, la de los agitadores como Adolf Loos. . . ”

Qué bien está, sí señor. . . Venga, vámonos ya a la habitación, aunque sea de cristal. . . anónimos, transparentes, que los demás al fin no

*CAPÍTULO 4. BILL GROSS SE LO MONTA EN EL PISO DE ENFRENTE*²²

pueden vernos...

Capítulo 5

Distancia

La teoría es inhóspita: nos arranca del mundo; el desafío, infernal: nos expone contra él.

Capítulo 6

Simulacro

La falta de resistencia no es muerte sino exterioridad pura: naturaleza, comunidad de hormigas, Babilonia. Vencida la resistencia —porque ya no se enuncia, porque no puede manifestarse— la interioridad, el sujeto, deviene algo de orden imaginario: un simulacro. Simular la subjetividad, el antagonismo político: he ahí el Estado de los Partidos.

Más allá del simulacro: sólo una resistencia pronunciada socialmente hace política, como sólo un dolor que se afronta en común es religión. Dios ha muerto. La política, también.

Capítulo 7

Para una política nocturna

Una política nocturna debe hacerse:

- **CONTRA** la cómoda y pasiva contemplación de la miseria cotidiana que impregna y ahoga.
- **DESDE** un nosotros renqueante hecho sobre la marcha, y nutriéndose de la mala leche y la improvisación.
- **PARA** poner zancadillas y cortocircuitar la gran maquinaria.
- **POR** los estrechos e interminables senderos del gran laberinto, inventando palabras y acciones.
- **SEGÚN** nuestra capacidad de experimentar, pensar, vivir, resistir, gozar... sabiendo que hoy somos pocos y mañana puede que menos.

Algunos de sus principios son:

1. El sentido común de dos males escoge el menos malo. Nosotros nos negamos a escoger.
2. Cuando la vida se convierte en medio de vida, la vida muere.
3. Buscar las raíces es una manera subterránea de andarse por las ramas.
4. Los que se sacrifican por los demás acaban sacrificándose.
5. Hay que descargarse del pensamiento de que hacer tenga que servir para algo.
6. Porque sabemos que poseer es perder, abrimos espacios de vida que no pueden ser cerrados.

7. Porque no existe otro lenguaje, somos un balbuceo en el lenguaje del poder.
8. El mejor suicidio es el suicidio sin muerte: permite seguir escupiendo.

Parte III

Now, I wanna be your dog

Capítulo 8

Carta de un policía

Mi labor es sencilla. Cada mañana he de ir a la universidad a infiltrarme un poquito más si me dejan. Pero más bien diría ardua, si lo pienso con detenimiento. Ardua y sencilla. (No es muy coherente mi tarea).

Trato de sacar información sobre el grupo azul que recaba sus militantes entre los jóvenes radicales como yo o perdidos como yo también.

Quizás este escribiendo sobre mi propia liberación, el caso es que si no miras a babor el barco parece emprender una huida continuada, volátil.

Algunos días logro averiguar donde se celebrará la próxima concentración en la cual protestarán durante horas por el “impuesto de lectura edificante”. Yo no quiero entrar en esos temas, me dejo llevar, mi trabajo esta bien remunerado y puedo permitirme pequeños lujos. Aparento menos años, siempre ha sido así; mi padre siempre ha sido mi abuelo, a mí no me importaba, a él sí.

Me gustaría tener otro trabajo menos arduo y sencillo, siempre quise ser barrendero pero al abuelo no le gustaba la idea y cada vez que oía un mínimo comentario fruncía el ceño y me gritaba hasta hacerme explotar como a una copa de cristal. Ahora tomo muchas copas, whisky sobre todo ni me ayuda a olvidar ni me gustan su sabor ni lo hago por auofustigarme el caso es que no sé por qué lo hago. Bebo mucho.

Soy policía, el atributo me es dado y no por ello me hago cargo. Como ya he dicho ni entro ni salgo.

Es mi única libertad saberme un mal policía que se siente un lector de “libros de lectura edificante”, que se quema los sesos y sentir que de mi cabeza salen huyendo cifras, perros y niños como de una casa en llamas.

Los jóvenes que vigilo son de color azul. Sí, por si no lo sabían puedo atribuir colores a los miembros de la especie humana. Por la gente marrón siento verdadera devoción, su ropa rasposa y su pelo verde violento me tranquilizan, la gente roja es excepcional, en ellos está su ser. La gente azul camina en

la línea espectral que separa esos colores, son jóvenes, suelen serlo, y en su madurar su color puede variar hacia las categorías del marrón, o mejor aún del rojo. Mi tarea es su vigilancia y evitar que cubran la sociedad con su manto ocre y púrpura.

Capítulo 9

El paro, industria cultural

Paro-Industria

El paro puede contemplarse como una industria, una poderosa maquinaria para el **movimiento y la acumulación de capitales**, no sólo por los beneficios que produce induciendo el abaratamiento de los salarios, fiel aún a su clásica función como **ejército de reserva**, sino más aún como **mercancía cultural** que moviliza a miles de trabajadores en las tareas de formación ocupacional, estudios dependientes de los fondos de cohesión europeos, prospecciones de mercado laboral, técnicas de inserción, empresas de trabajo temporal, etc. El paro se convierte así en **instrumento de las nuevas ideologías del trabajo** que encauzan los miedos que la propia amenaza del paro produce.

Una empresa de trabajo temporal dependiente de una conocidísima entidad bancaria catalana, ha conseguido facturar en el último año, después de sólo tres de funcionamiento, lo mismo que la Danone. En las escuelas y los institutos la arcaica Formación del Espíritu Nacional ha sido sustituida por la tecnología para el trabajo, la búsqueda de empleo y la orientación laboral. Las universidades han dado paso a nuevas profesiones destinadas al control (asistencia) social y la formación ocupacional. La carrera profesional se estimula desde los ministerios por medio de los reales decretos de cualificación profesional, etc. . .

El paro sigue siendo el “**acobardador**” de los trabajadores, pero además hoy que, tras la derrota del movimiento obrero, estamos viviendo en una patética sociedad de trabajadores sin trabajo, el paro es sobre todo **la herramienta de control social** a través de la cual el capital nos indica todos los caminos posibles. A saber: la obediencia, la resignación, la sumisión o la muerte. Ya ni lugar deja a la tristeza, donde el palpito de la vida podría

aún marcar las huellas humeantes de su latido. Hoy socialmente la tristeza es sinónimo de muerte.

El concepto de explotación es cada día más difuso. En el terreno puramente simbólico parece como si todos hubiéramos aceptado el papel de “explotadores frustrados”. El problema no consiste en si el sueldo de un locutor líder de audiencia es una aberración con la que se soborna a quien cumple un servicio impagable para la reproducción del orden, sino en cómo conseguir ese micrófono o la cintura de “Rivaldinho”, el cuerpo de una top-model o la “suerte” del que “le ha tocado” la bono-loto.

La carrera profesional se dirige hacia la búsqueda del micrófono y no llegar a conseguirlo es simplemente una falta de velocidad en los últimos metros o un déficit en la suerte para “ser tocado”.

El Cid asusta a los moros

Apoyados en la “ideología de los recursos humanos”, que apareció como doble respuesta para hacer frente a la crisis económica además de para superar la crisis del trabajo, y a pesar de esa magnífica maquinaria de exterminio, de esa “ideología de los triunfadores”, que es el invento de la carrera de competencias, incluso a pesar de la persistencia de los datos de la encuesta de población activa en los últimos 20 años, nuestros políticos se ven obligados al discurso hipócrita y siguen empeñados en vendernos el paro como una lacra transitoria de la que vamos a salir tras la aplicación de las correctas medidas económicas, al módico precio de un pequeño esfuerzo que pasa por la precariedad misma. Algo así como, “al pleno empleo por la precariedad laboral”, lo que por otra parte no hace sino mostrar lo anticuado de su look ideológico en esta materia, en la que se remontan, no ya 20 años, sino hasta los fisiócratas y sus robinsonadas. Si las leyes de pobres fueron abolidas para que las personas aceptaran trabajar por la misma hogaza de pan que la abolición de las “poor law” les quitaban; si la ética del trabajo tuvo, entonces, que imponerse con la amenaza del hambre; hoy se utiliza la amenaza de la muerte social del desaliento excluyente, para sostener la misma ética cabalgando muerta sobre las espaldas de los trabajadores y asustando a los sin trabajo como el Cid sobre Babiaca cuentan que asustaba moros.

El caso es, y nos alegramos mucho de ello, que todos sabemos que el pleno empleo ha desaparecido del orbe de nuestras posibilidades y, lo que es mejor, de nuestras expectativas. Sabemos que sólo el 25% de la población activa es imprescindible para mantener los índices de crecimiento, mientras estos sean “sostenibles”, y que con otro 25% pululando en una precariedad más o menos esperanzada, el consumo se mantiene hipotecando vidas al por

mayor, y las elecciones podrán seguir dando una cobertura legitimadora a un sistema que, por lo demás, ya ha demostrado sobradamente que no necesita para imponerse de legitimación alguna.

El salario social puede institucionalizarse en forma de trabajo basura. En vez de una renta incondicional de ciudadanía, nuestros políticos están preparando “la plena precariedad del pleno empleo”. Hoy están montando una forma de asistencia social al paro consistente en un simple secuestro del tiempo de vida, un tiempo para la humillación y el control a través de un trabajo claramente inútil, que será la única manera de conseguir la hogaza de pan para quien no sabe ganársela en la “justa competición” hacia ese 25% de los currantes necesarios.

Robinson quiere subir al podio

Cuentan que desde el movimiento obrero quisieron asaltarse los cielos, pero lo cierto es que, hoy, sólo aspiramos a llegar al puesto de trabajo antes que nuestros competidores.

Más que nada por una simple cuestión estética la carrera ya no es cruenta como en los viejos colonos del antiguo Oeste Americano. El ministro Arenas lo dejó muy claro con una terrible frase cargada tanto de valores reaccionarios como de comedida sensatez:

“Ningún trabajador será viejo para el mercado de trabajo si está preparado y cualquier trabajador será un viejo si no está preparado.”

He aquí la última robinsonada que en una sola frase da por supuesta, tanto la soledad a que nos han arrojado tras la derrota del movimiento obrero como nuestra humillante obligación de prepararnos constantemente para mejorar los intereses de las empresas en el mercado y la incruenta (de momento) carnicería que nos enfrenta a unos con otros por la búsqueda de empleo; eso por no hablar de la consideración de la palabra “viejo” que subyace en la frase. Como decían unos amigos:

“Hay que ser joven y dinámico, pertrecharse una sonrisa de oreja a oreja hasta querer mear y no echar gota.”

La frasecita del ministro pretende una movilización general de las fuerzas y energías de los parados para competir entre sí (se nos han adelantado los señores del mando) que será premiada con la humillante paga de un salario social condicionado al ejercicio de cualquier imbecilidad. La cooperación

social se produce compitiendo, y desde aquí plantearse una lógica de la liberación, a partir de la unión de las fuerzas de los que las emplean para hacerse la guerra entre ellos, no parece muy sólido.

La solidaridad, que según nos cuentan se extendía como el agua en una esponja en aquellos años de la reciente prehistoria del movimiento obrero, se ha desplazado hoy como mercancía cultural que se dirige a las víctimas de algún terremoto o hambruna, hacia los refugiados de alguna de las rentables guerras que han ensangrentado y mutilado los márgenes de nuestro mundo occidental tras el final de la guerra fría. Hoy hay que ser cínicamente solidario con las “víctimas de occidente” mientras intentamos hundir la cabeza del compañero de trabajo en una bañera de mierda.

La competitividad es la nueva ideología del trabajo, los mejores triunfan y los otros no asustan a Robinson porque ellos mismos se culpabilizan.

El resumen de esta causa-consecuencia de nuestra reveladora derrota lo hacía un famoso ciclista al principio de la vuelta a España 99:

“Otros tienen más posibilidades que yo, pero yo también tengo las mías y me dejaré la salud en las montañas para lograr subir al podio”.

La imaginación para el poder

Con la expropiación del valor de la fuerza de trabajo, al obrero aún le quedaba un recinto clandestino que le permitía alguna forma de comunicación con sus iguales, desde una conciencia no enajenada dispuesta a soñar otra vida. La expropiación de la comprensión del proceso productivo por parte del trabajador, sumergido en un rincón de la portentosa maquinaria diseñada desde “las alturas”, tampoco acabó con la posibilidad de soñar otro mundo, sueño que no perdimos ni con el secuestro de más de la mitad de nuestro tiempo despiertos.

Pero al fin nos han vencido, tras el formidable desmantelamiento de la centralidad obrera y la consiguiente desactivación de nuestras fuerzas en el conflicto entre capital y trabajo, nos doblegamos de tal modo que nuestra falta de resistencia dejó sin capacidad innovadora el avance tecnológico, y hoy ya se requiere nuestra imaginación, se exige nuestra capacidad de comunicación. Nuestra sociabilidad es ya toda ella mercancía, todo nuestro tiempo, dormidos o despiertos, ha sido arrojado del mundo de los sueños. Un directivo de IBM decía citando a uno de sus maestros:

“Hay que preparar la organización modificándola de manera que los obreros amen su trabajo, se adhieran a los fines de la empresa”.

y movilicen las reservas de productividad y saber que guardan en su poder”.

Los incentivos a las ideas de mejora de la producción, la creación de los departamentos de métodos y procesos, de recursos humanos, las jornadas flexibles, el trabajo por objetivos, el trabajo en equipo, las competencias de comunicación y de juicio, la estructura matricial de las empresas, en fin toda la parafernalia de la mejora continua y la calidad total, la estrategia para la autoocupación, van dirigidas a esa salvaje apropiación de nuestra sonrisa por parte del capital, a esa perversa usurpación de cualquier potencial posibilidad de ensayar alguna forma de comunicación sincera y real, a la desaparición de los iguales, los amigos.

“Nuestros directivos tienen la obligación de mantener conversaciones espontáneas con los trabajadores.”

Es curioso, indignante y revelador comprobar como, junto a la organización “postfordista” en la gestión de las ilusiones de los parados dirigida a escoger los “mejores” para las grandes empresas, convive la estructura “neofordista” de los trabajadores en los pequeños talleres y empresas externalizadas dependientes de la empresa madre.

La concepción instrumental del trabajo que nos permitió desembarazarnos de una ética racionalista, aupándonos en el rechazo del trabajo mismo y la reivindicación de un puesto mejor pagado, aquella capacidad nuestra para determinar los salarios, ha quedado atrás. Hoy en las modernas ideologías de los recursos humanos, el trabajo se ha convertido en un lugar al que hay que llegar, en un modo de integración o muerte social.

Hoy todos mentimos sabiendo que mentimos porque la verdad es evidente y terrorífica, hoy la terrible evidencia de la verdad nos tiene inmovilizados en este movimiento obsesivo y recurrente para llegar a la meta, nos tiene confinados, desprovistos de sueños, atenazados por el miedo a quedar excluidos del reparto de la nada, tan decorada ella, de vagos conceptos vacíos.

La Mentira es Verdad

No hay nada que desvelar. No hay alienación. La mentira es nuestra. La mentira es verdad. La mentira que nos hace libres es la misma que nos mantiene sujetos a las leyes del sentido común, la capacidad de mentir mide nuestra inteligencia como capacidad de adaptación. Mentir vendiéndose es de sentido común y la única manera de poder comprar la nueva mentira deseada.

El valor del trabajo se ha desvanecido en una doble vertiente, por un lado la económica como “ley del valor” y, por otro, la simbólica como “identificador y dador de identidad”.

Ya nadie duda que el precio de las mercancías no tiene ninguna relación medible con el tiempo de trabajo invertido en ellas. La capacidad productiva de las máquinas, que contienen en ellas una incontable cantidad de trabajo muerto y una inconmensurable potencia cristalizada de la inteligencia general, es tan inmensa que para satisfacer las necesidades materiales y espirituales de todos los hombres de la tierra, el trabajo sería casi innecesario.

El trabajo es innecesario, pero nos vemos inducidos por la lógica del mercado a invertir una gran cantidad de trabajo en generarnos urgentes espiritualidades superfluas, que son a su vez las necesidades que nos aprisionan, queriendo hacer reales las informaciones sobre la escasez de recursos. La propia producción “cultural” es esa infraestructura productora de las necesidades de los siervos de sus propios productos, el vehículo utilitario, el teléfono móvil, el ordenador personal, el fin de semana aventurero, en fin, el todo a 100 y a doscientos por hora.

Así que en este mundo la mercancía por excelencia, el dinero, se ha convertido en el aire que respiramos y todos tenemos miedo a morir de asfixia.

Puesto que ya no entendemos por qué estamos amontonando, repartiendo y volviendo a almacenar papeles o cajas que contienen mensajes, informaciones y otras mercancías que ni conocemos ni tenemos ya ningún interés en conocer, seguros como estamos de su inutilidad para la vida, ¿por qué seguimos con esta obsesión de Sísifo? No lo entendemos, pero necesitamos el dinero para respirar, así que lo hacemos, con lo que cumplimos religiosamente con el parámetro fundamental a través del cual miden los ministerios nuestra ocupabilidad, estamos motivados para trabajar y por lo tanto tenemos motivos para prepararnos constantemente con el objetivo de buscar empleo, y en condiciones de alimentar la insaciable industria del paro.

“No me interesa lo que hago, no comprendo para qué lo hago, no quiero saber si estas cajas contienen muslos de pollo o minas antipersonas, yo no puedo cambiar nada, sólo me interesa cuánto me van a pagar por ello . Yo no quiero ser un asfixiado”.

Ocuparse en el esfuerzo de la ocupación

Según las modernas doctrinas de la inserción laboral, los parámetros de la ocupabilidad son: deseo de trabajar, motivación para buscar empleo, capacidad de imprimir un orden en la tarea de búsqueda, disposición para adquirir la información necesaria, capacidad de esfuerzo para mejorar la preparación

como trabajador y además actitud positiva, ánimo diligente, autodisciplina, confianza en uno mismo y espíritu de lucha junto a otros.

Mantener viva la competitividad por el mercado laboral es muy rentable, por eso se invierte tanto dinero en la “atención a los desempleados”. Cada parado no desalentado es un trabajador gratis en la industria del paro, y los desalentados cumplen la función disuasoria para quien esté tentado de no jugar a este juego cabrón. Impagable función, por cierto.

La expresión más perfecta de la derrota es la figura de un “trabajador sin trabajo” echándose la culpa de su “fracaso”, un hombre desactivado, un muerto social, un parado de larga duración o un “desalentado” como le llaman los legisladores antes de descontarlo de las estadísticas que hasta entonces aún lo incluían entre la población activa.

“Hay que mantener viva la esperanza, no desalentarse, luchar, buscar, esforzarse y si no, no hay de qué quejarse.”

A estas doctrinas, hoy, les resulta operativo separar el deseo de trabajar de la motivación para el trabajo, (que no el trabajo del salario) porque el dinero no aparece como la motivación única y porque son muy pocos los que se atreven a cuestionar la necesidad del trabajo mismo que se presenta cínicamente como un derecho.

Valores tan arcaicos como la modernización constante y el progreso siguen siendo valores en boga y menos cuestionables que la monarquía o el ejército, dado que aquellos lo son del sentido común; son las flores más cuidadosamente regadas de la cultura, parece como si todos supiéramos a dónde vamos cuando en realidad sólo vamos corriendo tras el dinero. Y es que el dinero se ha convertido en la única manera de poder estar en el mundo, y su búsqueda la única razón de la vida. Así pues, los ministerios pueden estar contentos porque la mayoría aún somos ocupables y el dinero es el único que vive. El dinero es el Único.

Frente al todos contra todos, sólo con los solos

Si aún queda algún espacio para lo político, desde luego no está ya en el puesto de trabajo, y en la legión del paro todo el mundo está preparándose por su cuenta para subir al podio. Hoy, no es “conformarse con poco” el ser capaces de construir redes de complicidad, redes que sólo pueden apoyarse en los gestos de quienes aún son capaces de juntarse para hacer algo que no sea atravesado en diagonal por la lógica del mercado como única directriz y medida. Hoy la acción política pasa por extender esta red difusa de complicidades precarias con el objetivo de fortalecer “las soledades resistentes” que

en sus movimientos de afirmación intentan cortocircuitar la angustia a que han sido arrojadas cada una en la inevitable lucha del todos contra todos. No es conformarse con poco recuperar en acto una sociabilidad real entablada entre quienes ni se resignan, ni quieren engañarse. No es tan poco saber que no estás sólo en tu soledad y aunque no podemos establecer una teleología fuera de los criterios de la rentabilidad, tampoco podemos descartar la posibilidad potencial de una subversión total del orden todo. La publicidad se dirige a “ti”, a tu soledad para que te distingas haciéndote idéntico. Los movimientos de las “soledades resistentes” quieren huir de la identificación en el mercado, quieren escapar a la capacidad unificadora del dinero y se resisten a ser pura mercancía. El dinero no muere, pero queda reducido a simple metal cuando la humedad de nuestras soledades pueden hacerse un guiño cómplice, escupiendo con ello al rostro de los peles que lo han convertido en el Único.

*Que la economía reviente, que el progreso se fije en otros
para avanzar, que la modernización marque el paso del tiempo
para los que no tienen amigos, que la ansiedad se los coma
mientras yo contemplo las gotas de lluvia esparcirse en el
cristal de las ventanas de nuestra casa apoyado en la tristeza
de los que no servimos al dinero y que aunque nunca hemos
jugado ya nos ha tocado la bonoloto. Nosotros cogemos lo que
es nuestro allí donde esté, robamos en el supermercado,
queremos vivir ya y no podemos esperar al futuro.
Que nos dejen en paz y que nos den dinero gratis,
pero como no creemos en los reyes magos ni en las hadas
madrinas lo vamos a coger directamente y mientras
cambiamos de sitio con la discreción de nuestro anonimato,
levantamos el dedo índice con el puño cerrado y con un corte
de mangas decimos a quien quiera oírlo:
-¡¡que nos quiten lo bailau... !!*

Capítulo 10

Tío, así es la vida de los míos

“Es curioso, justo cuando crees que lo entiendes todo, con un latido de corazón todo vuelve a cambiar. Resulta que durante todos aquellos años que había estado esperando ese ataque repentino, yo me había convertido en el enemigo, y cuando por fin llegó el enemigo que había estado esperando me liberó. Sí, era un cambio. Ahora cuando contemplo el océano ya no espero ni submarinos nucleares ni ataques extraterrestres, ahora ya puedo ver China y espero que ellos puedan vernos a nosotros.”

El final de la violencia, Wim Wenders

No son ya nuestros cuerpos los que están tomados sino las vidas de cada uno de nosotros como individuos vivos, nuestros espíritus, nuestras conciencias. El poder se ha hecho un con-nosotros y es por ello que no podemos discernir entre amigos y enemigos, que no importa siquiera quién es amigo y quién enemigo porque, pese a todo, todos vivimos. Ya ni siquiera refugiarse en uno mismo tiene mucho sentido porque podemos encontrarnos a un policía en la alcoba.

Todos moldeados a imagen y semejanza del poder, su rostro y el nuestro se confunden cada vez más. Ese policía se parece mucho a mí, y el uniforme, su marca, se deja en casa durante las misiones importantes. Entonces, todo se vuelve paranoia en este baile de disfraces, punks más punks que ningún punk aparecen de pronto en una okupación y aquel chico simpático hace muecas sospechosas.

Procesos largos de infiltración minuciosa nos llevan a esta soledad tan acompañada.

Al principio fue la gestión de los cuerpos. Localización de cuerpos en línea, piezas engarzadas en el entramado global del poder. Un Estado fuerte

ribeteado por las grandes fábricas de creación y sometimiento de cuerpos. De todas maneras la policía nace ya en la calle, ella actúa sobre todo y lo sabe todo de todos en cada momento y en cada lugar donde haya un cuerpo: poder político que acude a lo infinitamente pequeño, la policía siempre ha estado muy cerca de los hombres, moviéndose con ellos entre la discreción y la amenaza.

Recrear el tiempo fue el siguiente paso. Cualquier cuerpo sin rostro puede poner un palo en las ruedas del tiempo del poder. Son necesarias ingenierías globales para mantener un delicado equilibrio en las variaciones infinitas de cuerpos que viven. Si tan sólo pudiera anularse el azar que amenaza con pequeñas rupturas el continuum del ejercicio del poder. Si un día amaneciera la ciudad de los cuerpos sin futuros imprevistos. Dispositivos de seguridad sobre la masa, pautando los ritmos regulares de sus procesos de vida (nacer, procrear, envejecer en la llanura de la seguridad). Se ha trabado un seguro sobre la población, se hace vivir y se está a su lado en cada uno de los procesos fundamentales de su vida. El poder hace un zoom, contempla el paisaje desde el pico más alto para inmediatamente romper la distancia y pegarse a nuestras vidas.

No hay un tiempo fuera del tiempo de la vida y ésta ahora ya no es cosa nuestra, el poder se ocupa de ella. Te aseguro que vas a estar seguro, que vas a vivir. Y ¿quién sino la policía podía estar ahí, convirtiendo las secuencias de hombres en un puro presente sin acontecimientos?

La última conquista fueron las almas. Los cuerpos ya tienen rostro y sus miradas delatan un interior. La vida de cada individuo, su cuerpo y su espíritu son llamados a la presencia. Uno detrás de otro, el poder nos atiende en sus mostradores, y es que, ¡qué promesas de riqueza y tesoros se adivinan en el interior de los hombres! Nos ama a todos por igual y nos acoge como un terapeuta compre(he)nsivo, quiere hacer de nosotros hombres completos ante su mirada. Todo el espectro de razas y colores le interesa. Como en un surtido de galletas es privilegiada la consigna de la variedad. Activa y reactiva en nosotros formas de subjetividad posibles, experimenta con nuestros afectos siguiendo mecanismos ora de congelación ora de calentamiento.

Diseñese usted mismo sus propias formas de resistencia. Riguroso e implacable, rígida su expresión, se pone frente a nosotros y espera nuestras estocadas. Las fuerzas salen a la luz y son contempladas con el interés de un científico. Creadas, medidas y obviadas o reprimidas, diferentes formas de resistencia son experimentadas en las pistas de pruebas del poder. Comprensivo y protector, nos sonríe y se acerca a oler nuestras complicidades para capturarlas o destruirlas. Cuántas asociaciones, grupos y grupúsculos le deben su vida al poder. Amante del coleccionismo acumula largas listas del *socius* que se exponen cada tanto en las plazas públicas (asociación de

deprimidos, grupo de defensa de los cangrejos pardos de las islas Seychelles, payasos, inventores y mercachifles sin fronteras... sonsonete dulzón e interminable del poder). A veces se aparta discretamente (cual niño que cuenta hasta cien con el rostro contra la pared jugando a pilla pilla) para dejar florecer nuestras virtualidades, creaciones creadas y recreadas para y por el poder.

Maniobras y estrategias del poder, con un único fin, favorecer nuestro olvido. El poder quiere que nos olvidemos de él. Padre discreto que deja a los niños jugar solos. Somos todos ya muy mayores y el poder puede dejar la escena para siempre, ya está en nosotros, en cada gesto, en cada mirada, en cada conciencia, en cada sujeto y en todos a la vez. Pero ¡ay de él! que en este último movimiento ha apostado muy fuerte. Nuestros ojos ávidos de imposibles contemplan ahí un paso en falso del poder (¿será esto posible?). Porque ese olvido por sí mismo del poder, puede ser también un olvido para sí mismo. ¿Dónde está el salto cualitativo entre poder y resistencia en los juegos por los largos pasillos de la immanencia gris? ¿Y si esa resistencia de diseño rutilante sirviera de manto a otras formas de imprevisibilidades resistentes? El cristal se venga.

Pero nosotros también estamos perdidos, ¿dónde ponernos, dónde anclarnos para amenazar al poder? ¿cómo atraparlo en su vaivén de masa pegajosa e inaprehensible? Quizá en algún sitio hallemos un rastro, una huella de esa huída del poder. El fin de la última maniobra ha sido rápido y complejo, el poder no se ha perdido porque su verdad, su única verdad se ha filtrado en un secreto. Se ha clausurado la estrategia de la seguridad, pero una reserva del poder se ha guardado en una botella lanzada al mar de la seguridad.

Nuevas estrategias de conocimiento (o quizá las estrategias más antiguas mutadas a formas nuevas) navegan en algún lugar (o quizá en todas partes). Analizar ese secreto del poder va a ser pues nuestra misión.

Capítulo 11

Capitalismo cognitivo y bacalao sostenible

En el nuevo capitalismo cognitivo el modo como los distintos *agentes* conciben el modelo de desarrollo tiene ya en el trabajo inmaterial la principal mercancía y fuente de valorización. Es la mente-producto entendida como neocórtex al servicio del Capital: mente colectiva on line trabajando en red en un entorno parasitario supeditado a la dinámica de valorización capitalista en *tempo máquina*. Emprendedor es el nombre dado al nuevo sujeto y el verdadero interlocutor de las instituciones. La conexión en redes de magnitud variable es el modo como esta empresarialidad difusa debe organizarse así como su tarea principal, junto a la misma promoción del conocimiento como principal mercancía, a la que deben plegarse gestores y administradores tanto públicos como privados. Conocimiento que, para que pueda ser enteramente aprovechable, debe ser reconducido a unidades de información adecuada a las nuevas condiciones de producción. Átomos de sentido presentados en soluciones sintéticas, rápidamente metabolizables por el organismo social, y sin aparentes efectos secundarios. “Pensar concreto, pensar a menudo”: lo primero en el decálogo del bueno de Gross.

La conexión en red del córtex social sobre el que se sustenta la idea de capitalismo cognitivo precisa de particulares condiciones ambientales que garanticen una cierta perdurabilidad y estabilidad de las condiciones de producción del conocimiento, a saber: eficacia en la explotación de lo cognitivo y que nada se pierda y todo pueda explicarse desde la “calidad total”, que es adecuación del producto a su diseño en un contexto de cooperación productiva cada vez más denso y abigarrado pero, y esto parece ser lo fundamental, que es también reducción del *conocimiento* a un pensar-producto adecuado al tiempo máquina. Hacerlo sostenible exige ciertas pautas que, tomen o no finalmente la forma de normas, ya sólo pueden justificar la voluntad de do-

minio a la que sirven en su efectuarse a escala planetaria apelando al más cautivo y miserable de los sentidos comunes.

Por el momento ahí van sintetizadas tres de las que parecen constituir el núcleo duro de lo que podríamos llamar la apuesta por la sostenibilidad de la mente-producto, y que invaden ya, colonizándolo desde su sistema de arranque, lo mental cotidiano: son las famosas “tres erres” de los ecologistas de izquierdas vestidas para la ocasión por el nuevo Capitalismo cognitivo:

- **Reducir:** dispositivo diseñado para detener desde lo mental mismo la todavía excesiva proliferación de RIU (Residuos Inmateriales Urbanos), o lo que es lo mismo, la producción de inteligencia colectiva extraña a la función parasitaria capitalista. Se correspondería con la universalización de la *ideología* de la *calidad total* como modo de organizar la producción —reducción de la generación de conocimiento a un pensar-producto rápidamente ciclable—, y también con políticas educativas y formativas con licencia para dirigir la vida entera de los individuos. La puesta a punto debe implicar predisposición de lo mental a adquirir en cualquier momento más y nuevas competencias que actualicen, como competitividad real frente a otros y frente a uno mismo, la competitividad supuesta en todo individuo. La formación continua universalizada, como generación y gestión de base tanto de la necesidad de adquisición de nuevas competencias como de la angustia de la que surge y que la alimenta, se nos antoja aquí una inversión directa de primer orden.

En síntesis: el objetivo de la reducción pasa por hacer de la mente un campo de producción autoregulado; esto es: un espacio donde las funciones de control se integren en la propia subjetividad acompañando y tutelando en todo momento la, por otro lado, indispensable creatividad requerida. La forma en que esto se lleva a cabo es mediante un constante goteo de información en un contexto que, por ser sumamente coercitivo y presentarse como único posible, tiene, en el miedo que secreta, su principal aliado. El principio que lo rige: *el mejor residuo es el que no se genera*.

- **Reutilizar:** las propuestas de reutilización acompañan a las reductoras aunque conviene no confundirlas. La reutilización debe buscar soluciones eficaces ante el mayor número posible de respuestas de la mente frente a este modo de operar del sistema que, huelga decirlo, se muestra cada vez más agresivo y con índices de penetración en lo subjetivo cada vez mayores. Soluciones que, para entendernos, podemos definir de *mantenimiento*, unas, y de *reprogramación* otras. Las primeras tenderían a devenir discrecionales y a trivializarse; las segundas,

puntuales, aunque entendidas como servicio de alcance universal.

Por lo que hace a las primeras: decir que se trata del *mantenimiento* de la casi siempre sobreexplotada mente productiva interconectada, y de un mantenimiento para prolongar su vida útil en un régimen de igual o mayor aprovechamiento. La necesidad de reutilización tiene que lidiar forzosamente con los efectos que la inversión en competitividad y el obligado sometimiento a los estándares de participación y de performatividad requeridos producen en lo mental sometido: perplejidad, sensación de desconcierto, distanciamiento para con lo vivido, tensión, angustia, miedo. . . Neutralizar aquellos efectos que afecten a la rentabilidad del esfuerzo y la energía empleados, sin suprimir ni la tensión ni la angustia inherentes a la competitividad exigida, se convierte en parte de cualquier puesta a punto mental en un régimen capitalista de red. Como *terapia* pueden funcionar aquí cosas tales como estimulantes, autoayuda, tranquilizantes, terapias naturales, complejos vitamínicos, deportes de aventura, pegar al perro o a la mujer, ir de compras, la segunda residencia, servicios de azafatas, ir a por setas, ser del Barça o de la gastronomía o de las plantas de interior o directamente de Manuel Vázquez Montalbán.

Las segundas o de *reprogramación*, comprenderían la reconstitución neuronal de segmentos de neuromagma que, debido al *aprovechamiento* al que han sido sometidos, han entrado en barrenas autoreferenciales no comunicantes. La depresión sería quizás no el más grave, pero sí su ejemplo más limpio. El tratamiento requiere, otra vez, soluciones integradas en el propio operar mental. En este caso mediante el uso intensivo de reprogramadores sintéticos. Universo *Prozac*.

- **Reciclar:** el reciclaje no aprovecha el objeto mente como hacían la reducción o la reutilización. En lugar de trabajar directamente con éste, lo hace con sus productos. Reciclar consiste en recuperar selectivamente para su puesta en valor pedazos de tejido simbólico ajeno, por exterioridad o por anterioridad, al circuito de valorización capitalista en su forma actual. Se trata propiamente de una recreación muy particular ya que debe funcionar en el ciclo y en sus tiempos. Su modo de operar: determinando y fijando saberes y prácticas significativas y convirtiendo su carga simbólica al código de reversibilidades establecido por la economía del dinero, y esto, sin merma necesariamente de su carga crítica. Aquello a recuperar para el “todo mercado” puede ser un modo de vestir, un modo de decir o un modo de hacer, convertidos, por ejemplo: en moda, en marketing mordaz o en simulacros de par-

CAPÍTULO 11. CAPITALISMO COGNITIVO Y BACALAO SOSTENIBLE⁴⁴

ticipación. La autocrítica feroz que ya incorpora cierta publicidad con el fin de granjearse la complicidad de un espectador-cliente-accionista al que ya se tiene por tan cínico como el *yo* puesto en funciones de *creativo* que hay tras el anuncio, o el del directivo que lo encarga, es un desarrollo de lo que estamos diciendo. Su máxima: *convertir el residuo en recurso*.

Reducir, optimizando el gasto energético. ***Reutilizar***, aprovechando intensivamente la productividad de lo mental en red. ***Reciclar***, recuperando todo aquello que pueda darse como unidad de valor intercambiable. Ahorrar, sacarle el máximo partido al trabajo y aprovecharlo todo. **Puro sentido común para los desarrolladores de la sostenibilidad.**

Capítulo 12

Agonía

Frente al poder, la máscara. No dar la cara, no enfrentarnos, no resistir: la ola nos destrozaría. Pero detrás de la máscara *alguien* se ahoga, lo escuchamos. Somos nosotros, *los otros*, y esa agonía es *nuestra* marca. Así, frustrándola, salvamos la única experiencia de una vida nuestra: *nos morimos*.

Capítulo 13

Una soledad que el civismo reparte

La soledad de ellos

“Caballero de 53 años, 1,79 de estatura, con buena situación económica, que sólo tiene la compañía de su perrita Loyola, desea relación de amistad, cariño y compañía, con sra./srta. de hasta 50 años.”

“Caballero de 53 años, 1,79 de estatura, con buena situación económica, que sólo tiene la compañía de su perrita Loyola, desea relación de amistad, cariño y compañía, con sra./srta. de hasta 60 años.”

Dos semanas entre un anuncio y otro, 336 horas de soledad, le han persuadido de que no hay diferencia cualitativa en diez años más. No sabemos si hubo un tercer anuncio, pero podemos constatar que el aislamiento desperdiga y borra parapetos de las preferencias y vence las resistencias. Dos semanas hacen descender diez años en la jerarquía de los anhelos.

También hay *ellos* solos en la calle. Como las gotas de una lluvia corta que intentan caer en un charco para tener nuevas oportunidades, los indigentes urbanos pasean sus soledades taladradas. Son ángeles ojeadores que caminan con las alas bien plegadas en el carro de las sorpresas dominadas. No ponen anuncio, se presentan al mal rincón donde se juntan hojas, hormigas aplastadas, latas, palillos, cupones de la ONCE, alguna peseta de aluminio, klinex... y bolsas de fritos, ganchitos y doritos que, ya vencidas, se dejan hurgar.

La soledad de ellos persigue la sorpresa, que es hija del tedio y de la abulia, y también hermana de la impotencia. Pero lo peor de todo es que la

sorpresa es lo que sobra del capricho de los otros. Y también nosotros somos los ellos de otros nosotros.

El tiempo situado

La soledad ha realizado su proyecto y ha encontrado su topos en el viaje espacial: despegue, simultáneamente, a la búsqueda de una sorpresa y hacia la plenitud de soledad. Una plenitud de soledad que exige e implica el máximo de la cooperación planetaria y la atención continuada de lo que siempre ha de estar a la vista.

Cuando se dan posibilidades inéditas de relación y comunicación, cuando nunca antes ha habido tanta gente que conoce varios idiomas, que ha experimentado diferentes culturas, que disfruta de mestizajes, que dispone de una agenda con conocidos para cada una de las letras... entonces, lo que nos pica y molesta, el infierno que nos persigue, es la soledad.

La soledad ni nos persigue ni huimos de ella, tampoco es algo que nos suceda: **es lo que estamos repartiendo**. Y lo estamos repartiendo cuando nos ponemos autobiográficos, cuando, simples y previsibles como un impreso, nos preguntamos ¿cómo estoy de trámites?, cuando pensamos cuántos conocidos de muchos conocidos conocemos y cuántos son más nuestros que de otros conocidos. Y, sobre todo, repartimos soledad con nuestra capacidad de ahorro, y de hacer ahorrar a otros.

En el mundo del dinero electrónico las relaciones son oro. El cuerpo de la comunidad se vuelve oro. La comunidad es el mineral estratégico que, fundido, permite acuñar la nueva moneda electrónica. El estar unos con otros es transitar por una gran ceca que transforma y fija el **fluir de la vida** en formas de valor. Lo que va de unos a otros, sea de forma cableada o inalámbrica, pasa a ser recurso vital del nuevo dinero electrónico.

La comunicación, la expresividad, el palpitar del ensayo-error, el trato entre las personas, el discernimiento, la imaginación, las habilidades artísticas e incluso la modulación de las voces, ya son **utilidades sociales** y son **capturadas como trabajo**. Nos desenvolvemos en una **movilización general** de las competencias, habilidades y capacidades relacionales humanas.

No se trata sólo de identificar las inercias, generalizaciones y rutinas que tienden a formalizar y estandarizar las inteligencias e incluso a consensuar las imaginaciones, sino de que las relaciones se hacen líquidas. Las relaciones son traducidas a servicios: líquidos como el dinero contante y sonante.

Cuando la amabilidad con el cliente de tu jefe es productiva, cuando la felicitación te hace solvente, cuando con tu estilo compras futuro y opciones sobre tu puesto de trabajo, cuando estar unos con otros es devenir empresa

y cuando la actividad y el éxito de la empresa consiste en vender primero lo que no tiene y comprarlo más barato para devolverlo, entonces la gran placa tectónica que sustenta la acuñación electrónica es la **confianza**. La desconfianza hacia habilidades y relaciones no capturadas como servicios es, también, lo que reparte soledad y te deja solo.

Sin obviar los pilares de fuerza y coacción física, el circuito del dinero electrónico se basa en la confianza, es decir, se basa en que la colectividad funcione como oferta presente y diferida de la propia vida, se basa en que la comunidad consienta continuamente, llamándolo **civismo**, a que se experticen y gestionen las habilidades humanas. Para garantizarlo está el control.

Ese circuito es muy **frágil**, tiene una **incertidumbre climatológica**, los recursos vitales movilizados dependen de la disponibilidad a optimizar la propia subjetividad. Requiere una vida en crudo, recombinable, que quepa en cualquier guiso de relaciones. Y, principalmente, requiere que **la colectividad sustente unas expectativas en simetría con la virtualidad de lo posible-imposible**. Esta virtualidad es la propia, por ejemplo, del hacerse rico, de los videojuegos, del tener intimidad. En el videojuego se ejecuta una virtualidad que implica capacidades como leer, atención, reflejos, previsión... En el videojuego se puede ganar y perder muchas veces pero lo que pasa es imposible: fuera de la partida no damos esos saltos y no hay botón barre-obstáculos. Y sigues solo, como el traidor de Matrix, empleándote en que una virtualidad posible-imposible te seleccione.

No estamos solos. No estamos solos cuando insistimos en la **virtualidad desafiante de lo imposible-posible**, por ejemplo: la okupación y el dinero gratis. Virtualidad que se efectúa complicando las luces del sentido común, desautorizándolo. Las okupaciones son una virtualidad imposible-posible que se efectúa reinventando el espacio y muestra que el obstáculo es imaginario, que la propiedad privada sólo es un ángel exterminador hecho de papeles y asentimiento. El dinero gratis es una virtualidad imposible-posible que puede ejecutarse porque ya ha sido acuñado a expensas de nuestro desenvolvernos como humanos de servicio.

Remontar la soledad, repartida y vivida por vivir calcado a las relaciones-servicios, sólo se da cuando impugnamos el **reparto cívico de atributos**. Nos estamos solos cuando hacemos versiones del propio cuerpo y, **crucificando la intimidad**, mostramos que ésta no tiene ninguna vida. No estamos solos cuando atravesamos fronteras próximas e inmediatas. No estamos solos cuando la autoexpresión insumisa del cuerpo no es una pieza en el tablero de los derechos. No estamos solos cuando —como en un concierto de música electroacústica que no se deja tararear— exhibimos sensaciones, afectos... que no pertenecen a la voz. No estamos solos cuando actuamos como neuronas que no quieren devenir cerebro. No estamos solos cuando nos resistimos

a volcar las experiencias en el depósito de la memoria mediática. No estamos solos cuando nos movemos como neuronas que quieren registrar más y otras sensaciones que las que hacen sostenible un órgano y mantienen el parecido de un rostro.

Capítulo 14

El futuro es negro como una hormiga

Vivimos en el mundo como en la mansión que enmudece a Hor, el protagonista de uno de esos cuentos sin cuento que componen *El espejo en el Espejo*. Vivimos en un paraje intrincado en el que los lugares apareciendo bajo la forma de acontecimientos nunca nos son abarcables, pero considerados en su conjunto se nos muestran colmados por una Verdad Absoluta. A ese conjunto lo llamamos Vida, a su Verdad la llamamos La Evidencia. El cómo de esta verdad se nos escapa, se nos sustrae en cada matiz, entre cada giro engrasado de un sublime tecnológico que gravita a la altura de nuestro pecho. A esta Evidencia sólo nos es permitido llamarla Evidencia de Seguridad; en todas partes todo nos dice:

La seguridad es la garantía
La seguridad es lo que se garantiza

Vivimos iluminados por esta Evidencia, una realidad sin sombras en la que el mediodía de la seguridad ocupa la entera esfera de nuestras horas presentándose directa e inmediatamente sobre una percepción saqueada. El latir de los días es para nosotros una ceguera hecha de un millón de halógenos que desborda el circuito de la sensibilidad; sabemos que las luces del sentido común están fuera y pese a ello la falta de sombra no es muerte, es interioridad pura ¿Dónde encontrar miradas que no se colapsen, que puedan mantenerse sin arder como maquetas? En la luz inmune a rincones, bosques o desiertos todo nos dice

La seguridad es la garantía
La seguridad es lo que se garantiza
Todo nos cuenta

La seguridad es el contrato que asegura la seguridad
Todos sentimos
La seguridad es la seguridad de la seguridad
Todos afirmamos
La seguridad es para todos, la seguridad es pese a todos

Sólo en el gesto de la rúbrica nos hacemos presentes. En el acto de esa firma estamos todos presentes. En ese trazo todos nos sentimos solos. Entramos a la vida ciegos y mudos sacando luz por la boca, nuestro principio es el sol y nada cambia apoyados siempre sobre el mostrador, salvo las pre-visibles e insignificantes alteraciones en la forma de nuestro pulso, a veces firme en el asentimiento, otras tembloroso en el consentimiento. Nadie habla de ello —qué aburridas, tristes e inexistentes resultan las conversaciones de bar sobre lo obvio— pero deducimos con facilidad los estados de nuestros vecinos de mesa atentos a la sísmica de sus rúbricas: a éste lo atenaza el miedo, aquél se sabe virtuoso del sí. Pero el caso es que todos transitamos la curvatura y la quiebra del ánimo, aquellos que reconocían en nosotros las líneas crueles del que encara la vida como un tren blindado simulan hoy con franqueza asombrarse de nuestra frente de mimbre.

En las oficinas del sentido común siempre hay bolígrafos, todo es mesa. No hay despachos. La Evidencia de Seguridad es la verdad, la verdad del mundo es esta Evidencia, un sol que funde nuestra sensibilidad y anegando el interior del yo moldea las cámaras de una facultad de juzgar lo Obvio superlativo. A esta facultad que viene de afuera, y sin embargo, es acogida en una claridad sin sombra, la llamamos sentido común, su juicio es minuta de cláusula única que se imprime en el papel blanco de lo Obvio como una línea de puntos. Sobre esta línea nuestro sí se multiplica y la celeridad de sus reproducciones se asemeja al simulacro de demora que secuencia el latido del estroboscopio: Sí, Sí, Sí, Sí, Sí, Sí, Sí, Sí, Sí, Sí, Sí, Sí, Sí, Sí, Sí, Sí —en letra capital, letra de contrato, 14 puntos, formándose a cada instante en la pantalla de la mente— Yo Sobreviviré.

Y sobreviviré con ellos y sobreviviré volviendo en la forma de mi rúbrica, en el recto asentimiento, en el irregular consentimiento, viviré en el peso de un derecho obligado para todos, viviré en el goce de un deber garantizado pese a todos, aquí y ahora en el miedo, aquí y ahora en el orgullo. Esto es lo que imagino que pone en mi contrato y sé que en todos los contratos que se firman a mi alrededor y aún en las salas que no llegaré nunca a visitar —las salas se definen por sus habituales— figuran como imágenes las mismas palabras. El contrato es el mismo aunque a todos nos surja de adentro. Digámoslo de una vez: todos somos otros porque somos el mismo, no entendemos la interioridad de nuestros pensamientos más allá de los flancos que abre una

línea de puntos. En esa sucesión cada uno es punto y a la vez línea. El horizonte de firmas que veo trazarse sobre mí es mi tiempo y en él soy a cada instante un juicio que se engarza a otros en una línea de puntos. Mi universo es mi contrato. Mi contrato se llama Garantía de Seguridad.

La seguridad es la garantía y lo que se garantiza

Sí, no puede ser de otra forma, dice mi sí, la seguridad es el contrato que asegura, el contrato es la garantía, eso que asegura mi contrato es la seguridad. Sí, no puede ser de otra forma, me cuenta mi sí, la seguridad es la seguridad de la seguridad, el contrato me asegura: la seguridad está asegurada. Sí, no puedo dejar de musitar, la seguridad es seguridad asegurada para-todos-pese-a-todos. Asiento o consiento, dice mi sí, pero sigo haciéndome presente y en mí tú eres mi línea de puntos. La rúbrica no es la garantía, digo con la voz del sí sintonizada en la banda del sentido común —las bandas son infinitas, la emisora es la emisora de mi sí— la garantía es la garantía de seguridad: la garantía no necesita de nada, mucho menos de firmas, la seguridad es seguridad asegurada pese a todos; la garantía lo exige todo y ese todo es tu sí, la seguridad es para todos. Comprendo que el contrato es la única verdad y esa verdad lo es todo incluso su ausencia, comprendo que no hay noche pero que esa noche está en el mediodía, y la veo relucir en la luz sin sombras como lo más transparente de lo transparente. Saco luz por la boca.

El sí me arrastra por la inundación benéfica de su manantial pero no me deja morir: viviré acunado por las olas del miedo o del orgullo pero no moriré, y la muerte no será ya sino una versión cotidiana de la vida. La muerte no será mía, la muerte no será de nadie, entiendo por fin que esto es seguridad: hacer vivir sin dejar morir; vivo de pie ante los vivos, difunto en pie sobre los muertos. Comprendido esto me relajo, me dejo llevar y digo: sí.

Cuantos más puntos entran al Ser en alineación más seguro me siento, cuantos más puntos se extienden a partir de mí, al frente o a retaguardia más consciente soy, consciente de lo innecesario de distinguir en mí luz, sombra, juicio o facultad, de la fuerza con la que siento, y deseo, y deseo con más fuerza legiones de puntos dándome la espalda, protegiendo mi nuca, siento incrementarse la unidad que formamos y el sí que nos coordina: Sí, yo sobreviviré; y lo grande de esa certeza crece en mí y asumo el miedo y forjo el orgullo en el metal de una pasión en la que reconozco a mi deseo. Y pese a todo, me siento el solo de una soledad terrible sin la que no puedo existir, ella es la línea, ella es mi sí, de ella extraigo mi fuerza, en ella la luz es compañía.

No más dudas, es lo que hay

Capítulo 15

Ironía

Si en la tragedia la altura del héroe transforma en aventura el temor a lo desconocido; el acontecimiento, en maravilla; la angustia ante la finitud, en melancolía por el destino de los mortales; y si es a la vista de los dioses, ante sus ojos, que se hace posible esa transfiguración heroica, entonces, en ese caso, la muerte de Dios degrada nuestro destino más bien al rango de la ironía: somos víctimas de una suerte inevitable y absurda. ¡Si ni siquiera tenemos espectadores!

Llegados aquí solo queda una salida: enterrar a Dios, cancelar la representación y disponernos a una muerte sin escena.

Capítulo 16

Canción para el bautismo de Jonás

Jonás había recibido de **Dios** la orden de luchar contra el mal en Nínive. “La Gran Metrópoli” estaba habitada por ciegos soberbios que no conocían la palabra miedo y, por lo tanto, solamente vivían impulsados por el miedo a la muerte. Se creían semejantes a Dios y, sin embargo, la estructura de sus órganos estaba constituida por un aterrador miedo inconsciente.

Jonás le dio esquinazo **al que es** viajando a Tarsis para asegurarse la vida. Decidió montarse allí una torre de marfil e instalarse lejos **del que es**, por que Jonás quería paz y **el que es** no dejaba de mostrarle la mierda que permanecía estancada en derredor suyo y que no dejaba de ser golpeada por las purulentas vidas salpicantes de los súbditos de la gran vaca multicolor.

Embarcó Jonás hacia la seguridad y la paz de las tierras donde **el que es** no está. Durante la travesía, mientras todos se afanaban trajinando en el barco en medio de una gran tempestad, Jonás dormía plácidamente su desobediencia, pero el mundo está lleno de hombres sensatos, y todos los hombres sensatos y coherentes adoran a algún Dios que no soporta a los indolentes. Así pues decidieron despertarle.

**HUIR DEL
MALESTAR
Y DE LOS
OTROS**

Cuando abrió los ojos los hombres le preguntaron. ¿Quién eres?, ¿Dónde está tu casa?. Aún no había conseguido distinguir los rostros desencajados de sus interrogadores cuando Jonás ya se había percatado de que *el que es* seguía allí, persiguiéndole. Pidió agua, enjuagó su boca y después dijo: “*yo soy el que va hacia donde no está el que es*”. Los hombres se asustaron, retrocedían lentamente caminando de espaldas y fijos sus ojos en el *reciendes-pertado*, hasta que uno de ellos —su Capitán— gritó. “¿Por eso dormías plácidamente en medio de la tormenta?”. Jonás no contestó y su silencio pareció detener las olas embravecidas que por unos instantes se sostuvieron en el aire antes de caer golpeando la cubierta del barco.

EL DESPERTAR A LA PESADILLA

El Capitán ordenó: “arrojad a ese dormilón al mar”. Así quería calmar la ira de Dios, es decir quería saber, al tiempo que hacía saber quién era él y daba a todos razón de ser los que eran.

AFIRMACIÓN DEL ORDEN

Jonás fue arrojado al mar y tragado por el monstruo de la vorágine oceánica. Jonás “arrojado ahí”, a lo más profundo, al seno del Océano. Jonás arrastrado hasta el fondo donde había de tragarlo la gran ballena.

DESCENSO A LOS INFIERNOS DEL MALESTAR Y AFIRMACIÓN TRAMPOSA DEL SER DE JONÁS

“Las aguas me han encerrado hasta el alma,
me rodea el abismo
y los juncos han enredado mi cabeza” “He descendido
hasta las raíces de las montañas”
“Los cerrojos de la tierra
me encerraron para siempre”
“Para sacar mi vida de la fosa
el que es ha de ser mío
y yo he de ser el que es”
“El que es, es mío
y yo soy Jonás que he nacido vivo”.

Así, engañándose, engañó a Dios, y con este ardid consiguió ser el vómito de la ballena y quedar libre para continuar con su mentira para intentar mandar obedeciendo.

**AUTOENGAÑO
DE LA RESU-
RRECCIÓN**

El que es siguió persiguiendo a Jonás y ahora le volvió a ordenar que para luchar contra el mal en Nínive habría de dirigirse a la gran metrópoli y profetizar su destrucción. Jonás aceptó con la única condición de que la ciudad fuera verdaderamente destruida, pues era su deseo vivir en una ciudad nueva que fuera construida y habitada por hombres nuevos. Obedeciendo *al que es* conseguiría una ciudad donde *el que es* no tendría sitio. Ese era el objetivo de su ardid, la gran jugarreta que le tenía preparada al *hacedor de los que quieren ser*. Jonás, obedeciéndole, se empeñó en esta magnífica batalla contra Dios. Se afanó predicando el Apocalipsis a sangre y fuego de los adoradores del orden establecido, la responsabilidad sin amor y la santa coherencia de aquellos que por cientos de miles no saben dónde tienen su mano izquierda ni pueden distinguirla de su mano derecha: aquellos que aún así se paseaban imitando la grandeza del Señor del bien y del mal sin consciencia de su terrible miedo a la vida.

**JONAS PRE-
PARA LA
SUBVER-
SIÓN TOTAL
DEL ORDEN
TODO**

Esta vez fue Dios quien engañó a Jonás. *El que es* no destruyó la metrópoli porque el miedo que la prédica de Jonás infundió en sus habitantes había acrecentado en mucho el poder *del que vive de los miedos*. *El que es* vive de los miedos, pero también el miedo de ser es un miedo y Jonás cometió el error de no verlo en sí (en esta ocasión él tampoco supo distinguir su mano derecha de la izquierda). Fue así como Jonás se había convertido en “el que es el destructor de los miedos de no ser”. Obedeciendo para mandar sólo había conseguido obedecer sin miedo.

**DERROTA
DE JONÁS**

El que es estaba satisfecho de ver cómo Jonás había dejado en su sitio a los arrepentidos que cargaban ahora con la culpa de su identidad, satisfecho de ver cómo habían cambiado su arrogancia autosatisfecha de ser como él, cada uno el que era, por el miedo de no ser, convencidos como estaban de que no eran iguales al que es; siendo así cada uno idéntico a los demás en su miedo.

**TRIUNFO
DE DIOS**

Jonás se tiraba de los cabellos diciendo: “mejor para mí la muerte que la vida”. Cuando *el que es* quiso hablar con Jonás solo escuchó el esputo de la saliva que, saliendo de la boca del burlador burlado con su propia burla, voló para estrellarse en la nariz de Dios. Jonás ya estaba enojado hasta la muerte, y mientras vivía su muerte no dejaba, rabioso, de escupir *al que es* “ahora y hasta el día de mi muerte te escupo, pérfido dador de identidades miedosas, protector de los cobardes, vampiro del querer vivir”. “Ahora y hasta la muerte, pues ni en la muerte esperamos alivio los que te declaramos la guerra eterna de nuestros días sin tiempo”. “Esta guerra que te declaro es mi único alivio y en ella no hay tiempo para el miedo a la muerte”.

**VERDADERO
RENACI-
MIENTO.
LA RABIA
DE JONÁS
PARA ALEN-
TAR LA
VIDA**

Así pues, en nombre del profeta, sé bienvenido Jonás a ésta la logia difusa de los innumerables innombrables, que aún arañan la piel de la vida a pesar de dioses y hombres.

**JONÁS CON
LOS OTROS
SOLITARIOS**

Capítulo 17

Una decisión

La soledad es una muerte lenta (con suspiro profundo y dolido:) ¡estamos tan¹ solos! (Ni una lágrima. Un pedo. Buscamos disimulada inapercibidamente un moco. Fracasamos.) Fracasamos en la cópula, en todas y cada una; o cada dos; y ni una más dejar de mentir ya hostia... pero no en todas partes. ¿Que a quién me estoy dirigiendo, que a ti no, que qué, que tienes el culo pelao y en caliente a tus años? Calvo. Lo que estás es calvo para limar diferencias y despejar los orificios. Calvicie adorna tus sagrados agujeros. Decisión Soberana: ¡ja ja ja ja... ! Parados, resistencia: que como el junco se doblega también hemos nosotros de movernos hoyaquí. Pero se dice movilizarlos. ¿Quién? ¡jua jua jojo... ! ... Risa en la barbarie. Mira, el Capitán Gancho... Hola Capital Gancho-Indus Triamatadero, pesaos, los piratas no han muerto. (Enfrente -pero dentro) “Bbrl brbrmlbl... buaaaag” . El Capitán G-I. T. viene de vomitar tres terneros gigantes y abiertos en canal despellejados sin cabeza ni pies y manos²

como es costumbre ¡pero con gancho!, lo cual creemos, en el Comité de Gestión del Síndicabancpato, que es un ultraje al Derecho y una raya pasada. Y que ni nos han invitao. Que no hay derecho y que son unos guarros y que van a ver de lo que son capaces los Administradores del Síndicoaguacato... aun con un cadáver arrebañado entre las zarpas (y entre las Medias). Glub, glub, que vampiro pedorro somos (y la foule corea —cada vez menos y menos convencida— como a este aspirante aprendiz ubuiano) ¡Viva Comi SSi

¹tan tan tan tan tantan tan ta n t ta tan tan tant tan tan tan tantantantan tan tan tan atn atn tna nat nta tan tan tan atn tan tan tatantantan ta ta ta chan

²Que fan molt bon caldo. Encara que el que tel possarà blanquet com la lleteta de la polla son les manetes del pollastre... No,no,les ales no, les potes collons. ¿la polla qué? Que no les cuixes no, les mans, les potetes aquelles amb tres ditets esmirriats i grocs i escames enganxifoses... síiii, que t'escaldes un colló per treure-li la pelleta aquesta llefiscosa... “paf” hostia: te l'has guanyat, per burru, que no, que el pollastre no la polla desgraciat. “paf” un altre. Sí tens raó, millor les de gallina...

Onesíndico! (bises) Van apagándose porque el volumétrico sujet hado que encarna ésta minvante jauría muriendo va yendo. ¡Uy que maaaal! Hostia... pero... ¡salid de ahy que se está hundiendo esto que os vais a mojar y el agua está muy fría y lan llenado de Mierda Petrólica o petrodolores muchos gracias. De nada hombre. Que sucios chanchullos en el Parque Chinchático. Más que nada sin salir de ella³ : Vampiros que Rechazan La muerte. (continuará)

³que revienta

Parte IV
El encanto limado

Capítulo 18

La Caosmética de L'Oréal

La máquina del maquillaje está trucada. Tiene un motor que no envejece y no contamina. El barro no la ensucia porque vuela sobre las calles a trescientos por hora. Viaja por el carril catódico junto al tráfico metropolitano y sonríe. Es la cosmética de lo real. Transforma los peatones en palomas y los semáforos en mariposas.

La cosmética maquilla el cosmos. El cosmos jorobado y enano. El cosmos rugoso y forunculoso. Adorna y ordena. Unta crema de optimismo donde sirve. Donde no sirve nos recuerda que hace falta poco para perder la gracia y el decoro. Quien quiere presumir tiene que sufrir. Y vigilar. Para no dejarse engañar por la vejez.

La caosmética es el arte de desarreglar el maquillaje. Decorar la joroba y poner grandes sombreros sobre las cabezas de los enanos. Adornar con flores las barrigas sobresalientes y dar color a las arrugas. Hacer madurar los forúnculos y reír a los desdentados. Cultivar una selva de pelos especialmente sobre las manos. Para hacer más suave el saludo y trucar las cartas en el juego de L'Oréal.

Capítulo 19

Arte

Desarraigado de la mercancía el arte no pone en obra la verdad: se consume. Ni siquiera da lugar al espacio de su representación: se compran discos, libros, vídeos... se consumen. Todavía es posible, sí, la experiencia de la belleza: aún salimos del cine deslumbrados porque *hemos visto*, aún nos turba, inaudita, la tensión de una armonía. Pero el encuentro se cierra al fin sin una cita...

Más allá de la mercancía, en el espacio invisible donde vivimos solos los invisibles: ahí el libro, el poema, la imagen, la canción.

Capítulo 20

Estética

Como el sentido de la creación, la vocación del creador es siempre política: hacer mundo. Sólo que el mundo ya no se deja hacer. Agotadas las posibilidades, derrotadas las alternativas, dueño objetivo de sí mismo, el mundo neutraliza aquella vocación política en el ámbito de lo que, por definición, carece de “interés”: la belleza. ¡Estética! Queríamos hacer mundo... y acabamos inovando el tropo.

Capítulo 21

El orden de la creación

Las *redes creativas*, es decir, los grupos e instituciones sociales dedicadas *únicamente* al negocio del culto por el espectáculo, más allá de los centros de creación publicitaria, son espacios de manufactura de lo *real-único*. Según esto, todo lo que cae bajo el término *creativo* mutila y deforma dentro de las *redes humanas* el querer vivir de las individualidades.

Las redes humanas son sistemas socializados de correspondencias y contracorrespondencias fuertemente ligados entre sí vertical y oblicuamente, e incluso horizontalmente, y cuyo fundamento es la continua desestructuración de los lugares del anonimato. Contrariamente a como ha funcionado en el *imaginario social*, la creación a la que alude el término *creativo* no es expresión de ninguna libertad, y mucho menos de la Libertad. Las redes humanas de la metrópoli son *creativas*, pero precisamente porque producen hastío, tedio, miedo, sometimiento, dominación, en una palabra, metrópoli. Las redes humanas son también eso que entendemos por cultura, subcultura o contracultura; son la telaraña difusa de un sistema de convenciones por el que se fijan los hilos en la red y por el que discurren los tejedores o *creativos*, solos o agrupados. Con esto no nos adherimos a ningún tipo de pesimismo estético ni, consecuentemente, a ninguna clase de optimismo. Ambos son instrumentos *creativos*.

La miseria de la redes humanas se mide por el grado de optimismo y/o pesimismo que son capaces de generar, como si de una competición se tratase. Por eso, la *función creativa* es la meta de toda competición. Desde el trabajo, que nos sobra, hasta los instantes de ocio —y quién sabe si de vida también—, pasando por las cervezas compartidas en algún bar, lo *creativo* se torna el fondo insistente de la nada, del vacío desde el que resuena sin descanso la letanía de que hay que seguir haciendo que el mundo funcione, —pero ¿para qué?— y seguir cumpliendo con la exigencia de creer en algo, —pero ¿por qué?— y seguir alimentando el sufrimiento en las entrañas desde las máscaras

de lo obvio, —pero ¿por quién?—

El *creativo* transforma las iluminaciones de la vida en *vías de dirección única*. El *creativo* puede ser —y en cierta manera es ya de hecho—, en cierta manera, cada uno de nosotros. Es aquel que reinvierte porciones de mundo *real*, entre el querer vivir de las individualidades, mediante mecanismos de enmascaramiento que tienen como consecuencia el miedo y el asco, y que son resultado del *feedback* que genera la producción de mundo. El tedio y el miedo, en y desde la metrópoli, son formas de enlace que atraviesan las redes humanas, sometiendo la creatividad de las individualidades a lo puramente *creativo*, en el sentido que venimos diciendo.

El *hombre anónimo*, ese que articula su individualidad con el querer vivir, asume su papel de consumidor (potencial o actual) de cultura, de mundo o de dinero. El *hombre anónimo* sabe, además, lo que (le) sobra desde su indigencia *creativa*: *el orden de la creación* —los espacios del miedo, el tiempo de la espera, el mundo que se crea—.

Ya sabemos que no hay salida. La noche nos envuelve. Pero también sabemos, como lo sabe el *hombre anónimo*, que las iluminaciones pertenecen a los espacios ocultos. Y ¿qué es la noche sino el velo de todo lo oculto?

El deseo está siempre presente en las distintas redes, oculto. Un deseo que quiere querer y, por eso, un deseo múltiple y complejo, difuso. Unas veces es querer comprar, querer tener dinero para comprar, otras veces, que nos dejen en paz, y la mayoría, ambas cosas a la vez. El Sol está fuera de la caverna, y el deseo dentro, por eso podemos decir que fuera de la caverna no hay nada, ni siquiera el desierto. Y el deseo y el querer están dentro, en el entramado reticular de la metrópoli, como elementos de la *función creativa* que devienen, a su vez, mecanismos de dominación/sumisión en relación con lo que es fugaz y múltiple, en relación con el hombre anónimo.

La transformación o reinversión elemental de los valores adscritos al deseo, en y por cada red, que realiza la *función creativa* tiene su razón de ser en la agonía del mundo en derredor. Un mundo totalmente degradado que es sustentado por el Capital, ya sea mediante las viejas formas superestructurales de occidente que aún conforman la cultura que nos venden, ya sea a través de las continuas reactualizaciones del mito, como los nacionalismos o la amenaza del pleno empleo. Y es esta una agonía del mundo capitalizado que no acaba nunca: una máquina de producir miedo; una agonía en apariencia estática, pero que en realidad es un elemento de primer orden en el engranaje de la *función creativa*.

El *creativo* —y cualquiera puede serlo, como ya se ha dicho—, esa pieza fundamental en el engranaje de la metrópoli, y que no consiste más que en la *función creativa*, se multiplica imparable en el seno del ciclo diurno del Capital en el que las redes humanas se aferran al miedo a la creación fuera del

orden de lo Mismo. La *función creativa* engendra, así, buena parte de la falsa realidad del *todos-nosotros* en la que estamos inmersos: ese espacio falsamente multidimensional en el que la participación ciudadana se convierte en puro gregarismo mercantilista con pretensiones de solidaridad *sujetada* desde las distintas redes humanas (como ocurre, por ejemplo, con las ONG's que reciben subvenciones estatales). Pero *el creativo*, que no es sólo el insignificante publicitario de turno (como se viene observando desde el principio), también incluye al publicista, al penalista, al político, al economista, al sindicalista, al empresario, al obrero y, en general, a todo el que *se afana* en la tarea de *crear* máquinas productoras de miedo y tedio, lanzándose de este modo a la conquista de los espacios nocturnos. Porque éstos son, además del medio en el que nos movemos todos y cada uno de nosotros en las redes humanas, lugar de alumbramiento de nuevas iluminaciones, que no están —o, por lo menos, no pretenden estar— sujetas al *orden de la creación* impuesto por las reglas del mercado, las *filosofías* de empresa, las reformas socio-políticas, la fea costumbre de comprar cada día el diario, de ver los informativos a la hora de la cena, de discutir acerca de lo que dicen —o dicen que dicen— los políticos, y, en fin, el hábito de opinar de todo y por encima de todo.

Capítulo 22

Te vi

A mi madre

La Guerra de las Mentes era un concurso que se emitía vía satélite para toda Hispanoamérica: dos universitarios pobres medían su cultura e inteligencia y uno ganaba; pero entonces el ganador podía salvar al perdedor y, si lo lograba, los dos volvían a enfrentarse en el siguiente programa. Se intercalaban números musicales y entrevistas. El premio para quien lograra permanecer en el programa más de tres contiendas: una suculenta beca de estudios. Los que perdían se llevaban una enciclopedia.

Miguel Cuestas, de Medellín (Colombia), iba camino de convertirse en héroe nacional al llevar invicto los nueve primeros programas de *La Guerra de las Mentes*. En el décimo apareció ella y ocupó el lugar de la izquierda, el del color azul, mientras la presentadora decía:

—Aquí tienes, Miguel, a tu nueva contrincante: Cecilia Comesaña, una guapa universitaria española de Marín, provincia de Pontevedra. Suerte, Cecilia, la vas a necesitar.

A lo largo de muchos programas Miguel y Cecilia se convirtieron en la pareja de moda del Canal Hispano: unas veces ganaba Miguel y otras ganaba Cecilia, pero siempre el ganador salvaba al perdedor en el último momento, justo antes de la actuación estelar con la que se cerraba el programa. Como era de suponer se enamoraron.

En el programa número cuarenta y tres, la voz del presentador apuñaló a los amantes y a millones de espectadores cuando dijo:

—¡Ooooooh! Has fallado, Cecilia. Y esto significa que Miguel, nuestro gran concursante, tendrá que dejarnos. Un fuerte aplauso para Miguel Cuestas, de Medellín (Colombia).

En el siguiente programa Cecilia fue también eliminada.

—¡Ooooooh! Un fuerte aplauso para esta magnífica concursante.

Se escribieron cartas, intentaron reunirse. El amor hizo que suspendieran el curso y les quitaron la beca. Miguel intentó entrar a formar parte de un grupo folklórico que iba a hacer una gira por España. Muy ilusionado se lo contó a Cecilia en una carta. En otra carta tuvo que explicarle que había sido rechazado y nunca el reencuentro les pareció tan difícil.

Ahora Cecilia llora desesperada, con la carta de Miguel en las manos, sentada en un banco de la Plaza Universidad de Barcelona, ciudad a la que se ha trasladado a fin de encontrar un trabajo que le permita juntar dinero para el pasaje de su amado. Un anciano que pasa la ve llorar, la reconoce: él era uno de tantos seguidores de *La Guerra de las Mentes* que dejó de ver el concurso poco después de que Cecilia y Miguel fueran eliminados. Ella le cuenta su historia de amor, al anciano le brillan los ojos. Abrazándola le dice que él les dará el dinero para que pedan reunirse.

Y se lo dio. Y Cecilia se lo mandó a Miguel. Y Miguel llegó a Barcelona una mañana de Octubre en vuelo procedente de Bogotá (Colombia).

Fue idea de un primo suyo el que llevara oculta en los zapatos algo de coca para sobrevivir los primeros meses. Se lo dijo a la policía cuando lo pillaron y también se lo dijo a Cecilia pidiéndole comprensión y paciencia.

Cecilia iba a visitar a Miguel a la cárcel siempre que podía. Le llevaba libros, ropa, dinero.

Y así pasaba el tiempo.

Un día, al salir de una de sus visitas a Miguel, se le acercó un joven y le dijo:

—¡Eeeeh! Yo a ti te vi en la tele. Fue... ¡Sí! En aquel concurso del Canal Hispano... Sí... ¿Cómo se llamaba?

Ella se lo dijo. Y él la invitó a comer. Luego a dar un paseo en coche hasta una cercana población costera. Luego a cenar. Era profesor de literatura en un instituto, había aprobado las oposiciones a la primera ese mismo año. Hablaron de libros; hablaron mucho de una novela que a los dos les encantaba.

—La he leído seis veces-, dijo él.

—Yo siete—, dijo ella.

Se enamoraron. Fue difícil decírselo a Miguel. Pero la vida es así.

Capítulo 23

Zumbido

SÓLO LO ECONÓMICO NO HA CESADO: RUIDO
EN LA RED DE REDES *FEEDBACK* Y DINERO

El Rock'n'Roll y el Jazz pueden dar cuenta de lo que no se escucha pero se oye. La noche en el siglo del imperio de *lo económico* no ha cesado de hacer ruido desde la música cacharrera de la soledad en la que todos estamos. Y la noche, hecha ruido, se ha convertido en la baliza luminosa de nuestras vidas: desde el póster que entrega a *Pop* frente al espejo hasta el mascarón momentáneo que rasga y aparenta rasgar la superficie de las décadas. El *feedback*, la sobrealimentación espacial del sonido, se ha transformado en siglo. Si el maximalismo, y el minimalismo, por proponer tal vez el *collage* más definitivo del tiempo de *lo económico*, han sido el departamento de I&D o, cuanto menos, la división encargada del proceso técnico del ruido, no es menos cierto que ha sido el silencio el gran convenio entre esas dos unidades de choque de la moneda, silencio y ruido masterizados y sampleados como cara y cruz.

El ruido es feedback, la confusión total, raw power. El silencio es, en el secreto de la vanguardia, lo “total” del ruido. Por eso, si la hay, toda iluminación en la noche será pura luz, ni siquiera se afirmará un perfil como luminosidad en el espacio indiferenciado de la décima revolución. Y hay que decir que sólo surgen iluminaciones en la oscuridad, que es su ocasión, un ruido en el que el tiempo de la luz se optimiza. Los ruidos de la metrópoli son en sí mismos luz que se expande mediante el silencio que se reproduce en el seno de su propia oda.

A finales de la realimentación de los 60, en un mítico e inútil doble álbum sin título The Beatles sacaron a mercado el 68. En el interior revolucionario de dicho año se encontraba el tema *Revolution 9*, que es —pese a lo que pudiera parecer— una oscuridad matriz construida en forma de dos ejem-

plos en el que se mezclan los diferentes ruidos-silencios de la metrópoli: los artefactuales y los relativos a ese dinero mayúsculo que llamamos capital. Paulatinamente, la repetición discontinua de ruidos y palabras o frases se convierte en el conjuro que evoca temerariamente los múltiples rostros de la metrópoli. La música, rota por las innumerables provocaciones publicitarias implícitas y por las distintas melodías cotidianas integradas en el tema, se entrelaza, o mejor, se enreda con el fetichismo de una espiritualidad mercenaria y los sonidos de las distintas conversiones que se van sucediendo en la confusión más absoluta.

El hecho de que un tema tan caótico como *Revolution 9* sea, a la vez, la turbina de un estado de cosas que superaría los movimientos revolucionarios del mundo occidental y el pastiche metafórico-obsoleto que en realidad es, parece indicar que no es sólo la cómoda espectacularidad del FNAC y el Doc Music Festival la que nos facilita la mirada sobre un pasado que ni siquiera vivimos muchos de nosotros, pero al que nos adheriríamos a cada momento, sino que, más bien, nuestra exenta sensibilidad no aspira más que a asistir a la velada de su incineración en una continua ekpirosis por fricción del nuevo recuerdo: fósforo blanco retro. Sólo ruido-silencio. The Beatles fueron capaces de ver antes del laureado lo Mismo que a la nueva iluminación se la podía llamar Mayo del 68 cuantas veces se quisiera sin que eso fuese una noche obstáculo a los flagelos de la luz del capital. Mayo del 68 fue si acaso The Beatles en gira por el imaginario, la crónica de una novena revolución, que se resolvía *in situ* en los —por entonces inéditos— efectos de saturación que producía la gran revolución productora de reproducción.

Capítulo 24

Prensa

Quien no cree las noticias, a la altura de quien las cuenta; quien no compra diarios, a medida de quien los produce. Ambos se encuentran por detrás, fuera del escenario, antes de la representación: como el poder soberano y los okupadores. Dentro, la ilusión de la ciudadanía: las noticias, los diarios, el derecho...

Capítulo 25

Entrevistas

El capitán Astiz, milico, torturador, al diario El País, el 15-1-98:

Acepto el orden constitucional pero me muevo mejor en otro ambiente. Lo mío es el caos

Ese mismo día, Dinos y Jake Chapman —Young British Artists— a la revista Ajoblanco:

Nuestro acercamiento parte de un narcisismo primario y extremo. Es un ejemplo a escala pequeña de cómo se mueve la sociedad. Nunca surge nada digno tras nuestras conversaciones, nunca nos llevamos una agenda de trabajo al estudio. Lo que producimos es energía. Y la única energía que nos motiva para crear es la risa histérica

¿Bajo qué condiciones puede una sociedad decir cosas así?

Capítulo 26

Gran Hermano

o un ensayo de crítica cultural

La sociedad se retrata en sus programas. Para que vean que aquí no exageramos y como prueba de un materialismo sin prejuicios, nada “apocalíptico”, les ofrecemos a continuación un comentario a la emisión del jueves 11 de mayo del programa de éxito Gran Hermano:

El juego (el suyo, el nuestro, el único) está claro: convivir en condiciones de absoluto control. Que, en efecto, el control sea absoluto, total, no significa sólo ser filmados o representados de pies a cabeza, objetivamente, por alguien que nos vigile las veinticuatro horas del día. Por principio, semejante fantasía paranoica y emocionante sobre el poder (y que ha contado en *Mátrix*, por cierto, con una nueva y brillante edición) ubica en la conciencia, en la lucidez de las personas, un límite, un castillo, un ámbito sustraído al ojo del vigilante. En rigor, el control no es total: el prisionero puede *saber*, abandonar la caverna, resistir.

Es este límite y la crítica fatalmente caduca que aún sostiene (estamos dominados por los *media*, alienados en el espectáculo) lo que Gran Hermano supera, y con éxito. Y es que, por decirlo de una vez, ahora *el otro* lo somos todos, todos nosotros, presentes a uno y otro lado del televisor, objetos y a la vez sujetos de una representación que, por eso mismo, deviene absoluta. Ser vistos, de entrada y sin interrupción, en la pantalla que estamos mirando: tal es el círculo del control total y en eso mismo consiste, como saben, el juego de Gran Hermano. Sólo que entonces la televisión ni somete ni aliena: es el elemento propio de una realidad que, al fin, se asume de forma esencial (en el arte, en el amor, en la política) bajo el régimen de la imagen, soberana ante la conciencia y su esfuerzo de lucidez y palabras.

En tales condiciones, nuestro castillo, la interioridad, se reducen a un simulacro, y la admirable impudicia del juego, su literal falta de límites, prueba

esa reducción de forma cabal, irrefutable. En efecto, y pasado el primer momento, no hay morbosidad en la forma de mostrarnos y de mirar lo que somos, tal vez porque, en el fondo, no hay nada que exhibir ni que ocultar. Bien mirado, no hay fondo ninguno, y justo esa evidencia, nuestra perfecta superficialidad, la cancelación de todo “misterio” sobre el alma humana, es, sin duda, otro de los méritos, de las verdades de Gran Hermano. Faltos de interior, el resto de facultades más o menos vinculadas al dominio de la subjetividad (memoria, voluntad, potencia) se vuelven asimismo un simulacro, reduciéndose las relaciones —y, por tanto, el espectáculo— a una sola posibilidad, a un argumento único: soportarnos. También en eso el juego resulta claro (el suyo, el nuestro): no se decide qué es lo que quiere; se escoge sólo la forma de adaptarse.

Vencida la resistencia, agotada la raíz de todo proyecto, común o personal, los sujetos se reducen a nodos de una red transparente y autorregulada, fieles al único principio que de verdad nos permite convivir: colaborar en la representación. En este sentido, que la actividad eminente de un grupo de diez personas adultas sea la escenificación de estandars televisivos más o menos conocidos (*West Side Story*, peregrinos a Santiago, etc.) confirma, sin duda, el vigor de nuestra creatividad social (aquella institución imaginaria de la que habla Castoriadis) así como la madurez requerida por nuestro modelo de convivencia. (Que además, y como es el caso, un equipo de psicólogos certifique la excelencia de tales individuos para tomar parte en el juego, no hace sino añadir una nueva confirmación, a saber, la del valor de una psicología dispuesta, en efecto, a garantizar el modelo).

Pero en Gran Hermano también ligan, sí señor, y se enamoran. Y eso prueba, por cierto, que deseo y control no son incompatibles y que, como nos enseña el Evangelio y la publicidad recuerda, el amor no tiene, en verdad, ninguna fuerza política. No libera a nadie.

Cuando Mercedes Milá anuncia, voz en *off*, que una de las personas ha de dejar la casa, el programa entra en un clímax inesperado. Como en una escena bíblica, los concursantes, dispuestos en círculo, se agarran de las manos mientras esperan, tensos y en silencio, el nombre del elegido. Preguntados por su actitud, ciertamente insólita, los diez responden casi al unísono que se cogen así porque se quieren. Y es verdad: se quieren, se abrazan, se emocionan. Pero, tal vez por eso, hay algo que no harán nunca: ser amigos. Y es que la amistad, lectores nuestros, eso sí que no entra en los planes del Gran Hermano.

Si de verdad fueran amigos descubrirían, terrible, la experiencia de lo que pueden por ser amigos, la fuerza que tienen por estar juntos, la potencia de ser: la política, acaso. Si de verdad fueran amigos verían que aún es posible otra relación, que todavía hay espacio para otro juego: romper la reglas,

sustraerse a la representación, interrumpir el control. Si de verdad fuesen amigos se marcharían todos con la amiga que han expulsado y tal vez así provocarían de nuevo la aventura de la vida y los misterios del alma. Si de verdad fuesen amigos afirmarían sin miedo que quieren vivir, y al declararlo así descubrirían qué es, de verdad, la resistencia. Si de verdad fueran amigos, en fin, no colaborarían más.

¿Por qué no lo hacen? Romperían el pacto, claro, el contrato por el capital (interminable: un mundo entero se asienta en él) firmado con el Gran Hermano. Por donde advertimos, una vez más, a qué instancia se acaba ordenando todo, qué se juega a fin de cuentas en este juego. Pero tranquilos. Esa nota es la cuarta y no va aquí.

Parte V

Clavos en el ano, cuchillos en la mano

Capítulo 27

Apocalipsis

El demonio de la resistencia es la Creación. Por eso acecha en una pulsión erótica: robar el fuego e incendiar la ciudad.

El demonio del poder es la Aniquilación y lo soporta en silencio una pulsión tanática: acabar con el juego. . . *¡Arrojad la bomba!*

Capítulo 28

Creación

Para una teología de la okupación. Pregunta el místico judío: ¿cómo puede Dios crear algo de la nada si Él es todo en todo y en todas partes está Él? Y responde: al principio Dios crea una nada para poder crear. ¿De qué modo? Replegándose sobre sí, exiliándose en sí mismo, confinándose en un límite tras el cual queda solo la marca de su ausencia: nada. Cuando en su despliegue choca de nuevo contra el resto puro de sí mismo, el vacío donde se contiene la identidad divina se rompe en pedazos, y así tiene lugar la creación.

Cabalmente esa misma vuelve a ser, pero a la contra, la situación del diablo, la nuestra propia: ¿cómo crear una alternativa si Poder y Capital son todo en todo y en todo están Poder y Capital? Lo primero también aquí es la desocupación del orden, permitida por el repliegue sobre nosotros mismos que provoca la declaración de nuestra derrota, y tras el cual se descubre asimismo el vacío fantasmal del mundo: el nihilismo. Pero si volviendo sobre sí Dios abre el lugar que acoge nuevas las cosas, nuestra despliegue sobre el resto de la revolución nos condena, anónimos y sin identidad, a errar, como Luzbel, por el espacio imposible de otro mundo: la casa okupada.

Capítulo 29

El pensamiento es una piedra

El pensamiento es una piedra, de ti depende dar o recibir.

Cuidado con la cabeza.

La violencia de las piedras puede irrumpir en la lógica dominante de al menos dos maneras, esto es, con al menos dos tipos de piedra: las piedras fosilizadas, las piedras tocho, los adoquines de la calle: piedras a veces y puntualmente eficaces pero que incrementan los deseos de venganza y de represión; y las piedras del desierto, aquellas que al estallar en pequeñísimos granos de arena aspiran a ofuscar cráneos y confundir cuerpos sembrando el desorden en lo establecido.

Así las cosas, las piedras lanzadas para romper cristales y parar policías, sólo irrumpen en el orden establecido para afirmarse en la batalla del cara a cara, posicionándose y definiéndose contra otras entidades igualmente claras, representantes del orden. Normalmente, la violencia de estas piedras no cortocircuita la lógica imperante, sino que ayuda a afirmar(se) identidades contrapuestas dentro de la misma. Sólo a veces aspiran también a cortocircuitar el sistema, esto es, a romper lo que nunca ha sido roto. Pero quizá lo primero que deba romperse es la piedra misma: quizá la piedra deba estallar en mil pedazos. Será entonces cuando, adquiriendo el carácter de piedra arenisca, resulte más difícil capturarla y codificarla. Pues no se encierra en una identidad, sino que, esa multitud de granitos de arena es arrastrada por el viento: coge fuerza y se disgrega. Su rabia se dirige hacia el funcionamiento del sistema, no hacia sus representantes. Son piedras lanzadas hacia todos los sitios, desde ningún sitio.

El asco no se articula desde ninguna alternativa.

Más aún, las piedras fosilizadas siempre tienen un objetivo claro, siempre son lanzadas para romper objetos, escaparates o agentes escaparates del

orden. Su consistencia, su origen y su dirección es sólida y por tanto codificable, siempre se dirigen a destruir algo. Pero cuando la piedra estalla en aquel extenso cúmulo de finísimas piedrecitas que provienen del desierto, no tiene objetivo claro alguno pues se dirige hacia todos. En su dispersión, las minúsculas piedrecitas impulsadas por el viento se cuelan en los ojos y ciegan, se convierten en nubes de arena que abren guerra a todo sin necesidad aparente de destrozarse nada, sino más bien nublando la vista a todo aquel que se ve de repente inmerso en ellas.

El viento sopla hacia todos los lados.

Las piedras fosilizadas tienen su origen en un tirachinas, en un brazo exaltado fruto de la represión y del miedo. El torbellino de granitos de arena viene impulsado por el viento del desierto, en él se hace y se desvanece, él es su verdadera fuerza motriz y de él toma su fuerza arrasadora. Proviene de ese huracán llamado asco que es fruto de estar tan secos y solos.

Algunas voces dirán que frente a la violencia del Estado, del aparato represor, de la imposición de la autoridad, esto es, frente a la violencia que reprime y hace sufrir al pueblo, la única fuerza de choque eficaz es la ley de las piedras fosilizadas. Sí, pero ¿y contra la violencia cotidiana? ¿qué eficacia tienen las piedras fosilizadas contra esa violencia más sutil y más cruda que vivimos todos cada día desde el desayuno hasta la cena sin contar con las pesadillas nocturnas? ¿cómo atacamos esta violencia con piedras tocho? ¿cómo delimitamos donde está el enemigo? ¿quién es el enemigo que nos reprime las 24h?

Que cada soledad individual lance su grano de arena, que cada pequeño granito —poco ofensivo por sí sólo pero impulsado por el asco hacia lo existente— encuentre a los otros para gestar una soledad mucho más grande que adquiera el carácter de roca. Que de la desolación general se pueda esbozar una piedra-difusa, una máquina de guerra capaz de cortocircuitar la violencia que todos padecemos cotidianamente.

La calle está llena de adoquines y arena. Llega la fría noche.
Empieza a soplar el viento.

Capítulo 30

Hoy, asamblea

La asamblea es la forma democrática de organización y por tanto la muerte *Todavía quedan dos horas para la asamblea y yo vengo aquí a sabiendas de* del estado (por favor continúe la lectura). Surge de la unión de las dinámicas *que perderé el tiempo, una vez más, a saber, empezaremos tarde, nos* autónomas de las personas participantes. Votar es reaccionario, convencer es *perderemos allá por Bizancio, y además seguro que esta semana no viene. . .* sinónimo de la represión de las minorías, posponer el debate significa evitar *que te vas una semana más sin verla, y yo la paliza que me he dado para* el conflicto, evitar el conflicto genera desconfianza, la desconfianza supone *llegar hasta aquí que luego encima caminata porque fijo que acabamos a las* que ya nadie se va a dejar convencer, convencer es sinónimo de la represión *tantas y me tocará ir a pata. . . porque ya lo estoy viendo venir. . .* de las mayorías. Delegar puede ser confiar, o desvincularse de la decisión *Me asambleo a menudo cada semana a modo colectivo como si de una terapia* colectiva, o renunciar a tu responsabilidad. La autorresponsabilidad es un *se tratara, lo terapizo, me cago en diez, me cuesta politizarlo porque ahora* proceso más personal que pensar la asamblea como el dios que nos proveerá *ya sabemos, toda la mierda esa de lo personal es político que ya no sé cuando* de su maná iluminador. Opino, luego existo en la asamblea. Opino pero *hago política, es pseudo hippismo auxiliar del que andamos empapándonos y* ¿existo en la acción? La información, se dice, es poder. Para bien y para *que parece que ya no tiene vuelta de hoja, que para una temporada está bien* mal. El exceso de información genera una espiral activista, para bien y para *sobre todo en verano, que todo es más relajado o yo qué sé cuando andamos* mal. La centralización informativa puede crear una vanguardia de poderosos *vagos y no nos apetece militar y disfrazamos nuestra falta de compromiso* conserjes. Cuando tengo información me siento partícipe, cuando carezco de *político con aquello de lo personal es político, la cañita en el bar es impres-*

cindible, el conocerse mutuamente... me asambleo a diario cuando tengo ella tan solo soy oyente. Mi silencio es político. Contribuyo a un consenso que consensuar todos aquellos yoes que resucitan de a poquito en cada acto real desde el acuerdo, a un consenso falso desde la impotencia. Hacer callar cotidiano y que despiertan mis fantasmas, todos esos yoes que se ponen a a los excesos parlantes no es la solución pero ayuda, rescatar el silencio de discutir sus diferencias en medio de la cola de la frutería por ejemplo y claro las masas enmudecidas no es la solución pero ayuda. Callo porque no estoy formad@. Opino en asambleas técnicas, es mi campo. L@s curritos hablan llegar a un consenso en semejante situación se torna en ardua tarea, sobre en asambleas técnicas, toman decisiones no relevantes. L@s intelectuales lo todo cuando mi yo libertario tropieza con mi yo maoista y se niegan claro hacen en asambleas políticas ¿podemos acaso diferenciar una asamblea está a votar dejando la situación estar en un predecible dolor de barriga y técnica de una política? La asamblea como un acto político en sí mismo descubres encima que realmente eres autonom@ tamaño palabra porque no de toma de poder, un ejercicio constante de la defensa de diversas posturas sólo tenemos que ir continuamente cuidando nuestro vocabulario, procurando versus asamblea como un esfuerzo colectivo de consenso a pesar de los siempre tener una palabra amable con quien te cruzas por el pasillo aunque pesares. El consenso es el miedo a enfrentarse al conflicto. El consenso es tengas un jodido día, preguntando a fulano o a mengana por sus exámenes un acto de humildad, de descafeinar tu supina apuesta en pos de lo colectivo. aunque te importen una mierda, sino que encima un@ tiene que ir La asamblea como simulacro serio, disfrazando la opinión de seriedad. desdoblando su ser político entre un continuo ser/estar... soy anarquista La asamblea como una condena perpetua de tu personalidad. Eres lo que estoy autónom@, estoy comunista soy autónom@... residuos del pasado que eres dependiendo de como sea tu participación. La sorpresa de la fiesta, del se empeñan en salir en asambleas, tener que dejar atrás tu pasado comunista concierto, esa persona que parlotea en el bar, en el concierto se torna o anarquista para construir una nueva identidad que en este caso se llama hierática en la asamblea, quien no para de hacer chistes en la misma aburre identidad autónoma como bien podría haber tenido otro nombre... a la hora del café. Asumir tu rol te crea una personalidad, tú decides tu rol autonomía, autogestión, asamblea... como vacilar ante cualquiera de esas palabras porque claro como andamos predicando la santísima trinidad y no o te es impuesto porque llegaste tarde a la hora del reparto de papeles. tenemos a nada más que aferrarnos vacilar supone renunciar o pasarte del Somos polític@s en las asambleas, personales en la cotidianidad. Con tantas otro bando que aquí como dudes te acusan de estupa que para qué nos vamos

asambleas al día podemos considerar que las asambleas son parte de nuestra *a engañar si yo mism@ lo hago... si cuando estoy en la asamblea y espero cotidianidad, luego somos político-personales. Al final es cierta la frase de mi turno —mira que me jode lo de los turnos— no escucho a nadie porque que lo personal es político. Es probable que alguien se anime a refutarlo. ando perfilando mi discurso y escuchar al de delante si siempre anda con la misma pedrada que ya sabemos cada cual de qué va... y se acabó la capaci-* La duda como claro reflejo de la inseguridad o como un viable proceso de *dad de sorpresa y al fin y al cabo el consenso siempre trae graves consecuen-* avance político. La duda como solución y apuesta política ante viejos e *inacias mira la socialdemocracia alemana, los verdes, los cuáqueros, emporios* movibles esquemas, recomposición del tejido social, de la creación de nuevas *comerciales a merced del consenso, el consenso para los mediadores, si yo* expectativas o la duda como escape existencial a las pocas ganas de dejarse *no lo veo mal, oye que hay un problemita los asamblearios consensuadores* empapar por otras ideas, de dejarse convencer, de formarse una idea de lo *que se metan de por medio y así se evitan conflictos pero no en mi centro* que se quiere, por lo que se apuesta, la duda como una apuesta, o como el *social que de cuando en vez es necesario que las cosas estallen y no sean* miedo de que tu tajante y clara idea deje en el camino aquella vieja amistad, *consensuadas, porque ya me dirán vaya movimiento revolucionario que está* la recién estrenada conquista. La autonomía es el hueco dejado por alguien *asentado sobre el consenso y la tolerancia, las palabras favoritas de la social-* donde chapoteo a gusto, la autonomía generada a diario en cada decisión *democracia y de los anabaptistas... creo que como una vez más se va a re-* tomada por la colectividad y por mi convencimiento, si callo otorgo, si hablo *trasar la asamblea me acerco a Sol a pillar el Euzkadi Información y así le* razono y defendiendo lo que creo, si escucho no sólo oigo. Yo estuve en Italia *echo un vistazo mientras hablan del precio del próximo concierto... en el 77.*

Capítulo 31

Vampiros que rechazan la muerte

1.- Como si el tema —vampiros— no fuera bastante resbaladizo confuso y pantanoso para entrar con la lengua en cabeza, haremos un mortal en el cierre —que rechazan la muerte—.

2.- Después de darle muchas vueltas, creo que lo mejor es que empecemos por dejar clara una distinción básica. Todo aquel que siga leyendo debería recordar la distancia que separa a vampiros de parásitos, *personajes* a los que se ha confundido a menudo, si no siempre, y mucho me parece que sólo para mejor disimular, borrar, negar, la existencia y la insistencia misma del parásito, del parasitismo, de la estrecha relación y pertinaz entre “parásito” y “huésped”. Así que decimos que parásito es más bien una *relación*, mientras que un vampiro funciona como *afecto*, como *fantasma* o espectro, un fantasma “terriblemente” contagioso. Vampiro no será entonces este o aquel cuerpo sino un afecto que recorre los cuerpos. Pero ante todo no hay vampiro sin un enemigo especialmente intenso... y *maligno*. Mientras que el parasitismo que mejor y más prospera es aquel que o bien “causa un *perjuicio mínimo*” —lo causa, pero lo de mínimo es un comodín que cae bien—, o bien lleva mucho tiempo la relación establecida, y termina por generarse una “mutua *tolerancia*” (hábito). Por último adelantaremos que mientras el parásito —o parasitismo— *conquista* y *da impoder*, impotencia, dependencia, el vampiro *contagia* y *da poder*. No espero que nadie me crea, de momento, pero estiraré

de las cosas hasta que se rompan.

3.- Ahora dejamos de lado para más tarde los parasitismos, parásitos y huéspedes, y vamos a diferenciar dos tipos, lo que pienso que son *dos tipos claros de vampiros*.

Pero antes de dar los dos tipos determinaremos primero un poco por encima la especificidad que comparten. Ésta está en la (pre)posición de un enemigo, así vampiro, en tanto enemigo, es un ser relativo al mundo en que aparece, *como una sombra*; enemigo fluctuante en el juego de las apariencias, del aparecer y desaparecer, del dar y del tomar. Entonces vampiro será aquel enemigo también espectral, encarnado como afecto *de* un cuerpo colectivo que no renuncia a su fuerza, contagioso y catastrófico, *que Consigue Poder (Re)Plantear La Cuestión de la Parte de Riqueza y de Poder*. Cuestión que, como leemos literalmente en *La conjura de Catilina* (Salustio), es “causa de todas las guerras y disensiones entre los mortales”. Cuestión que nadie puede nunca plantear, porque plantearla es situarse directamente en la posición del Enemigo, del enemigo terminal tal como lo plantea Schmitt, del enemigo “que no te deja vivir”. Plantear esta cuestión es siempre un tema difícil si no peligroso, recordemos por ejemplo lo que Clastres nos explica que le ocurre a quien se atreve a plantearla en tribus indígenas de Centroamérica y Sudamérica: allí donde se mantiene al jefe separado del poder, y si alguno se atreve a poner la cuestión de la parte de poder y riqueza, porque quiere monopolizarlo, guardándolo para él solo, o para él y sus amigos, o porque quiere incrementar su parte, desbaratarlas, etc., pues primero se le exilia del grupo, pero, si insiste, se le da muerte.

Pero es que además, aunque conlleva de manera inevitable cierta violencia, cierto violentar, existen maneras muy diferentes de *plantear la cuestión*, entre las cuales el dialogo inteligente y sensato se halla muy lejos de ser la más usada, y hasta de ser muchas veces la única adecuada. Y también, muy importante, además de “maneras” diferentes, existen “condiciones” muy diferentes *desde las cuales* se llega a plantear, a Poder (Re)Plantear, la cuestión de La Parte. Por eso es tan importante ahora distinguir una vez más dos tipos de vampiros, es este el momento de separar el grano de la paja, bisturí: por un lado el vampiro que nace de un *Bulo* (bulo es una noticia falsa propalada con algún fin, según definición escueta de diccionario, de momento). Por otro, la manada vampiro que nace de una grieta que resquebraja la *Impotencia*; una grieta que resquebraja la “rendición incondicional” que alimenta el régimen de dependencia ligado al miedo, precisamente de donde

nace la “necesidad de seguridad”. Sólo el impotente siente esa “necesidad”, que siente como miedo, también como desconfianza, miedo y desconfianza que nutren dos arterias del nudo de relaciones establecidas con sus desconocidos Con-Ciudadanos.

4.-Vampiro nacido de bulo. El bulo hemos dicho es una noticia falsa propagada con algún fin. Y puede haber, o vamos a distinguir aquí, dos fuentes de bulos. El bulo puede tener un *origen popular*. Archiconocido es el bulo del envenenamiento del agua, y que además se ha repetido múltiples veces sólo en la historia mediterraneoeuropea, y con consecuencias graves, como esa noche de 1835 en la que se quemaron cuatro conventos en Barcelona porque circuló el bulo de que los frailes carlistas contaminaron fuentes para vengarse de los liberales. Más próximo al tema, el mismo tema, en un principio parece que los vampiros que habitan nuestra imaginación salen de supersticiones centroeuropeas, de bulos de origen popular; pero la cosa es algo enrevesada porque, primero, es difícil trazar una frontera entre la peste desencadenada por la peste y la que desencadenaban vampiros. Es muy famosa la historieta del peregrino que va a entrar en Bagdad y se encuentra con la peste, que le dice: “peregrino, no vayas ahora a la ciudad, que voy yo y me llevaré a dos mil de allí”. Al cabo de unos días el peregrino ve pasar de nuevo a la peste y le dice “oye peste, me mentiste; dijiste que te llevarías dos mil y ya han muerto veinte mil”, y la peste que le suelta: “yo no te mentí, me llevé los míos, y el miedo hizo el resto”. Siguiendo con el bulo de vampiros tradicional, en segundo lugar, el nombre de “drakull” parece ser que era el que los monjes ortodoxos daban a los herejes que cuando morían vampiros se hacían. En tercer lugar el bulo es tan contagioso como se pretenda que lo pueda ser vampiro rápido, el bulo se contagia tanto como el pánico que lo acompaña.

El otro bulo es el que genera y difunde “alguna autoridad en determinado momento”. Parece que los bulos terroríficos son siempre bastante parecidos. El esquema viene a ser: primero, el supuesto vampiro o directamente tal o cual enemigo especialmente intenso supone un peligro que atenta contra las creencias más íntimas y los hábitos más bien anclados de un grupo social dado, y amenaza con destruirlos. Segundo, desarrollan procesos “orgiásticos” o desenfrenados, o, como se dice hoy, “se conducen desordenadamente”. Y tercero, cometen crímenes horribles, a cual más horripilante y perverso. En este apartado tenemos desde el Comunismo según Edgar Hoover hasta parece que el proceso a los templarios, etc. Pero quizá uno que resulta especialmente interesante para nosotros es el de los Hunos de Atila, un fantasma que también

recorrió Europa, verdaderos demonios ensillados —no por nada inventaron ellos el estribo y mejoraron mucho los arneses de sus caballos—, pero este fantasma, por lo menos en relación al momento de Atila, tenía sueños de piojo, de garrapata conquistadora imperial y regaladora insistente de nuevos impuestos. . .

4ymedio.- Parásitos. La palabra parásito, del latín “parasitus”, tiene un inicio griego, una palabra compuesta de “al lado” y “comida”. Parásito es el que se arrima a otro para comer a su costa. Y parasitismo, la “costumbre o hábito de los que viven *a costa de* otros *a modo de* parásitos”. Parásito es una forma de relación, donde uno obtiene alimento, albergue, transporte y demás *Beneficios* del otro, y al mismo tiempo causa perjuicios a su bienhechor, que es, atención, ¡tachaan!: el huésped. El parasitismo se da en todas las formas vivientes, animales y vegetales, además de los muchos animales que desarrollan *Costumbres Parásitas*.

Ya habíamos dicho que el parásito más favorecido es el que mejor pasa desapercibido, el que causa menos daño, menos perjuicio. También señalamos que con el tiempo parásito y huésped desarrollan una mutua tolerancia. Si llegara la hora de una nueva regulación de la relación (por ejemplo, el pacto de la Moncloa) el parásito, creo, debe preguntarse: ¿qué les daremos a nuestros huéspedes para que primero nos olviden y segundo nos necesiten todavía con más fuerza?

Vemos entonces que el parásito habita la cotidianidad del huésped con disimulo. Aunque llevado de una tensión hacia la perfecta invisibilidad o atematización el parásito no se esconde, pero disimula. El parásito conquista: mercados o territorios productivos o lo que se le ponga a tiro, como una garrapata, y con la conquista reduce a la impotencia, a la necesidad y a la dependencia —por lo menos eso es lo que persigue y pretende—. Pero el parásito también da una vida, regula las condiciones de una vida, una vida sobre la que sí ejerce su presión parásita. El parásito nos hace vivir porque nos obliga a envejecer, porque nos agota.

Nuestro parásito mayor es ese monstruo que tanto reluce bajo las razones de la economía política. Pero no es el único. Las razones de la economía política te condenan por norma a trabajar asalariado hasta los 65 años, toda tu mejor vida cansado porque cargas como un animal el Beneficio de otros, que son los mismos que te cuidan y te alimentan y te dan trabajo y te vigilan y te cobran el suelo, el techo, la comida, el agua, la luz, la electricidad. . . PORQUE TÚ ERES SU HUÉSPED Y ESO ES TU PARÁSITO. “Eso” y

no “esos”, porque no son tales o tales funcionarios los que son parásitos y el resto, y el resto sólo piojos. No no no se trata de eso, porque Todos los Funcionarios (estatales o más o menos privados: sindicalistas, banqueros, de la compañía de la luz, pública o privada, es igual: Administración - Decisión - Fuerza), decía que todos los funcionarios son sustituibles, porque sólo ocupan un cargo, un puesto, en un Aparato, en una Máquina Perfectamente Engrasada. Una pulga, un nido de pulgas gigantes, sistémicamente articuladas y autopoieticas.

Quien ama lo que le amenaza, lo que le presiona, lo que le exprime con tan poca consideración como a un limón, ¿qué es? ¿qué puede ser además de un Huésped? Porque sin duda también es un afable huésped de sus parásitos. Ya se sabe con los parásitos: donde hay uno, vienen más.

5.- Vampiro nacido de fugar la impotencia. El vampiro que nace de una grieta en la impotencia no puede ser más que una figura, un personaje, una figura que es afección, algo como un afecto con potencia también poética que encarna un enemigo. Este vampiro nace del asco, aunque sea de un asco que se concentra y se espesa hasta ponerse duro como un arma arrojadiza. La cuestión, el enemigo; vampiro que nace de un cuerpo colectivo —y de los que sean— que abandona *una vez más* la “rendición incondicional” que lo mantiene en régimen de huésped dependiente, preñado de miedosa precariedad y de luces tintineantes y de panes y de más circo y entretenimiento y diversión a raudales.

Un afecto, fantasma terriblemente contagioso que atraviesa este cuerpo colectivo —o menos—, que esgrime la “terrible” insolencia de querer, de buscar (Re)Plantear la cuestión de la parte de poder y de riqueza, replanteamiento que no siempre alcanza a concretarse tanto discursivamente como lo hace prácticamente (Los Ángeles).

Este enemigo pervierte y revierte el régimen de dependencia, una vez más. Lo revierte por su dimensión de fantasma incorporado, y lo pervierte por su dimensión de cuerpo fantasmagórico, pero ante todo lo revierte y pervierte así por su potencia de destrucción, de crítica y de contagio, contagio de su propia monstruosidad, monstruosidad de quien, enemigo, recorre el lado del mal a sabiendas, ya que los campos del bien y del orden cultivan un mundo donde nada crece más sano y vigoroso que lo muerto, que lo agotador, que lo que te amenaza y te exprime y te condena a una confortable vida precaria de impotencia llena de dependencia y de miedo responsable y emprendedor. Hay una frase que tengo por aquí apuntada en algún sitio... sí, aquí está:

“Soy un don nadie y tengo que vivir el resto de mi vida como un gilipollas.”
Últimas palabras de *Uno de los nuestros*, M. Scorsese (1990).

Es en el don que otorga, en el poder que efectúa, en los desencadenamientos que tiene, donde reside una ambivalencia mayor de nuestros vampiros que fugan la impotencia. Fuga que no ha empezado nunca y ¿terminar? no, porque vuelve una vez y otra vez y otra vez más de nuevo, y una vez más y tiro porque me toca y porque pronto no me tocará ya. . . dice el poeta. La ambivalencia, la manada vampiro *puede*, desencadena “catástrofes” que abarcan como en abanico virtual *desde* el Contagio *hasta* la Víctima. “Más cómplices y menos víctimas” tiene que ser el lema de hipotéticos vampiros que rechazan la muerte.

Por el lado del contagio se abren a lo político; el contagio produce cómplices, y también vínculos más resistentes. La víctima en cambio es una figurilla de nacimiento más diversificado, una víctima nace en una guerra, en una lucha, de un asesino, de un parásito glotón o destructor o hijodeperra simplemente; pero también de un sacrificio o de un matadero. En realidad esta producción de víctimas es uno de los peligros que se dan en una fuga de la impotencia; por un lado, existe el peligro de acabar siendo un asesino, otro asesino. Y creo que a cualquier asesino le falta demasiada poesía como para poder desencadenar baile alguno de vampiros. Por otro lado existe también el peligro de encontrarse liado en una impotencia aún mayor. Por ejemplo el adicto que antes de serlo, en su coqueteo de luna de miel con un piojo giganteopiáceo, puede pensar que la droga le da un poder especial sobre el mundo o alguna parte de él, queda después, si su adicción se le impone, en máxima impotencia en relación a esa droga, “la” droga, decía Burroughs. . . y de todas maneras uno sólo es adicto de su propia adicción; tampoco William da a la droga una fuerza de realidad social que ninguna sustancia posee íntegramente, pues ella no decide los precios, ni lo cara que es la vida ya sin droga, ni lo cansado que hay que ir ni lo que hay que trabajar ni el número innumerable de subjefes, jefecillos y jefes que pueblan la vida en la ciudad, ni el ser ilegal igual a oro de mercado negro, ni el marco de su consumo, su imagen social, ni la fuerza de seducción relativa. . . al resto de mierda que nos inunda, el espacio, con tiempo.

El Comunismo ha sido, en sus diversas acometidas, en sus intensidades variables, en sus coágulos bien diferenciados, el último enemigo de nuestro mundo, el último enemigo especialmente intenso de un orden que es el nuestro y que se regodea ya de “casi” gobernar el mundo intacto. Un piojo más, que se cree dios. El Comunismo, por lo menos el por venir, pero también en los setenta y en los treinta y en los veinte y en los diez, y aquí en España todo el siglo diecinueve a tiros estuvieron, con la Guardia Civil haciendo retenes en los conventos y en los bancos. . . decía que el Comunismo fue no

un enemigo cualquiera, sino el último fantasma que recorrió Europa. Otros quizá han hecho el fantasma pero poco más que una nube de piojos, o ácaros, nubes de ácaros sembrando muerte por doquier... El último espectro que recorrió Europa y el mundo entero volviendo a plantear una y mil veces la cuestión de la parte de poder y riqueza. Y sin embargo casi todos, por no decir directamente todos, que no lo he dicho, pero casi, casi todos los Partidos Comunistas se han pasado a lo largo de los años de la parte de las fuerzas parásitas, colaborando, por ejemplo, la reluciente firma de Carrillo al relumbrón de los Pactos de la Moncloa.

El fantasma que recorre Europa y el mundo entero es un vampiro. Dejar de mentir ya, hostia. Libertad y justicia son palabras vacías —y llenas del poder que las impone—, callejones sin salida, palabras de impotente. El fantasma que recorre Europa es una vez más un vampiro, cuando plantea una vez más de nuevo lo más viejo, la cuestión de la parte de poder y de riqueza. Si tienes poder y eres rico tienes libertad y justicia que no te las terminarás. Si no tienes ni riqueza ni poder estás ya muerto, zombi, y a un zombi no le hables de libertad y justicia que te puede partir la cara.

Así que no justicia y libertad sino riqueza y poder, la parte. No utopía porque topia, topos, espacio habitable, rico y generoso. No paraíso porque mundo preñado de carnicerías, porque muerte y corrupción nos alimentan, porque somos un barro juguetón que a veces habla demasiado y se hace un lío, y otras, demasiado poco habla. Porque no somos ni queremos ser angélicos sino mortales con el tiempo justo, que no se están por hostias y que quieren lo que también es suyo. Los reyes de sangre azul ya perdieron la cabeza, la cogieron después los funcionarios (burócratas y amigos ricos) y se hicieron un traje gris y una careta de bulldog de ojos enrojecidos; parecen vampiros pero les falta mucha poesía, yo diría que no pasan de pulgas presumidas que piden a gritos ser aplastadas y quitadas de en medio. No justicia y libertad sino riqueza y poder, porque como ya advertía bien claro hace ya tanto, me parece que Lutero, “el Quiliasmo, la doctrina del *reino milenario*, es la caja de los espejos de todos los cabecillas”.

Esta cita con Lutero queda muy bien, Ernst, Ernst Bloch, pero no, nunca va a tratarse de justicia y libertad —y menos así en absoluto o en indeterminado con vocación universal; otra cosa es J. y L. relativas, relativas a algo para algo, relacionales y particulares... — sino que se tratará siempre de la Cuestión de la parte de poder y de riqueza (de riqueza de poder, y de poder sobre la riqueza). Isaías se equivoca. Isaías, sí, también se equivocaba, y la utopía con él, porque no se tratará nunca de fundar el paraíso, quiliástico o no, del Bien perfecto y sin sombra... Para eso hay ya mucho más que demasiados parques temáticos. Se trata quizá, en cambio, de asumir que no es la libertad ni la justicia lo que deseamos, lo que queremos, lo que necesitamos,

sino la jodida parte, la parte tan necesaria y a la vez abierta al margen del lujo más alegre... de riqueza y de poder; asumir esto es comenzar una fuga de la impotencia, es golpear con una maza en una grieta que la recorre siempre una vez más, desocupando la rendición incondicional, revirtiendo y pervirtiendo la dependencia, haciendo explotar el miedo de rabia y vacíodecisorio, y, y desafiandoconciencudamente a lo que nos amenaza.

Fin de 5. Pensar en una figura de vampiro que encarnaría hoy, por poner sólo un ejemplo, un cuerpo político mayoritario en Barcelona, o en Cataluña, o en España, es un imposible a corto, largo o al plazo que quieras. Porque cómo saldría un cuerpo potente de tan grande impotencia, sembrada de sonrisas congeladas y listas para servir. Y pese a todo, el vampiro nacido de fugar la impotencia *una vez más* es una figura múltiple que *aparece* con el acontecimiento y que desarrolla coágulos, contagios, exabruptos, acciones, encuentros... un poco por todo el mundo. No por eso hay que estar más contento, porque el mundo no cederá en su peso y en su coste para tu vivir por ello, pero mucho menos hay que tener entonces esperanza ninguna. ¿Esperanza de qué, de otro paraíso perfecto para todos? —Oye vete a cagar y déjame tranquilo. Y cuando cojas un poco de fuerzas vete a cualquier stock acumulado sobre tu espalda cansada y date tu parte, con dinero gratis. Y hablamos después si quieres sí...

666. Vampiros que rechazan la muerte. Este vampiro rechaza la muerte porque no quiere la utopía, que siempre exige el exterminio de algún resto. Rechaza la muerte porque quiere vivir, y porque la exigencia de tendero de cuadrar unas cuentas que nunca estuvieron cuadradas o igualadas, nunca, ya ha matado mucho más de lo que es inteligente permitir. Rechaza la muerte porque la muerte y su reparto es la única solución que nuestro mundo propone y lleva adelante, adelante los sacrificados al orden de la economía política que como el más goloso dios azteca renueva siempre la amplitud inconmensurable de su estómago. Rechaza la muerte porque la presión de este mundo llega a ahogarle, quiere agotarle y no soltarle, pero él quiere vivir y no morir ahogado en el estrecho, y no morir atropellado por disputas comerciales, etc. Etc.

Pero hay un momento en que llegamos por esta proposición a un espacio paradójico. Porque ¿cómo rechazar la muerte de un espacio (común, político,

social) de donde ésta ya ha sido rechazada? Sí, pero la muerte expulsada, rechazada de la vida mortal humana sólo puede ser un escamoteo. Y qué nos escamotea la muerte sino la recurrencia del bien y de la vida en la boca de los parásitos y ayudantes velada por la sonrisa televisiva. Pocas cosas hay más monstruosas que ese empeño nuestro de salir en todas las fotos sonriendo, toda comunicación ha de ir inflamada de vida, de positividad... de mierda sempiterna repetida y envasada al vacío para que se conserve mejor. Cuando de la vida que podemos vivir se quiere sacar “el lado del mal”, ya no queda otro lado. La vida biológica está embarcada en un come-cago gigantesco, los cuerpos vivos se destruyen unos a otros de la misma manera que se apoyan unos en otros y que nacen unos de otros.

Así que vampiros que rechazan la muerte ¿por qué? Porque es saludable asumir la condición de enemigo, la condición de injusto, porque para toda gran fortuna replantear la cuestión de la parte es una gran injusticia. Y eso señala que estamos golpeando bien, en la grieta que recorre la impotencia siempre de nuevo una vez más.

Todo esto es falso además, sólo puede ser falso, artificio. ¿Cómo puede un vampiro rechazar la muerte sino siendo un falso vampiro, un invertido, un travesti? Más falso que falso Artificio, poesía, teatro: la peste, el vampiro. Y a la vez, más real que real: Dinero Gratis.

Las 3 preguntas:

- 1- ¿qué es la riqueza sin el poder?: El interior de un harén
- 2- ¿qué es el poder sin riqueza?: El nacimiento de una lucha
- 3- ¿Y qué es el poder con riqueza, o la riqueza con poder?:
Una cancha de juego

Capítulo 32

Luz

En la apoteosis capitalista la resistencia, como el comunismo, se vuelve ridícula: no una antorcha en la noche sino una linterna invisible, encendida bajo el sol de mediodía. Como la de “el loco”. (Demasiada luz, sin embargo, en esta imagen de Nietzsche, demasiada ilustración. La del mundo es al fin una claridad velada, un fondo neutral, indiferente, mortecino, como la luz del metro. “El loco”: una resistencia súbita, abrasadora, invisible, sobrevenida dentro del metro. Los demás se ríen. A nosotros *nos quema.*)

Capítulo 33

Cada una de las diferencias existentes

No es preciso ser un entendido en la psique humana para observar que nuestras mentes occidentales están encerradas en una lucha de contrarios y que el hecho de elegir parece suponer una opción clara y distinta entre ambos. Es considerado como lo más racional que, entre los hemisferios derecho e izquierdo del cerebro —entre las mayúsculas y las minúsculas del pensamiento— se produzca un debate que implica siempre una medición y un rechazo.

Pero, una vez más, ¿quién marca la pauta? ¿Quién establece esos límites en los que dichas opciones creen hallar un terreno sólido, un lugar privilegiado desde el que discriminar entre lo curvo y lo recto, lo par y lo impar? En cierta ocasión leímos que Dios había muerto, e incluso se pregona que ya nadie tiene la razón. Entonces, ¿por qué empeñarnos en hablar en términos de medición entre lo bueno y lo malo, lo femenino y lo masculino, lo blanco y lo negro cuando ya todo tiene una tonalidad más bien grisácea, o incluso neutra como el jabón? ¿Por qué forzar nuestra vista cansada buscando la Luz durante el día y no atender a los ritmos sordos que pueden aparecer en la noche?

Sorda a lo que no quiere escuchar, la cultura occidental continúa aferrándose a una opción, una voluntad de verdad que alimenta toda una serie de procedimientos de exclusión y separación, que sitúa en lo más alto de la pirámide a lo mismo, la identidad y el orden; frente a lo otro, a la vez interno y extraño que debe conjurar. Inmerso en esta racionalidad, el género femenino, conceptualizado como lo no-masculino, ha sufrido de la exclusión y el dominio por parte del “sexo fuerte”. En consecuencia, la mujer ha visto cómo se le negaba la palabra en tanto que sujeto normalizado del discurso; apartándola así de cualquier existencia política.

De este modo, buena parte del discurso que ha dado en llamarse “discurso feminista”, surgido de “ese estar hartas de ser representadas como hombre

castrado e inferior”, pretende liberarse de esta exclusión elevando su grito al grave tono de la lógica dominante:

—¡Determinémonos! Construyamos ese sujeto capaz de elevar un discurso con el que reclamar la igualdad respecto al hombre.

Buscando una igualdad normalizada, es como el grueso del discurso feminista ha incidido sobre la realidad, consiguiendo cierta equivalencia en lo fáctico: salarios, derechos, reconocimiento social e intelectual... No es éste un botín que tengamos que menospreciar, pero sí parece oportuno observar que un discurso de la igualdad, que se erige sobre un victimismo fundamental, preconiza siempre un acceso a lo mismo. Los mismos salarios basura, los mismos trabajos de esclavo, la misma muerte. La mujer anhela llegar a ser, con este discurso, igual al hombre, adquirir los mismos valores, pisar los mismos suelos, ocupar los mismos lugares. Más de lo mismo. Este discurso es potente en cuanto que reclama y exige aquello que a la mujer le ha sido vedado, pero se limita al encerrarse en las mismas prisiones: la exigencia de igualdad. Los etiquetajes marcan todas las zonas.

Por otro lado, en la era de la diversidad, de la pluralidad y el multiculturalismo, no ha faltado quién izara la bandera de una diferencia en pro de un feminismo exaltado e intransigente frente al género opuesto:

—¡Determinémonos! Construyamos ese sujeto capaz de elevar un discurso con el que afirmar y delimitar la diferencia respecto al hombre y a su discurso dominante, reivindicemos una identidad para esta diferencia y hablemos desde ella.

En este caso, no se tiene suficientemente en cuenta que lo femenino es antónimo de lo masculino solamente dentro de un sistema de signos que se organiza mediante una estructura binaria de pensamiento; y se pasa por alto que la diferencia no es representable, que no se puede hablar desde ella porque no es un lugar, porque no es una meta sino un tránsito: *un ir hacia, un ir haciendo*. Un feminismo que pretende afirmar la diferencia desde una identidad otra es fruto siempre de un deseo de radicalidad antagónica que no escapa a la confrontación, que abre más líneas de muerte que de fuga.

Sin ánimo de trivializar, pero sí simplificando un mucho las cosas, podríamos afirmar que un discurso que reivindica la igualdad entre sexos o que afirma su diferencia respecto del hombre, busca siempre, y en cualquiera de sus múltiples expresiones, determinar una identidad midiéndose con su opuesto. No sale pues de esa lógica binaria: construye el discurso, una vez más, sobre esa música de fondo que es el antagonismo marcado. Dichas voces quedan atrapadas de nuevo en una dinámica jerarquizante.

Quizás buena parte del feminismo, al igual que la mayoría de discursos que se quieren antagónicos a la lógica imperante, no ha explorado suficientemente su silencio antes de hablar. Todos ellos parecen no haber caído en la cuenta de que “el silencio es más fuerte que la palabra. El silencio aprueba o desaprueba. La palabra siempre justifica”. Explorar el silencio no para callarse, sino para pasar a la acción haciendo, no buscando una identidad predeterminada y medida con lo mismo sino, ahora sí, afirmando cada una de las diferencias existentes. Este gesto, no es tan solo para la mujer, sino para todo aquél que quiera desentenderse de esa simbología que marca un límite entre lo uno y lo otro, entre lo masculino y lo femenino, entre el “los” y el “las”. Si estos determinantes dejasen de referirse a sujetos perfectamente etiquetados, es más, si dejaran de determinar a sujetos cualesquiera, estaría de más la instauración de un los/as que normalizase el discurso. Un gesto no se afirma únicamente en las palabras, se hace, se gesta.

Capítulo 34

Antropología

Ah el sueño de ser otros y desposarnos con la mujer del hermano muerto y que nos quiso, y aliviarnos con el bálsamo que guardan los chamanes, y ser fieles en la sangre, enteros en la venganza. . .

Pero la verdad insomne descubre el engaño: Que el viaje por la diferencia es la fábula de la identidad, el sueño, ah, de ser al fin los mismos, evanescente y bello como el deseo de K. . . *hasta que se dejaban las espuelas, pues no había espuelas, hasta que se arrojaban las riendas, pues no había riendas, y apenas se veía ante sí el campo como una landa segada y lisa, ya sin el cuello del caballo, sin su cabeza.*

Parte VI
Dinero Gratis

Capítulo 35

Vacaciones

Quien diga que la vida es una obra de arte; quien busque en el decurso de su biografía, en su aventura, la medida originaria del tiempo —principio y fin— soslaya la objeción más contundente contra ese sueño: *tenemos que trabajar*.

La zafiedad de la objeción, su grosería argumentativa, muestra la grosería misma del concepto: no hay para la vida otro ritmo, otro tiempo, que el ritmo y el tiempo de la producción capitalista, a la que estamos sujetos, en la que *somos* sujetos. La posibilidad de vivir a la manera del arte vale entonces lo que la fantasía de un viaje de vacaciones sobre la posibilidad de otra vida. ¿Falta decir cuánto?

Capítulo 36

No queremos trabajo, queremos dinero

Nuestro malestar: el dinero como límite

Parece una sensación generalizada, la de que el destino de cada cual ya no tiene que ver con el de los demás. Cualquier punto de vista sobre la liberación, si quiere estar a la altura de los tiempos, no puede esconder este hecho. Nuestra interioridad, que en otro tiempo fue lugar irreductible de subjetividad resistente, parece haber sido colonizada. Nuestra existencia está más cerca del mercado de valores que del encuentro con un amigo. Debemos confrontarnos permanentemente con un límite impuesto entre nuestra interioridad y nuestra exterioridad. Este límite es el dinero. Cuando el trabajo ha dejado de ser identidad política, el dinero ha venido a sustituirlo para proclamarse nuevo rey de nuestra intimidad. Si poseemos dinero, él nos posee. Si carecemos de él, nos empuja hacia la precarización y la muerte social.

Hay una cita que circula en los textos de los centros sociales okupados y que expresa lo que decimos:

“Lo que mediante el dinero es para mí, lo que puedo pagar, es decir lo que el dinero puede comprar, eso soy yo, el poseedor del dinero mismo. Mi fuerza es tan grande como lo sea la fuerza del dinero. Las cualidades del dinero son mis cualidades (del poseedor) y mis fuerzas esenciales. Lo que **soy** y lo que **puedo** no están determinados por mi individualidad... La diferencia entre la demanda efectiva basada en el dinero y la demanda sin efecto basada en mi necesidad o deseo, es la diferencia entre **ser** y **pensar**.”

Pero además de límite surge también un malestar allí donde nuestra vida monetarizada se confunde enteramente con las formas de valorización del capital. En ese lugar donde nuestra vida no nos pertenece, el poder nos deja vivir *una vida*. Una vida que se sustenta en el discurso de lo obvio y que transcurre en el espacio de la **ciudad-empresa**: “vive tu vida, sé creativo y haz de tu ciudad un modelo sostenible, donde reine la paz, la tolerancia y la diversidad”. Este discurso, tan incontestable como hipócrita, que hace posible la movilización general, se sustenta en el hecho de que nuestra interioridad está estrechamente vinculada al poder, en un fondo oscuro ambivalente donde el deseo ya no es garantía de rebelión, sino fuente de creatividad para la publicidad. Pero precisamente porque estamos demasiado comprometidos con el poder, este malestar, nuestro malestar, se produce por una **relación problemática** entre esa vida (es decir, “nuestra” vida privada) y todo lo que nos es común. Este malestar canalizado hacia la “búsqueda de lo común” (que no es una “potencia” perdida, ni una “vida impropia” por recuperar), se manifiesta en diversas fenomenologías que tienden hacia una desmonetarización de la existencia: como reapropiaciones masivas de mercancía en las periferias urbanas (los Angeles, París), como recuperación de conquistas sociales perdidas (huelga del 95 en Francia) o como economía autogestionada en los centros sociales okupados.

Dinero y trabajo

Cualquier aproximación que hagamos hoy sobre el estatuto del dinero parece estar condenada a dejar puntos ciegos, impensados, en la línea argumental. No obstante, frente a consideraciones que asocian el dinero a un simulacro, a un carácter evanescente, a una institución totalizante o a un absoluto (“el dinero es Dios”), nosotros lo consideramos como una **fuerza material** violenta que nos obliga al trabajo y nos empuja a la precariedad. A esta fuerza material se oponen tres contratendencias:

1. **La posibilista**: “mi dinero en forma de salario me pertenece para consumirlo porque lo he intercambiado por fuerza de trabajo”. Esta tendencia simplemente adopta hoy una actitud defensiva frente a la violencia monetaria. Es la clásica del periodo fordista y está institucionalizada en los sindicatos. Como es sabido, esta tendencia social asociada al obrero-masa de los años 60-70 tiene su línea de fuga en las prácticas de “desmonetarización” expresadas en las luchas autónomas al margen de los sindicatos. La lucha contra la organización capitalista del trabajo y por fuertes aumentos salariales representaba la relación

de fuerzas entre capital y trabajo. El salario (y su expresión monetaria, el dinero), no eran un fin en sí mismo. Éste era el punto ciego del reformismo en el seno del movimiento obrero. El rechazo del trabajo y la lucha salarial expresaban una subjetividad que apuntaba “más allá” de la ley del valor. Aunque el dinero en la cultura proletaria no se disociaba del trabajo, la obtención de más salario a través de la lucha se asociaba más a la capacidad política antagonista para liberarse de la esclavitud de la fábrica que al trabajo como valor social. Incluso las conquistas sociales del Estado del Bienestar eran contempladas como consecuencia de esta capacidad. El final de este proceso es de sobras conocido. El ataque por parte del capital a la composición técnica y política de clase por medio de la reestructuración tecnológica, acaban con el ciclo de luchas de los años 60-70. A partir de ese momento se abre un periodo de disolución progresiva de la Identidad-trabajo, y con ella de la posibilidad del Sujeto como categoría política. Tras algunos intentos en los 80 por reconstruir la centralidad que ocupaba la clase obrera (nuevos movimientos sociales, marginados, etc), el hecho material que se impone es la desaparición de un proceso central por el cual recomponer un polo de antagonismo político al capital. Lo que en un principio, gracias a la revolución tecnológica, era **liberarse del trabajo**, acaba convirtiéndose, por la derrota obrera, en un nuevo sometimiento a la relación salarial, pero esta vez a través de un doble vínculo: ser trabajadores sin puesto de trabajo.

Ante este hecho, que llega hasta nuestra actualidad, los sindicatos siguen aferrados a la idea de vincular salario y trabajo. En el mejor de los casos defienden desde su arqueología teórica el concepto de “trabajo alienado” (*Los Manuscritos de 1844*, de K. Marx). En el peor, simplemente siguen aferrados a su puesto de trabajo. Se inscriben, junto a otros sectores del movimiento obrero, en una tradición que considera que hay que **liberar el trabajo** por ser una cualidad esencial (a-histórica) a la especie humana. Esta idea no aguanta un análisis riguroso ni de la historia occidental, ni de otras culturas, donde el trabajo era considerado despreciable o en cualquier caso marginal. La tradición radical de la autonomía obrera siempre ha considerado al trabajo como un “constructo” de la sociedad capitalista. En las prácticas de rechazo del trabajo del obrero fordista, se expresa esta no-cualidad: simple fuerza que se vende y valoriza el capital. El trabajo asalariado desde sus inicios ha sido siempre “**trabajo abstracto**”, (*Grundrisse*, K. Marx) trabajo sin cualidad ni esencia, separado de la **actividad concreta** del trabajador, simple dispendio de tiempo a cambio de un salario. En

la fase fordista, donde esta separación entre trabajador y producto con la cadena taylorista se hace más evidente y odiosa, surgen de forma manifiesta estas prácticas (absentismo, sabotaje a la cadena...) que ponen en evidencia este “extrañamiento” del obrero frente al trabajo. Era una actitud antiproductivista y antieconomicista. El objetivo era vender lo más cara posible la fuerza de trabajo. En la época actual (la de la precarización como condición generalizada en la que habitamos) la subjetividad se desmarca del trabajo como valor estratégico de ataque al capital y expresa, cuando se enfrenta al mercado laboral, más indiferencia, si cabe, ante cualquier tipo de actividad. La pregunta relevante en este contexto es: ¿a cuánto nos pagan la hora? Cabe la posibilidad, como otra cara del miedo a la precarización, que alguien se identifique personalmente con un tipo de actividad remunerada. Pero el trabajo como valor político deja de ser central. Hoy es sólo un medio, el menos arriesgado, para conseguir el dinero. El dinero se separa de la cultura del trabajo definitivamente.

2. **El derecho a la existencia:** En este apartado el abanico de propuestas es variado y contradictorio. En general todas reivindican una Renta Ciudadana por el mero hecho de existir. En un primer bloque situaremos algunas de las más relevantes entre las “posibilistas” o “alternativas”, respetuosas por lo general con las reglas de juego que regulan la esfera macro y microeconómica y cuyo denominador común radica en el propósito de atenuar las consecuencias generadas por la dualización social producto del cambio tecnológico-político. Yendo un poco más allá, en algunos casos (A.Gorz, K.Offe) se presupone que el desarrollo de algunos de los sectores desmercantilizados acabará por transformar la organización capitalista de la sociedad (versión socialdemócrata de fin de siglo).

Distinguiremos escuetamente:

- (a) En el contexto de la redistribución del trabajo (se concibe que el trabajo es condición necesaria para la obtención del complemento económico), instaurar un contrato social renovable que permita percibir una remuneración ó “segundo cheque”, como compensación por la disminución en los ingresos a causa de la reducción en horas de trabajo.
- (b) Derecho a una “renta básica” modesta y sin contrapartidas (obligaciones) como compensación por haber renunciado voluntariamente a concurrir en el mercado de trabajo.

- (c) “Renta básica” garantizada para todo excluido calculada a partir de las posibilidades que ofrece el PIB (producto interior bruto). Todas estas alternativas globales, que se ofrecen como solución (o por lo menos que pretenden tener una orientación progresista), descansan sobre la hipótesis de que la sociedad capitalista será superada cuando las relaciones sociales de cooperación y de intercambio no mercantiles *predominen* sobre las relaciones de producción capitalista. Pero este escenario en el que el capital se suicida a sí mismo es difícil de creer cuando se sabe que el límite del capital, al ser inmanente a él mismo, puede ser siempre desplazado hacia delante. Hay otro escenario posible aunque bastante menos idílico: el del campo de concentración. La sociedad basada en tres zonas diferenciadas: la zona blanca (junto a los Jefes: la vida está asegurada, de aceptar el horror), la zona gris (la vida precaria en los intersticios) y la zona negra (exterminación por exclusión).

A pesar de que estas propuestas en su versión más radical, no condicionan la renta ciudadana al trabajo, lo cierto es que sí está condicionada a una visión posibilista del reparto de la riqueza producida, con lo cual se quedan a medio camino entre el “derecho a la existencia” y la reivindicación de una justicia social que el ciudadano del sentido común debe proponer dentro del estado de derecho.

3. **El salario social. Por la reapropiación de la inteligencia colectiva.** La propuesta de Salario Social rompe con la relación que subordina el salario a la prestación laboral. La ley del valor no rige en la actual fase postindustrial. Se propone a partir de una nueva matriz del trabajo, que sólo puede plantearse hoy en términos globales: **el trabajo-mente o trabajo inmaterial.** Las nuevas tecnologías digitales posibilitan una producción en red que tiene en su núcleo la comunicación social. Esta producción se sustenta materialmente en la comunidad bio-política: en la producción de lenguajes, de afectos, de sensibilidades, que posibilitan la semiotización de la riqueza social. Producción de subjetividad en un “Devenir-mujer” del trabajo cuya reproducción en la actual fase, involucra a hombres y mujeres. Toda esta inmaterialidad en el proceso productivo se desarrolla a través de un “**cerebro-máquina**” colectivo, frente al trabajador singular en su puesto de trabajo, que aparece ahora como insignificante. Una vida individual no puede ser productiva si no entra en cooperación con otros cuerpos. **Trabajo vivo**, sensible que se hace carne, y que ya no tiene frente a sí el **trabajo muerto**, como extrañado, porque el medio de

producción va unido ahora al cuerpo. Este Intelecto General en cooperación hace estallar la ley del valor y pone de manifiesto que el trabajo asalariado es ahora una imposición irracional del mando capitalista.

En este contexto, el Salario Social no se propone como una reivindicación a pedir, sino como una consecuencia lógica de esta nueva matriz del trabajo complejo. Se propone como crítica del trabajo asalariado y de la vieja economía política. Quiere hacer patente la faz miserable del capital cuando propone salarios para excluidos, leyes de pobres, salarios de reinserción laboral... El Capital tiene ahora frente a sí una colosal cooperación social viva, que lo contempla como un “cuerpo extraño” del que se ha de desembarazar. Toda la vida está involucrada en la reproducción social. Es por ello que el poder debe gestionar la política como un “**Bio-poder**”. La potencia latente en este cerebro-máquina irá acumulando fuerzas hasta llegar al **poder constituyente**. El poder será entonces de la **Multitud**.

El dinero gratis: el espacio como palanca

La propuesta *dinero gratis* es más “modesta” que las demás. Ya advertíamos al principio que no creíamos en futuros radiantes; y es por ello que esta propuesta se sitúa en un posible-imposible. El dinero gratis no se pide. No es una reivindicación que vaya dirigida al ciudadano para que restaure en el plano del derecho lo que es justo. El dinero gratis se da. **Nos damos dinero** cuando utilizamos el **espacio como palanca** para crear “otro tiempo” fuera de la monetarización, cuando nos reapropiamos de mercancías, cuando hacemos “otros usos” de la moneda sin una lógica valorizante.

Toda la tradición de pensamiento expuesta hasta ahora tiene en su base la primacía del tiempo sobre el espacio. La pugna contra el régimen de producción capitalista se libraba en torno la dualidad tiempo libre/tiempo de trabajo. Se trataba de sustraerse a la fatiga de la fábrica. En este sentido la propuesta más consecuente es la que plantea un salario social: cuando todo el tiempo de vida está en **la subsunción real** (capítulo VI, inédito de el Capital, K. Marx), la potencia de la “intelectualidad de masas” convierte este tiempo social en tiempo constitutivo de una colectividad que se reapropia de la vida. El espacio asociado a este tiempo es un **espacio público**.

Por el contrario, el dinero gratis rompe con esta tradición y sitúa el espacio **frente** al tiempo. Se invierte una relación que ha sido, desde los inicios del capitalismo, la que organizaba la circulación de las mercancías. El tiempo como medida abstracta del valor organizaba el espacio: la fábrica, el hospital, la ciudad... El espacio devenía territorio desde el cual se ejercía el control

sobre la sociedad. La distancia que había que recorrer entre el tiempo libre y la fábrica (el pasillo del metro) se ha reducido en la actualidad a la mínima expresión. Con las nuevas tecnologías asociadas a la comunicación humana, puestas en la esfera productiva (asumimos esta nueva matriz del trabajo), el tiempo de producción es infinito y el espacio es un **espacio precarizado**.

Desde esta situación, se hace difícil elaborar propuestas en torno al tiempo. Por otra parte, se hace cada vez más evidente la importancia del espacio en diversos fenómenos de la realidad. Lo que hasta ahora se consideraban “hechos económicos” o “sociales”, son ahora considerados fenómenos donde el espacio es un elemento interno y no externo. La misma división internacional del trabajo que divide países pobres y países ricos es una división espacial: cuando una oleada de inmigrantes ocupa un barrio de una ciudad en Europa o América todos los parámetros temporales, económicos, culturales... cambian radicalmente. Cuando se ocupan espacios abandonados se genera un tiempo que se sitúa fuera de la valorización.

Por tanto, desde este espacio precarizado, sin dinero, la propuesta de dinero gratis es un intento de romper con estas coordenadas de “espacio cero, tiempo lleno” (que curiosamente fue una de las intuiciones de los situacionistas, sólo que ahora el “tiempo lleno” es del Capital). El ejemplo clásico de intervención desde el espacio en estos últimos años han sido las casas okupadas. Pero hay otros muchos escenarios imaginables: un grupo de personas organizan una fiesta en el vestíbulo del metro e invitan a la gente que transita por él a que se unan, sin más pretensión que celebrar la inauguración de un “espacio de vida”. El valor de ese espacio/tiempo es interno a la gente que ha establecido otras reglas de juego inesperadas por el poder. El espacio, en este caso, no es un “no-lugar” ni un “espacio público” sino que es un **espacio íntimo**. El poder ha perdido su función cognitiva (aunque sea por momentos, pues sólo se puede vivir contra el poder de forma intermitente). Este *espaciamiento* es un espacio “otro”. No es un espacio que ha cambiado de función. Esto es lo que hace el ayuntamiento cuando organiza recitales de poesía en el metro y recrea la idea de “espacio público” para el ciudadano. Las relaciones que se establecen en un espaciamiento no tienen la lógica de la valorización a pesar de que se utilice moneda. Hay un uso del espacio que posibilita “otros usos” del dinero. No nos importa vincular de forma “pagana” nuestra vida a un uso del dinero, pues sabemos que la gratuidad no existe en la sociedad capitalista. Cualquier servicio gratuito ya lo hemos pagado anteriormente desde la producción general. Si viene, bienvenido sea. La gratuidad sin embargo solo puede tener un carga deconstructiva cuando se la asocia paradójicamente al dinero: **dinero-gratis**.

El *espaciamiento* genera un tiempo que es silencio frente al poder y ritmo asimétrico respecto al ritmo repetitivo y secuencial de la ciudad empresa.

*CAPÍTULO 36. NO QUEREMOS TRABAJO, QUEREMOS DINERO*107

Tiempo-ritmo que crea “lo político”. ¿Creación de un amor impersonal colectivo? En cualquier caso es tiempo de una **intimidad recuperada**.

Capítulo 37

Darnos Dinero

El dinero es *también* un límite. La experiencia del dinero es, en este sentido, la de un límite, la de nuestro límite: hasta dónde llegamos (o nos llega), hasta dónde podemos (o se puede), etc. El problema de la “liberación del dinero” es así *también* el de la relación política con el límite, con nuestro límite: sufrirlo o disfrutarlo, negarlo o aceptarlo, etc. Eso aclara la paradoja sobre “lo otro” del dinero (tener tanto que ya no hubiese necesidad, relación o referencia a él) y su estatuto necesariamente escaso (nunca hay, sin embargo, suficiente). Nos parece que constituye la paradoja de todo lo que, como el dinero, es medio, relación, término: podría dilatarse al infinito y seguiría apareciendo como un límite; y expresa, a fin de cuentas, la experiencia misma del ser, la de la finitud de lo que *se da* (luego volvemos sobre esto), y en la que se envuelve, como sabemos, el momento —oscuro y problemático— de lo absoluto, lo indeterminado, etc. (Dejémoslo apuntado: en la medida en que “todo es dinero”, ese momento sería el espacio irrepresentable del no dinero, la disolución de los límites —insoportables— del mundo, el retorno a la unidad de la naturaleza, etc., bajo la forma del horticultor autosuficiente, p.ej., y otras fantasías de lotería de navidad. . .).

Pues bien, el capitalismo propone (o impone, más bien) una relación concreta con ese límite: dominio total, en orden al crecimiento y la disponibilidad infinitas de dinero. Los mecanismos políticos de la Ciudad Empresa (desde el ciclo de las tres R, del que retenemos ahora lo de que *todo gasto es una inversión*, hasta el modelo de relaciones sociales que asegura el flujo ininterrumpido de dinero) consiguen, como hemos visto, que semejante relación de dominio sea no solo aceptable sino, de hecho, plenamente aceptada, en la figura del ciudadano cliente y de su nuevo pacto social, que, a este respecto, funciona como un auténtico “contrato por el dinero”.

La cuestión es, ¿por qué rechaza esa relación? ¿por qué se opone a ella? Lo hemos visto también: porque advierte que semejante dominio se efectúa

solo a costa de la vida. Y eso en un doble sentido:

- Porque es la vida misma (y ya no el trabajo) lo que se pone como fuente de valor, en un proceso de rentabilización total (del saber, de la imaginación: de la existencia) que agota, en efecto, toda posibilidad. Creo que esa experiencia nuestra de una vida bloqueada (“así es imposible vivir”) proviene, en efecto, de que todo “gasto” se resuelva en “inversión”, de que nada sobre o se pierda para siempre, política ésta que permite a la Ciudad Empresa eludir la experiencia de la muerte y, en el mismo sentido, la de la posibilidad, o sea, la de la vida. Por no morir no vive. (Consecuencia de que todo sea dinero es que “morir” haya desaparecido, por cierto, del imaginario social. . .).
- Porque bajo esa política la vida se reduce, sin embargo, al deseo (reprimido) de muerte, de disolución, de absoluta “incontinencia”: dilatarse, crecer hasta reventar (de dinero). El dominio de las relaciones en orden a la producción y disponibilidad infinitas de dinero convierten entonces a la Ciudad Empresa en una administración gozosa del morir, una especie de dosificación placentera, orgásmica (qué dulce veneno. . .) del apocalipsis al que tiende infinitamente. (El orgasmo final y sin vuelta. Sitúo aquí, en el imaginario de la muerte, el chorro de luz blanca que atraviesa y acopla la cadena infinita de individuos. . .). En cierto modo, esta lógica progresiva y creciente del yonqui, abocada al salto final —y abismal— que satisfaga su pulsión mortífera, ilustra nuestra relación con el dinero y la única y paradójica experiencia que tenemos, me parece, del capitalismo como economía: la administración de lo infinito, su dosificación.

Frente a todo esto afirma que quiere vivir. ¿Qué relación con el dinero implica entonces su afirmación? ¿Qué pasa con el querer vivir y el dinero? De entrada, dos cosas parecen, por contraste, claras:

- Hay gasto sin retribución, donación sin retorno: regalo, sobra. . . “mierda”, en una palabra. El despilfarro indica, tal vez, su extremo gozoso, su exceso, su clímax pero aquí nos referimos a una práctica común, a una relación habitual con el dinero. El efecto de esa “pérdida absoluta” e irrecuperable, ajena a toda rentabilidad, y sin la cual es imposible la experiencia de la vida, se reconoce al menos en dos marcas del querer vivir: su disposición a *desgastarse* en una resistencia que no espera nada y su cumplimiento del duelo (cfr. la declaración de la derrota) hasta la última y más terrible consecuencia: olvidar a los muertos.

- Hay, por lo mismo, economía en sentido general, producción de bienes con escasez de recursos, tiempo que aprovechar porque se agota, vida por decidir porque se acaba. Justo por eso hablamos, bien mirado, de derroche: el bien que queremos es limitado, no infinito.

Pero, ¿Cómo pensar esa tensión entre economía y regalo, entre pérdida y provecho, si no partiendo de lo que se da para que se gaste, para que se disfrute? ¿Y no es esta del don la experiencia griega del ser —a fortiori, la del mundo—, la nuestra de la vida y su procreación, la del deseo (Eros: hijo de la Abundancia y la Penuria) y su quantum de energía? Y al fin, ¿no corresponde el dinero gratis —*se da* dinero— a este mismo horizonte, a esta experiencia? ¿Ofrecen entonces el proceso de la vida o la economía del placer paradigmas alternativos al de la acumulación infinita? (Pero sospechamos algo anticuado, precapitalista, y no sé si reaccionario en este camino: ¿No nos lleva de cabeza al ecosocialismo?)

Y entonces, ¿cómo acceder —por qué vía, no sólo teórica sino política— a semejante presupuesto? ¿Cómo lanzarse a por el corazón del imperio? ¿Cómo *darse* dinero? Y, sobre todo, ¿Cómo cuidar de ese don para que se reproduzca?

Capítulo 38

Dinero gratis

La realidad es construida mediante la moneda, porque la monetarización generalizada ha subsumido todos los ámbitos de la vida. Nuestra experimentación del mundo, nuestra forma de establecer relaciones sociales... todo es mediado crecientemente por el dinero. El orden monetario se afianza así gracias a la violencia de la propia moneda. Antes se recuperaban mediante la inflación los aumentos salariales que los trabajadores arrancaban. Ahora la economía-casino parece producir y reproducir sola las ganancias del capital. Pero, a pesar de que el trabajo no ocupe una posición central, todo sigue pasando por el intercambio mercantil, por la relación monetaria como comprueban día a día los excluidos, los precarios que somos ya todos. A la violencia de la moneda, que significa exclusión y obligación al trabajo, sólo se le puede oponer otra violencia. Una violencia capaz de desarticularla en tanto que código. El dinero funciona como código, es decir, como un juego de diferencias: tener dinero/no tener dinero. El código es lo que organiza la realidad dándole su coherencia interna, permitiendo que funcione. La violencia que hace saltar este código únicamente puede ser: *dinero gratis*.

El dinero gratis no puede ser reconducido por la diferencia que instituye el código y por eso lo hace saltar. Dinero gratis es un grito que nada puede acallar. Pero no hay que confundirlo con una reivindicación. Cuando el dinero lo ha llenado todo porque poco a poco ha alcanzado los más recónditos territorios, no tiene sentido buscar un afuera libre no contaminado. Precisamente su propia omnipotencia es lo que debe girarse en su contra. La paradoja que lo arrincona no es pedir dinero gratis sino *darnos dinero*. Nos damos dinero gratis cada vez que utilizamos el dinero con una lógica que no es la del capital, cuando expropiamos las mercancías que deseamos, cuando conseguimos la gratuidad de los transportes... Nos damos dinero a nosotros mismos cuando *imponemos* el dinero gratis. Esta es la diferencia clave respecto a la renta incondicional, que siempre nos será dada, que deberá ne-

gociarse, que deberá fijarse en su cuantía por especialistas. El dinero gratis no se argumenta aunque, evidentemente, nosotros sabemos de sobras que llevamos siglos trabajando, poniendo nuestra fuerza e inteligencia al servicio de este modo de producción, y que ya sería posible conceder alguna forma de renta ligada al mero hecho de existir. El dinero gratis no juega con este posibilismo. No se trata de pedir lo imposible para conseguir lo posible. El dinero gratis se inscribe dentro de una estrategia de objetivos como uno de sus puntos esenciales. Por un lado, es una paradoja que erosiona el sentido común sobre el cual se asienta la economía y, en general, el sistema todo. Por otro lado, es una práctica que puede ser impulsada y generalizada. El dinero gratis debe convertirse en un grito de guerra.

Parte VII

Bajo la nieve... los adoquines

Capítulo 39

del tiempo en el túnel del tiempo en el túnel del tiempo en el túnel

¿Qué meditaría San Agustín si viajando por el túnel del tiempo se encontrara súbitamente dentro del vagón de nuestro tiempo del tiempo en el túnel, encofrado entre falsos perfumes orientales y demasiado reales sudores occidentales, más otros empujones de procedencia indefinida? Para él, que decía que el tiempo sólo existe cuando se piensa, ¿hay espacio suficiente para pensar el tiempo en el túnel?

La intuición humana sobre el paso del tiempo viene dada por el movimiento aparente de los astros y el paso de las estaciones: la vida en el poblado durante la estación de lluvias y la instalación de los campamentos en la estación seca; la vida abierta de campos llenos de gente y gritos en verano y la reclusión cerca del fuego en invierno. Pero en nuestros apresurados irs y venires por el subsuelo, nada externo a nosotros nos hace pensar que el tiempo exista. Si acaso, existe sólo en nuestra propia y calladamente sufrida indeterminación. Esas miradas perdidas en la nada que inundan los vagones del metro son los únicos astros del tiempo en el túnel.

Dentro del túnel no hay paisaje ni horizonte. Las miradas se rehuyen. Todo cuelga en un letargo a la espera de otra estación y después otra más y otra. Las estaciones se suceden inmutablemente sin lluvias ni tormentas de arena. NO PASA NADA. A decir verdad, nada se sabe de ese tiempo vacío de acontecimientos: no hay duración sin acontecimientos. Pero cuando por fin se oye la señal acústica y las puertas se cierran. . . entonces somos presas del tiempo en el túnel del tiempo. Lo cotidiano suena con sordina, el tiempo en el túnel estalla, se agria, se corta, se vuelve ácrono.

Sin duda lo más extraño acerca del tiempo siempre fue que tuviéramos

Capítulo 40

Viaje en metro

¿Pero es que no llega un momento en que mandarías todo a tomar por saco?: ¡Socooooorro, dejadme en paz de una vez! Se les cae la paz de la boca a la mínima que divisan una cámara o un micrófono, pero a mí por qué no me dejarán tranquilo. ¡Que no, que no he dicho tranquilizantes, que no quiero tranquilizantes, que se tranquilice tu padre, cabrón! Cabrón de mierda, ¡pero qué me dices que me esté tranquilo, será cabrón! Paf. Toma, toma, paf. Paf. Tranquilo tu padre, nenemierda, y ahora corriendo al trabajo, venga, ganao, que no eres más que ganao. Pero hay que poner buena cara en el metro aunque el mismo no se preste demasiado. Hostia, qué triste está el metro, parece un tren de ganado, pero yo tengo que vender mi mejor sonrisa. Joder pero por qué yo no me encontraré nunca a unos terroristas en el metro hostia “¡hey hey que me quiero unir a vosotros!” les diría. Estoy solo, no hay una tía buena para alegrarme la vista, no digamos ya la existencia. Mi cabeza está llena de objetos y de cifras inservibles. O no, o era al revés, que lo que son son solamente útiles y por eso no valen una mierda. Valor igual a cero. Mierda en un saco repleto y doliéndote las narices a rabiar. Si al menos tuviera una raya; pero entonces tendría que ser ya medio gramo, no no, un gramo, u... u... un gramazo, eso es. Pero ahora voy directo al curro y el colega seguro que está durmiendo como un vividor. Moriré de sueño, moriremos de sueño por cuatro chavos que no llegan ni para ponerse a gusto lo caro que está todo me cago en la hostia. Pero de horas extras ni hablar que me pierdo la serie de la tele. Hostia la Pati, tendría que ir a verla un día, llevo años sin verla. Diría que llevo años en este puto vagón, y sin dormir. Si al menos me dejara el sueño en algo que valiera una mierda, algo, unos terroristas, sí, mejor islámicos, de esos que se lo cargan todo, el capitalismo, mi jefe, el otro jefe, y el otro, ah, y el jefazo, y el otro, y luego ya, el super super. Hostia ahora sube alguien. Hostia hostia es una tía, igual está buena, bueno, cuando se siente aprovecharé como quien

no quiere para mirarla y mandarle un saludo en código cifrado, le diré, ah sí, le diré si quiere hacerse terrorista conmigo, y luego iremos a hacer pruebas de tiro y, y, cuidado no me apuntes, no, a mí no. “¡Hostia!” —grito entonces en el metro, y todos me miran. Pero es que la calidad repugnante de su fealdad me ha puesto al borde del abismo. Qué susto, casi se me pasa el sueño, hostia. Ahora se me pone dura, aquí, y después de ver un, no, una monstruo; joder igual me estoy volviendo un poco rarillo con toda esta mierda, pero este rabo está ya a punto. ¿Y si le digo algo a la monstrua y vamos al lavabo? Pero seguro que de camino allí, sólo del miedo ya se me pasaría la calentura y esta hinchazón que ahora se aprieta entre mi pierna y mi pantalón.

Capítulo 41

¿Dónde estamos?

Si tuviéramos que caracterizar con pocas palabras la época en la que nos ha tocado vivir, habría que calificarla, sin lugar a dudas, como aquella en la que el miedo, el cinismo y el oportunismo han triunfado. Decir por ello que nos adentramos en una era de individualismo, como han hecho algunos autores, es totalmente insuficiente. Narciso no aparece incólume sino que tiene frente a sí a un estanque agitado por las olas del neoliberalismo y, él mismo, más allá de la centralidad de su Yo, debe reconocerse atravesado por la lamentable condición de precario. Si hay una “identidad” que cubre hoy “lo social” ésa es la que confiere la precariedad laboral. No se ha llegado a esta situación por casualidad. Más exactamente *se llega al Yo viniendo del Nosotros*. Pero esta afirmación es demasiado simple porque borra, ya de antemano, el posible surgimiento de todo Nosotros, con lo que inmediatamente aplasta “lo social” en la figura única del individuo. Y, con todo, es verdadera. El Nosotros que había protagonizado el gran ciclo de luchas autónomas de los años 70, el Nosotros que gracias a su autonomía de clase había impuesto una crisis política de dominación al capital, será desarticulado finalmente mediante una compleja ingeniería social que pasará por la descentralización productiva, por la flexibilización del mercado, por las innovaciones tecnológicas... Y, de esta manera, con el fin de la sociedad fábrica se pondrá también fin a la antigua y peligrosa socialidad obrera. Sobre estas cenizas se alzarán el Yo. El Yo oportunista, miedoso y cínico, como no podía ser de otro modo, aunque sólo sea por el hecho de que es un *superviviente*.

La famosa cuestión del *sujeto* debe contemplarse en el horizonte del paso del Estado Plan al Estado Crisis, de la transición de la sociedad fábrica a la metrópoli, en el interior de esta narración que habla de derrota. ¿Y si la

confrontación jamás tuvo realmente lugar, pero la gente se comportó como si hubiera sucedido? Por un lado, existió verdaderamente una fenomenología del ciclo de luchas autónomas de una riqueza increíble; por otro lado, no hay duda de que la identidad-trabajo ha sido socavada. Desde la perspectiva de una fidelidad consecuente con este acontecimiento —¿qué importa el cómo se efectuó?— la *crisis del sujeto* nunca podrá reducirse a un problema académico. Es más, la intuición que vive detrás de la constatación de dicha crisis y que el paso del tiempo ha ido reforzando, es que la crisis del sujeto, en verdad, nos aboca a *confrontarnos con la realidad en ella misma*.

La *crisis del sujeto* radicalmente asumida nos deja, pues, ante la necesidad de *pensar la realidad en ella misma*. Y sólo en la medida que seamos capaces de hacerlo, podrá emerger quizá el nuevo estatuto de “lo social” con su posible capacidad de crítica. Todo parece apuntar a la exigencia de dar un paso atrás aunque este programa pueda parecer erróneamente un refugiarse en la teoría: primero, el análisis de la realidad. Después, el análisis de “lo social”.

La realidad de lo real

Hoy es ya casi un tópico hablar de la festivalización de la política, de la sociedad del espectáculo... Pero sería un error permanecer en el interior de esta aproximación a lo real. Afirmar el carácter espectacular de la realidad es, por encima de todo, constatar la existencia de *una distancia “D”*. Distancia que se materializa en la separación que existe entre el trabajador y el objeto de su trabajo, entre el poder (autonomizado) y el individuo... La distancia dice la exclusión del hombre respecto de sí mismo al quedar reificado en el rol, la expropiación de su propia piel. Pero el estatuto de la noción de espectáculo —*más* que pura ideología y *menos* que simulacro— articula en ella misma la propuesta de su propia superación. Por eso todo el esfuerzo de los situacionistas consistirá en abolir la distancia “D”. Esto es lo que en apariencia persigue la práctica del “détournement” (tergiversación) por ellos desarrollada —entendida como movilización de lo vivido—.

Los autores postmodernos, especialmente Baudrillard, lo único que dicen es que la “D” ya ha sido abolida, que el espectador está dentro del espectáculo, y que con la evanescencia de lo real hemos dejado atrás cualquier forma de dualismo. El espectáculo es hoy ciertamente insuficiente como aproximación a la realidad y, en este sentido, Debord se queda corto. Vivimos en una época en la que la realidad, en ocasiones y en algunos ámbitos, se muestra en su completa visibilidad. Los autores postmodernos aciertan cuando hablan de pérdida de lo real y saben desplegar las paradojas a ella asociada. Pero se equivocan cuando cometen el error de creer que la “D” ha

sido borrada completamente adentrándonos en un mundo (absolutamente) sin referentes. No es cierto. La distancia “D” ha estallado. Las transformaciones que ha experimentado la metrópoli han hecho estallar la “D”. La “D” es nula y a la vez infinita. Tiene todos los valores entre el cero y el infinito. Dicho con otras palabras: en el modelo dualista que expresaba la gradación cuantitativa (más espectáculo/menos vida, y a la inversa) las variaciones de la “D” podían simbolizarse mediante una elipse que cambiaba según diferentes excentricidades. Ahora, con el estallido de la “D”, deberíamos recurrir a una parábola porque las variaciones de la distancia entre su vértice y cualquier punto de la misma cubrirían todos los valores que puede tener la “D”. Así, mediante la parábola, estaríamos diciendo que lo real no es unívoco sino que se dice de muchas maneras. La *homonimia de lo real* significa entonces que lo real es: ocultándose, transparentándose, abstrayéndose, simulándose... y que cada una de estas imágenes de lo real es, en cada momento, lo real mismo.

De lo que hemos dicho acerca de lo real se pueden concluir 3 leyes máximamente generales que vendrían a regir su funcionamiento. La *primera ley* establece que no existe intuición global alguna de lo real, porque no se puede aislar ningún proceso central. Afirmer la subsunción en el capital, el dominio planetario de la técnica, o la hiperrealidad... como ejes rectores descansa en una decisión arbitraria que persigue levantar un horizonte de sentido. La homonimia que hemos descrito tampoco es un proceso material de lo real sino que es lo real mismo. La *segunda ley* sostiene que nada se pierde. Las imágenes de lo real que se originan pueden pasar a un segundo plano frente a las nuevas pero jamás desaparecen completamente. Un buen paralelismo para entender lo que decimos sería recordar la historia de la moneda. Aunque el proceso de abstracción tienda a borrar el dinero-moneda al ser sustituido progresivamente por dinero-electrónico en ningún momento desaparece e incluso retorna el intercambio mercantil simple. Y si las imágenes de lo real no se pierden, las prácticas críticas a ellas asociadas tampoco. Por ejemplo: aunque hoy la realidad se autotransparente en gran medida —el mismo Estado que defiende la ética del trabajo patrocina una lotería cuyo premio se anuncia así: ¡Por fin podrá romper su despertador!— la denuncia como práctica crítica sigue siendo válida y, en ciertos ámbitos, aún no ha sido superada. La *tercera ley* afirma que más allá de la resistencia de lo real existe la gelificación de lo real mismo. La gelificación está asociada a la intervención sobre el mundo y expresaría el vaivén entre el estallido de la homonimia y la hegemonía de una imagen de lo real (que finalmente llega a confundirse con lo real propiamente), y, a la vez, la experiencia del mundo que hace el querer vivir.

El resultado de estas leyes nos deja instalados en una paradoja. Por un lado, lo real es necesariamente algo *construido* y no hace falta recordar

que las nuevas tecnologías son los procedimientos que permiten obtener esta realidad “a la carta”. Por otro lado, en la medida que construimos lo real, lo real *nos huye*. El efecto de esta circularidad paradójica es la desarticulación del sujeto. Podríamos decir que esta desarticulación ha sido tematizada de numerosas maneras (como escisión, como muerte del hombre...). Lo que aquí, sin embargo, nos interesa destacar es que con esa desarticulación del sujeto se pone fin a toda categoría identificadora. De otra manera: con la homonimia —y la correspondiente gelificación— de lo real la aprehensión de “lo social” se hace totalmente problemática.

Una pequeña genealogía de “lo social”

La dificultad de aprehender “lo social” por el hecho de que habitamos una realidad estallada, está en el origen de dos concepciones extremas erróneas. La primera aproximación sostiene que “lo social” se *reduce* hoy al problema de la exclusión. Este enfoque, que intenta salvar una identidad colectiva — los desafiados de la sociedad, los marginados... —, presupone una unidad inexistente pero, sobre todo, olvida múltiples expresiones de “lo social” que no se dejan encerrar en la dicotomía inclusión/exclusión. La segunda aproximación, por su parte, defiende *el fin* de lo social. Baudrillard sigue esta orientación, aunque no es el único. Sea como fuere, pueden hacerse dos objeciones a este tipo de planteamientos: 1) Los nuevos sustitutos más allá del “fin de lo social” no dan cuenta de la diversidad de comportamientos que escapan a la dicotomía activo/pasivo. 2) La tesis del “fin de lo social” es el resultado de privilegiar arbitrariamente una lógica de lo real (la evanescencia) sobre las demás.

Se impone, para salir de este impas, ensayar una breve genealogía de “lo social” en la que éste se nos muestre. La crisis del fordismo de la que hemos partido significa, dicho en lenguaje oficial, que “las reglas del juego social se han hecho demasiado rígidas” y es necesario, por tanto, destruir la fuerza política estructural que los trabajadores tienen en este modelo. Hoy podemos afirmar que se dibujan dos salidas distintas —si bien complementarias— que podríamos llamar: 1) El neofordismo: es el paso de la rigidez a la flexibilización de las relaciones mercantiles (Inglaterra, USA...). 2) El postfordismo: es el paso de la rigidez a la autonomía responsable (Alemania, Suiza...).

En el neofordismo la cárcel ocupa un lugar central ya que se avanza hacia un Estado penal y policial y sólo mediante una verdadera “guerra a los pobres” puede hacerse frente a los efectos de la flexibilización y desestructuración social. En USA existían 1345 prisiones privadas en 1985, en 1995 eran ya 49.154. En el postfordismo, en cambio, es la empresa y su cultura

de la participación (autoimplicación, equipos de trabajo, autonomía responsable...) la que pasa a un primer plano. El tipo de producción requiere que el capital expropie no sólo el cuerpo sino también la subjetividad del trabajador, es decir, su creatividad. Pues bien, lo que sucede en el postfordismo es que estas nuevas formas (blandas) de control social se extienden poco a poco a toda la sociedad: la empresa, y no la cárcel, se convierte así en la matriz social de ellas. De esta manera, el postfordismo, como sociedad de control, no se basa ya tanto en las tradicionales instituciones de secuestro (cárcel, escuela...) hoy en crisis, cuanto en una forma de poder que podríamos llamar *política de la relación*. Con este término se quiere indicar que el objetivo del poder no es tanto el secuestro del cuerpo o del tiempo de vida como el hecho de constituirnos en sujetos. Sujetos *sujetados*, *centros de relaciones* (de explotación, de sentido y de poder). Y esto sucede cada vez que el poder nos interpela en la empresa, en la calle, en nuestra casa, con sus llamadas/órdenes: “Sé autónomo”, “Sé responsable”, “Sé solidario”... Con la efectuación de esta política de la relación que adopta la forma de *movilización total* por lo obvio —obvio porque sus objetivos son indiscutibles para el sentido común— y que se halla más allá del problema de la legitimación, el dominio del poder se desplaza cada vez más hacia el interior de nosotros mismos, de fuera hacia dentro. Estamos lejos del hombre normalizado del que hablaba Foucault y que las instituciones constituían. La movilización total (que se combina además con un gobierno de la emergencia) nos constituye como sujetos autónomos y responsables, como sujetos que se adhieren libremente a un repertorio de creencias, a unos estilos de vida, y que creen/creemos disponer de nuestra vida en tanto que proyecto.

“Lo social” surge en el mismo momento en que la movilización total se bloquea. Y la visibilización de “lo social” en lo real estallado vendrá vehiculada obligatoriamente por las propias lógicas de funcionamiento de lo real. El proceso de gelificación con su capacidad disolvente significará, ahora, que “lo social” se visibiliza invisibilizándose, que “lo social” no son más que *espacios del anonimato*, agujeros en el espacio del miedo que la crisis del fordismo ha abierto.

Lo social como *espacios del anonimato*

La dificultad fundamental que se presenta cuando se quiere pensar “lo social” como *espacio* (del anonimato) —y el resultado al que hemos llegado es que esa es hoy la única manera de poderlo aprehender— reside en el hecho de que el espacio en sí mismo ha ocupado siempre una posición secundaria respecto al tiempo.

En la actualidad se puede decir que estamos asistiendo a la venganza del espacio sobre el tiempo. Son numerosos los estudios en los que el espacio aparece reivindicado, y es ya casi un lugar común defender que la conflictividad se organiza cada vez más ya no en torno al tiempo sino al espacio (inmigraciones, movimiento okupa etc.). Dentro de este giro se entiende mucho mejor la tesis que venimos defendiendo: la denuncia de la espacialización del tiempo no ha hecho más que ocultar el *espaciamiento del espacio*. La génesis de “lo social” tiene lugar precisamente cuando “lo social” se libera de la forma sujeto y se hace espacio (del anonimato), cuando el tiempo puesto entre paréntesis bloquea la movilización total.

La visibilización de “lo social”

Tres serán los espacios del anonimato, es decir, las formas de visibilización de “lo social” atendiendo justamente a los modos de huir de la forma sujeto. 1) La visibilización *sin identificación* que es un presencializarse *exponiéndose*. 2) La visibilización por *contraidentificación* que es un presencializarse *oponiéndose*. 3) La visibilización por *desidentificación* que es un presencializarse *ocultándose*.

1. La presencialización exponiéndose describe al hombre anónimo, que somos todos, cuando en la cotidianidad de la metrópoli éste pone el “yo vivo” en el centro como organizador de sus identidades contingentes. El “Yo vivo” significa la defensa de *su* paz. En otras palabras, la defensa de una vida vivida como vida privada en la que lo único que cuenta es poder consumir y que “me dejen tranquilo”. En esta primera visibilización el querer vivir del hombre anónimo se autoescinde al infinito, originando una dinámica de serialización en la que el otro es un extraño, y en la que la desarticulación del tiempo impide que exista un lugar de intercambio para las experiencias. La televisión con sus programas de “reality show” constituye el único ámbito de intercambio de lo vivido individual y colectivo. Esta atenuación del tiempo por desarticulación implica que este espacio del anonimato no pueda ser más que un espaciamiento *disgregado* en el que el espacio ha dejado de ser un lugar del mundo para ser la vida de cada individuo.
2. La presencialización oponiéndose corresponde a los movimientos sociales en los que el hombre anónimo defiende *lo suyo*, lo público y común. El mejor ejemplo serían las huelgas francesas de diciembre de 1995, protagonizadas por trabajadores del sector público pero que contaron

con el apoyo de la mayoría de la población. Estas huelgas, que fueron tachadas de arcaicas por los responsables políticos incapaces de entender nada, al grito de “Todos juntos” supusieron un ataque contra la precarización y una verdadera sacudida en las formas cotidianas de vida. Ante las dificultades de transporte la gente empezó a ayudarse mutuamente. Se rompieron así las barreras establecidas por el miedo, y se recuperó la fuerza y creatividad del anonimato. En este caso, el querer vivir escindido se automediatiza porque surge el “entre” como lugar de intercambio de las experiencias, y el otro como amigo. El tiempo, a su vez, se atenúa en la medida que se alarga y la vida que pasa a ser vivida como apertura. Lo social así visibilizado se configura como un espaciamiento *reticular*.

3. La presencialización ocultándose describe lo que ha venido a llamarse movimientos de masas no identificados. Se trata de manifestaciones contra acontecimientos concretos (asesinatos de niños, abusos sexuales, tráfico de drogas etc.) y su característica esencial es la masificación y la imprevisibilidad. Ante estas reacciones populares el poder no puede ir sino a la zaga, lo que revela la auténtica distancia existente entre las instituciones oficiales y la población. Es por ello que no resulta tan descabellado acercar la marcha blanca de Bruselas (1996) y las explosiones sociales de las periferias, por ejemplo, Los Angeles (1992). Aunque aparentemente hechos inconexos, en el fondo es siempre el mismo hombre anónimo defendiendo *la vida*. No hay que olvidar que la mayoría de las rebeliones urbanas en USA, Inglaterra... tienen como origen la represión policial con su carga de muerte. Ahora la dinámica de serialización que la escisión del querer vivir conlleva no se automediatiza sino que se recoge en el límite: la vida pasa a ser vivida como vida única y el acontecimiento desencadenante como el lugar de intercambio de las experiencias. Con esta compresión del tiempo el espaciamiento se configura como *coagulado*.

Lo social y la política: ¿Qué hacer?

En lo real estallado y gelificado, “lo social” se visibiliza en su invisibilización como espaciamientos del espacio. Espaciamiento disgregado, reticular y coagulado son las tres formas de desconstrucción de la forma sujeto después de que el tiempo haya sido puesto entre paréntesis para que emerjan las modalidades del espacio. Las consecuencias de esta forma de presencialización de “lo social” sobre “lo social” mismo son claras: “lo social” se muestra como

impenetrable y sus distintas modalizaciones son *incommensurables* entre ellas.

La política que trata de reconducir “lo social” se ve confrontada ante el hecho de que éste se esconde. Por esa razón, la política de Estado debe tener ante todo una función cognitiva. Debe hacer transparente lo que es opaco, debe en última instancia “reducir complejidad”. Pero el precio que con ello paga es que “lo social” se le escapa para siempre. Como Otro al servicio de la estabilidad o como perturbación externa a combatir, “lo social”, al no dejarse expropiar su materialidad permanece, en definitiva, como la amenaza constante.

La política que se quiere revolucionaria, por su parte, no se conforma con aprehender “lo social” estallado —en una realidad que es, a su vez, homonimia— y todo su esfuerzo reside en superar la incommensurabilidad de los espaciamientos. Para ello habrá que reactivar el tiempo contra el espacio y su efecto separador, y eso se hará mediante una ontología del tiempo constitutivo. De esta manera se impone una concepción de “lo social” que si bien es multiplicidad de singularidades, en última instancia, está unificada teleológicamente en/por el tiempo, que es la verdadera substancia colectiva. Pero, por desgracia, no basta con apelar al tiempo para terminar con las incommensurabilidades que atraviesan “lo social” y le constituyen como espaciamiento(s).

El espaciamiento, el espacio del anonimato, aparece con la atenuación del tiempo en la medida que el cuerpo, que no es más que la expresión del querer vivir, tiende a ponerse como denominador común. Y, sólo después, el espacio del anonimato reconfigura el tiempo como dimensión propia y no exterior, en tanto que *ritmo*. El ritmo es un gesto que se repite y que, por ello, introduciendo coherencia dentro del espaciamiento lo convierte en *un mundo*. La política deja entonces de ser una cuestión de correlación de fuerzas para convertirse en una relación entre mundos. La política de Estado persigue por encima de todo evitar la formación de estos mundos, y lo hace imponiéndoles la forma de opinión pública. Y, si no puede, intenta simplemente destruirlos. Mediante los Mass Media realiza la operación policial de reconstruir viejas figuras sociales con las que negociar, mediante el tráfico de droga aisla y aniquila, mediante el Estado de emergencia reprime y criminaliza. . .

Si admitimos el análisis de lo real y sus consecuencias sobre “lo social” que hemos venido desarrollando, el pensamiento crítico que arranca de estos resultados ya no puede hacer de la unificación de los espaciamientos su objetivo fundamental. No es válido pensar en términos de recomposición de un sujeto político colectivo. Todo intento en esta línea es seguir reproduciendo viejos esquemas, proyectando sobre “lo social” horizontes externos de sentido. Y, sin embargo, esta aprehensión de “lo social” no cierra puerta alguna. O mejor dicho, si dejamos de autoengañarnos nos abre, por el contrario, una

vía de experimentación en la que todo está por hacer. Se trata de inventar gestos que en su repetirse abran nuevos mundos en los que habitar. Se trata de impulsar nuevos mundos que en su extenderse interfieran la movilización total. La *politización de la existencia* frente a la función cognitiva de la política, y como acceso a la verdad que constituye “lo social”: la fuerza del anonimato. Pero, con todo, en ningún momento debemos olvidar que la aprehensión política de “lo social” jamás será posible.

Capítulo 42

Victoria Camps reescribe el Neuromante

Cada mañana me despierta puntual el reloj. En la oscuridad percibo sus dígitos indicando la hora y el coste del sueño de la noche. Me levanto para dirigirme al baño y realizar la rutina de todos los despertares. Ante el espejo me miro, considerando si no empiezo a quedarme desfasado ante la moda que se impuso hace tres semanas: cierre craneal translúcido. Todo el mundo en mi trabajo va siempre impecablemente a la última moda en lo que se refiere a los cierres craneales. No hacerlo así podría significar una severa amonestación por parte del jefe, tolerante con muchas cosas, pero jamás con la falta de entusiasmo y adhesión que representa un descuido semejante en la continua puesta a punto de su equipo de trabajadores. Hace un mes todos llevábamos cierres craneales cromados, relucientes. Ahora todos son de plástico translúcido, de diferentes colores, imitando los huesos extirpados del cráneo, dejando entrever el cerebro y los implantes. Los que pueden, presumen así de que sus implantes son los más caros del mercado, el último hardware, el más potente, el que permite ejecutar el software más sofisticado, aquél que se conecta mejor con las sinapsis de las neuronas y optimiza tus recursos mentales. En la cocina me encuentro ya con el desayuno preparado y servido. El programa que gobierna los electrodomésticos está coordinado con el reloj despertador. Menú cuidadosamente elegido, equilibrio nutricional perfecto, ni una caloría de más. Una ligera obesidad es motivo automático de despido según marca el convenio firmado por los sindicatos. Me apresuro comiendo, no quiero llegar tarde a la reunión. Tres días por semana nos reunimos todos los del equipo para poner en común nuestras ideas. El tele-

trabajo se reserva para las vacaciones y los días festivos. En una empresa de tanto prestigio como la mía, es imprescindible la presencia personal, única manera de comprobar que todo marcha bien, que el equipo es inmejorable, que nuestra entrega a los objetivos de la empresa es total e incondicional. En el coche, camino de la oficina, mientras el piloto automático conduce a través de las autopistas, conecto la terminal del ordenador. Debería repasar el orden del día de la inminente reunión, pero no puedo evitar el deseo de repasar el estado de mis finanzas. Esta noche he soñado con la actriz del momento, una rubia impresionante que ha conseguido estar en cartelera durante una semana seguida. Mis implantes cerebrales han detectado automáticamente el uso de la imagen de la actriz en el sueño, imagen cuyos derechos pertenecen a una prestigiosa productora cinematográfica. La señal inalámbrica emitida por el implante telefónico ha llegado a la central de la sociedad de autores, junto con mi número de identidad. La sociedad de autores, en nombre de la productora, ha descontado de mi cuenta corriente el dinero correspondiente al tiempo soñado con la actriz. Mi afición por las actrices famosas podría terminar arruinándome. Se dice que las productoras ganan más dinero en concepto de derechos de imagen onírica que no por cualquier otra categoría. Es imposible que desconecte mis implantes, la empresa me despediría y quedaría automáticamente relegado a un mundo gris y precario, sin trabajo estable. Sólomente los cableados podemos pertenecer a la élite de los nuevos trabajadores. También podría comprar software para inhibir los sueños con imágenes bajo propiedad intelectual, pero esto me limitaría a soñar con gente vulgar en ambientes anónimos. Repasando las facturas de esta noche veo que no sólo me ha cobrado la productora, también el hotel Arts me ha descontado dinero. Claro, hace varias semanas tuve una comida de trabajo en el restaurante del hotel. En el sueño llevaba a cenar a la actriz al mismo restaurante, por lo que el hotel me ha cobrado en concepto de uso virtual de sus instalaciones. Tendría que explicarle todo esto al psicólogo de la empresa y comenzar un tratamiento, pero seguro que me cuesta una represalia en cuanto el psicólogo pase el informe a mis jefes: si sueño tanto con personajes y ambientes propietarios, la culpa es mía: una lamentable falta de imaginación por mi parte, una incompetencia laboral, ésto de no ser capaz de elaborar ambientes oníricos libres de patentes.

Soy el primero en llegar a la sala de reuniones. En el vestíbulo he saludado a la secretaria que está hoy de turno. Fue muy aburrida la noche que pasé con ella, pero me hizo ganar varios puntos en la consideración de los

compañeros. Todos los del equipo tenemos la obligación de montarnos algún que otro lío entre nosotros de vez en cuando, nada serio, una relación breve, que puede ir desde una sola noche hasta varias semanas. No hay ninguna regla escrita que diga que tiene que ser así, pero aquí las reglas importantes no están escritas, se sobreentienden de puro obvias. Tener breves romances entre nosotros ayuda a construir un buen espíritu de grupo. Esto es lo que hay. Fernández no lo entendió así y fue fulminantemente despedido. Cierto es que nadie se lo había dicho, pero es que ¿acaso hacía falta? Lo cierto es que, cuando confesó ante el psicólogo, a las dos semanas de haber sido contratado, que aún era virgen, se convocó una reunión de urgencia del equipo y votamos por unanimidad su inmediato despido. Aún no me explico cómo había logrado superar las pruebas de acceso con semejante incompetencia. La virginidad era la prueba palmaria de su total inadecuación para el trabajo. ¿Cómo podía hacer ganar dinero a esta empresa si no era capaz de venderse a sí mismo? Ya ha llegado todo el mundo a la sala de reuniones. El coordinador general la preside bajo el logotipo de nuestra empresa: Iniciativa para el Progreso. Orden del día: se aproximan las elecciones en el distrito IX y debemos hacer todo lo posible para arrebatar a la competencia la contrata electoral de gestión de los próximos 6 meses. Informe preliminar de la situación. Lluvia de ideas. Más bien, diluvio. El que se quede callado demuestra que ya no sirve para nada aquí. Y tengo mi gran éxito desde que salí con la secretaria: se acepta mi propuesta de cartel electoral. Consistirá en una vista aérea y nocturna de la ciudad antes y después de nuestra gestión. Antes: la iluminación nocturna del distrito IX está por debajo de la media de la ciudad. Después, el distrito refulge, brilla de manera enloquecedora en la noche. Grandes centros comerciales al aire libre con potentes focos y publicidad de hologramas gigantes. Esta será nuestra oferta para el distrito. Cuando consigamos aumentar la cantidad de clientes que el barrio atrae aumentará el ingreso por peaje en sus calles. Entonces podremos contratar a las más caras empresas de seguridad para que vigilen toda la zona, y con más y mejor seguridad podrán aumentar los precios de las viviendas y atraer un vecindario de mayor cualificación. El distrito saldrá beneficiado. Esta será nuestra oferta a los electores. Y el lema del cartel: “Ayúdanos a construirlo, tú puedes”.

Esta noche me toca guardia en las oficinas centrales de la empresa. No cerramos nunca, nuestro servicio al cliente es permanente. En la agenda de tareas para esta noche, las dos actividades cotidianas: vigilancia y formación.

Observación de todo lo que sucede, optimización continua de los recursos y conocimientos. En la consola se despliega un menú con las diversas lecturas para esta noche. Tras cada lectura, el correspondiente cuestionario para demostrar que se ha leído y asimilado el informe. Imposible leer en un solo turno todo lo que se propone cada vez. Se espera de nosotros que hagamos una selección de lo que nos parezca más adecuado. Ninguna indicación de prioridades a la hora de seleccionar las diversas lecturas posibles dentro del menú. Pero no da igual lo que se escoja, el ordenador anota y reporta cuáles han sido los dossiers estudiados. A veces se hace muy difícil adivinar cuál es la buena elección. Interrumpo la lectura para el boletín de noticias: se ha producido un atentado terrorista. Una detonación de silencio, una explosión de oscuridad. Todo un distrito de la ciudad, que debería brillar como una nebulosa incandescente en la noche, ha quedado a oscuras. No se trata de un simple apagón. Es un fallo general de todos los sistemas. Las calles, abarrotadas con los turistas del turno de noche, quedan inservibles. Al no funcionar los peajes automáticos, los visitantes pueden pasear por las calles sin que quede constancia del servicio que han consumido. Los residentes, durmiendo en sus apartamentos, podrán soñar toda suerte de perversiones sin que la Agencia de Protección de la Propiedad Intelectual llegue a conocer nunca lo que pasó por sus mentes. Los economistas ya realizan cálculos y elaboran informes de prensa con las cuantiosas pérdidas que habrá esta noche. Al cabo de diez minutos se restablecen todos los sistemas. ¡Diez minutos! La bolsa registra automáticamente la cotización a la baja de las principales empresas con inversiones en el sector. Los teléfonos echan humo, las cabezas ruedan. Tratando de minimizar pérdidas, aparecen por televisión los directivos de la empresa de seguridad que gestiona el distrito afectado. Leen el comunicado donde los terroristas reivindican la acción. Se trata de la organización ¡Policía Ya!, un trasnochado grupúsculo de iluminados que reivindican la presencia policial en las calles de las ciudades. Se quejan de que la tranquilidad sale muy cara a la mayoría de los ciudadanos, incapaces de suscribir los cuantiosos contratos que negocian las asociaciones de vecinos con las empresas de seguridad. Actúo con rapidez y me pongo en contacto inmediatamente con nuestro topo en la empresa atacada. El pobre hombre habla atropelladamente. Me explica que la situación es más grave de lo que parece. No se trata del grupo ¡Policía Ya!, viejos conocidos de todos nosotros. No. La cosa es mucho más grave: ¡nadie ha asumido el atentado! Conscientes de lo peligrosos que son los atentados anónimos, de lo desorientador que resulta para los consumidores, y del mal ejemplo que resultaría, se han apresurado a improvisar una reivindicación. En las redacciones de los periódicos, los columnistas piden la movilización ciudadana contra el grupo ¡Policía Ya!. En las calles, usuarios y clientes protestan a voces. Comunicados de repulsa.

Los líderes encarcelados de ¡Policía Ya! son apaleados en sus celdas por los presos comunes. Para mañana se ha convocado una manifestación y una misa por las víctimas del terrorismo. Los medios de comunicación no informan del lugar ni de la hora de la manifestación, se quiere que sea espontánea. La misa se realizará según el rito multicultural. El mejor comunicado de repulsa ha sido elaborado por la ONG “Civismo en Acción”, una de nuestras filiales. Civismo en Acción capta voluntarios para vigilar los pasillos y vagones del metro. Estudiantes, parados, amas de casa y jubilados forman el grueso de sus filas. Todos ellos gente muy concienciada por los derechos cívicos y la calidad de vida en nuestra ciudad. Su labor es impagable. Informan a los viajeros despistados; imponen silencio a los grupos más ruidosos; reprenden a los fumadores; consiguen asientos para los ancianos y los enfermos; acechan a los mendigos que intentan pedir en los vagones o dormir en algún banco en las estaciones. Y, por supuesto, vigilan que nadie se cuele. Son muy efectivos, pues cada voluntario no limita su acción a los turnos que tiene asignados, sino que aprovecha cualquier desplazamiento que realiza por motivos particulares (trabajo, estudio, ocio) para estar atento a servir al ciudadano. El grupo recibe el 0.7 % del importe de la recaudación (multas incluidas). Con este dinero impulsan diversos proyectos en el campo de la ecología y la protección del medio ambiente. Uno de ellos es especialmente simpático y consiste en recoger los perros abandonados durante el verano por los desaprensivos e insolidarios ciudadanos a los que resulta una molestia llevárselos en las vacaciones. Algunos de estos perros son adoptados por los voluntarios mismos, para los cuales son de gran ayuda a la hora de patrullar las líneas de metro más periféricas y peligrosas. Pero su gran gesta ha sido este año el traslado masivo del pueblo cabuche. Unos pocos cientos de personas que vivían aisladas en una remota comarca de la Amazonía ecuatoriana. Una conocida hidroeléctrica iba a construir una presa que inundaría casi todas las tierras de los cabuches. Estos pobres indígenas deberían enfrentarse a una avalancha de inmigrantes que, aunque no lo quisieran, acabarían con su lengua y cultura ancestrales. “Civismo en Acción” consideró que era intolerable esta pérdida de diversidad cultural que se produciría por el contacto de los cabuches con otras lenguas y maneras de vivir. Algunos radicales estaban manipulando a los pacíficos cabuches, intentado ponerlos en contra de la presa y alentándolos para que cometieran actos violentos contra las obras. Conscientes de la importancia que tienen los valores de la paz y la diversidad cultural, “Civismo en Acción” comenzó una campaña solidaria de recogida de fondos para trasladar en masa a todos los cabuches hasta un nuevo emplazamiento donado generosamente por un terrateniente de la zona. Como pequeña contrapartida, éste sólo ha pedido instalar una webcam en el poblado cabuche y poder explotar los derechos de imagen. Hubo alguna reticencia

por parte de algunos socios de “Civismo en Acción” al tema de la webcam, pero finalmente cedieron cuando recibieron garantías de que los indígenas no sabrían nada de la existencia de la webcam, por lo que su vida y cultura no se verían afectadas por su presencia. La presa está terminada y produce electricidad barata para los barrios pobres de Quito; los cabuches continúan en el Paleolítico para mayor beneficio de antropólogos y productoras de documentales etnográficos; se ha evitado el terrorismo. En la universidad, se ha impartido un curso sobre resolución pacífica de conflictos proponiendo el caso cabuche como paradigma de solidaridad activa y eficaz. Este es el tipo de ciudadanos que necesita este país, gente activa, solidaria, emprendedora, capaces de promover soluciones efectivas a los problemas sociales. Pues de eso se trata, de no convertirse en un problema para la sociedad, de aportar soluciones imaginativas.

Aclarado ya el tema del atentado, puedo volver a concentrarme en las noticias que van llegando: cierra la universidad de Asunción (Paraguay), las islas Maldivas desaparecen definitivamente bajo el océano por el efecto invernadero con miles de personas a la deriva en frágiles embarcaciones que ningún país quiere acoger, el Papa excomulga a los ciborgs. De todas, la más interesante es la de la universidad paraguaya. Estudio a fondo la noticia para incluirla en el informe diario de incidencias. Los estudiantes de carreras científico-técnicas de Paraguay no podían pagar los derechos de propiedad intelectual de las materias estudiadas. En los primeros cursos no había ningún problema, ni el teorema de Pitágoras ni las leyes de Newton están protegidas por patentes, pero al llegar a los últimos cursos de carrera y al doctorado, la situación comenzaba a resultar insostenible para los débiles bolsillos de los estudiantes. Un simple ejercicio en la pizarra que debiera usar un par de teoremas patentados era ya un costoso sacrificio. Y los inspectores que vigilan continuamente las clases no dejan pasar ni una. Además, aunque se tenga dinero para pagar los derechos de uso de ciertos teoremas, está la cuestión, que también nos afecta a nosotros, del permiso de exportación. Ciertas teorías imprescindibles en los últimos avances en telemática no pueden ser aplicadas fuera de Estados Unidos. Con la excusa de que tienen aplicaciones militares, por seguridad nacional, el gobierno usa ha prohibido su exportación. La unión europea protesta y, en un gesto más simbólico que real, amenaza con patentar la lengua inglesa. Sería inútil, el gobierno yanqui presentaría estudios lingüísticos demostrando que el americano ya no es inglés y, por tanto, no está afectado por la patente. En nuestras

propias universidades se dan comportamientos delictivos entre profesores y estudiantes. Para eludir el pago de las patentes hay un mercado negro de apuntes. Se hacen exámenes orales de manera semiclandestina para ocultar que se han tratado teorías propietarias. El gobierno ha indicado verbalmente a las diferentes empresas que gestionamos las ciudades que hagamos la vista gorda ante estos delitos pues, obviamente, al país le sale muy cara la continua importación de teorías científicas y nuestra propia producción es más bien escasa. Pero de vez en cuando hay que hacer algo de cara a los organismos internacionales de propiedad intelectual. Así que organizamos redadas en la universidad con detenciones masivas. Prestigiosos profesores son sorprendidos en los lavabos de las facultades intercambiando maletines con los alumnos. Detenciones, acusaciones de traficar con apuntes, juicios y multas, campus clausurados durante algunos días. Hay estudiantes radicales que realizan pintadas en las fachadas de las facultades. Las pintadas suelen consistir en fórmulas de Física o Matemáticas bajo copyright. Los rectores se apresuran a borrarlas antes de que las vean los inspectores, y en los consejos de estudiantes se pide moderación a estos saboteadores.

Ha terminado mi turno de guardia. Llevo 24 horas sin dormir y ante mí amanece un día libre. Hoy no tengo que trabajar, puedo marcharme por fin. De aquí a una hora tengo que estar en el aeropuerto para recibir a un viajero, una persona que se incorporará mañana a nuestro equipo. He pensado enseñarle la ciudad, llevarlo a comer, buscarle alojamiento provisional y ponerlo al día en los asuntos más importantes de la empresa. Que se sitúe un poco antes de comenzar mañana a trabajar en serio. Hemos pensado que era mejor acogerlo de esta manera informal y espontánea. Pero antes de salir a buscarlo necesito despejarme un poco. Subo por el ascensor hasta la azotea del edificio y me quedo allí unos minutos contemplando el mar y la ciudad, disfrutando del aire fresco y esperando que salga el sol. Me trago varias pastillas para combatir el cansancio y la somnolencia. Poco a poco, los letreros luminosos de la noche se van apagando. En esta misma terraza, nuestro propio eslógan: “No seas un problema, ¡busca soluciones!”; dentro de poco propondré substituirlo por otro aún más simple y contundente: “¡Piensa!”. En estos breves momentos, entre el apagado de las luces y la salida del sol, y más aún si el día está nublado, la ciudad presenta una vista insólita. Todo gris, sin colores, apagado. El cielo sobre el puerto tiene el color de un televisor sintonizado en un canal muerto; pero no importa, no importa porque las mentes están repletas de colores y nosotros sabemos cómo extraerlos

*CAPÍTULO 42. VICTORIA CAMPS REESCRIBE EL NEUROMANTE*134

y ponerlos a producir brillando más que mil soles.